



PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA JUVENIL

EL CASO DEL ARTISTA CRUEL

ELIA BARCELÓ



Lectulandia

Tres amigos se ven involucrados en un caso de asesinato cuando están preparando un trabajo de arte para el instituto. Es así como entran en contacto con Kurti Innauer, un estrambótico pintor alcohólico cuyos temas y materiales son siempre macabros.

Lectulandia

Elia Barceló

El caso del artista cruel

ePub r1.0

Titivillus 24.02.18

Elia Barceló, 1998

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Tener amigos es un regalo.

Tener amigos lectores es un doble regalo.

Quiero dar las gracias a:

Martina, Ruth, Mario y Michael, que leyeron esta novela y me animaron con su entusiasmo;

Sherlock Holmes, el Dr. Watson e Irene Adler, que no la leyeron porque tenían un caso urgente que resolver.

Y por supuesto, a Klaus, siempre.

Capítulo 1

Terminó de releer la última anotación de su diario, lo metió en el cajón del escritorio y estiró los brazos por encima de la cabeza preguntándose otra vez qué narices se iba a poner para la inauguración. Ahora la cosa iba en serio, faltaba menos de una hora y era cuestión de ir decidiendo. La galería no estaba lejos, en plena Altstadt; con salir a las cinco y media sería suficiente, pero algo tendría que ponerse y no tenía ni idea de qué clase de ropa se ponía una en Innsbruck para el *vernissage* de una exposición. Si se hubiera decidido antes, podía habérselo preguntado a Martina, pero, sin saber bien por qué, le había dado vergüenza, quizá de que la tomara por una pobre provinciana que no sabía lo que había que hacer en el mundo. De todas maneras tenía poco donde escoger: toda su ropa cabía en dos maletas y lo único bonito que tenía era el vestido de fiesta que le había comprado su madre para ocasiones como Navidad o el baile de fin de curso que ya venía avisado en el programa del año. Pero no se iba a poner un vestido de fiesta para ir a la inauguración de un artista medio *punk*. Trató de recordar qué se había puesto Karl y rechazó la idea de inmediato: daba exactamente igual lo que se hubiera puesto Karl porque a los chicos les daba lo mismo ir bien vestidos a un *vernissage* y además pensaba acudir después del entrenamiento de judo, o sea que vaqueros, suéter y cazadora, seguro. Por un momento le fastidió la sensación de estar angustiándose por una cosa tan tonta como la ropa; luego, con un suspiro, abrió el armario. Así eran las cosas, a ella sí le importaba.

Ya se había probado cuatro o cinco prendas cuando se acordó de que no sabía cómo estaba el tiempo y, dejando el armario abierto y un revoltijo de jerséis y pantalones sobre la cama, salió al balcón. No conseguía acostumbrarse a lo rápido que podía cambiar el tiempo en Austria: diferencias de diez grados en un día eran normales. Podía una salir de casa con un sol brillante y volver mojada dos horas después, podía llegar de improviso el famoso Föhn, el viento caliente de las montañas, que por suerte a ella no le afectaba, y convertir toda la ciudad en una jaula de grillos, así que por experiencia había aprendido a vestirse estilo cebolla (capa sobre capa sobre capa) y a mirar cómo estaban las cosas antes de salir.

Por el momento era una tarde deliciosa de comienzos de primavera: cielo azul pálido con algunas nubes gordas, las cimas de las montañas espolvoreadas de nieve recién caída, como bizcochos con su copete de azúcar, verde tierno en todos los árboles del jardín y la algarabía de cientos de pájaros que se perseguían de rama en rama. Como tantas veces desde que había llegado a ese país, sintió a la vez la sorpresa de la hermosura repentina y una especie de sensación de ridículo por la cursilería que podía representar aquella admiración sin límites por la belleza de la primavera, una belleza de foto de calendario que ella siempre había creído falsa hasta que se la había encontrado cara a cara en la capital del Tirol.

El reloj de la torre de Hotting dio la media y, maldiciendo en voz baja por haber perdido tanto tiempo mirando como una tonta los manzanos en flor en vez de estar en su cuarto decidiendo por fin sobre la ropa, volvió a su habitación. Sin permitirse más dudas, cogió unos vaqueros negros y la camisa de seda negra que los Hofer le habían regalado por Navidad, se cepilló el pelo, que desde septiembre le había crecido hasta los lóbulos de las orejas, se puso unos pendientes largos mientras, con una última mirada al espejo, se decidía en contra del lápiz de labios y empezó a buscar los botines negros en el armario del pasillo. Era una lata tener que buscar los zapatos cada vez que uno iba a salir, pero tenía razón Martina: era preferible buscar que hacer como en otras casas austríacas y encontrarse con dos docenas de pares de zapatos de todos los miembros de la familia tirados en la entrada. A su madre también le daría un infarto si lo viera. Cogió la chupa de cuero y la mochila y salió a toda velocidad porque, si algo le fastidiaba realmente, era llegar dos minutos tarde y que alguien dijera «es que Irene es española», como si los españoles fueran incapaces, por algún defecto congénito, de llegar a tiempo a los sitios. Por suerte el camino era todo cuesta abajo y ya le había perdido el miedo a la bicicleta que le habían prestado, así que bajó como un rayo junto a la tapia del cementerio y en cinco minutos estaba cerrando el candado de la bici en la acera de enfrente de la galería. De Karl y de Ian ni rastro, comprobó con satisfacción.

Se dedicó, mientras esperaba, a observar a la gente que iba llegando a la puerta de espejos de la galería: había de todas las edades pero estaba claro que todos se habían esforzado por parecer jóvenes y modernos. Mucha ropa de cuero, mechas de colores en el pelo, adornos en la nariz, sombreros extravagantes, muchas gafas de sol, negras como parches, montones de botas con clavos de metal... «Bien, por lo menos en el color he acertado plenamente», pensó. El color de la fiesta era rotundamente el negro, seguido del morado y el granate, como si fuera una reunión de motoristas vampiros. Se preguntó cómo serían los cuadros que una gente como esa tenía interés en ver.

A ella la pintura nunca le había interesado mucho, quizá porque en su pueblo tampoco había tenido nunca oportunidad de ver cuadros realmente importantes. Una vez, a los doce años, los habían llevado un fin de semana a Madrid y habían visto el Museo del Prado, pero a ella, entonces, le había impresionado mucho más la ciudad en sí y la discoteca del hotel que aquel peregrinar sala tras sala para encontrarse con mujeres gordas y blancas tiradas en sofás de terciopelo granate y santos de mirada perdida en las nubes.

La verdad era que la primera vez que una exposición le había dicho algo había sido tres semanas atrás, en la excursión que habían hecho a Munich para ver los impresionistas franceses en la Neue Pinakothek. Ahí había sentido realmente el cosquilleo del arte, esa sensación como de ahogo, de no querer apartar la vista de aquellos colores, de aquel azul intenso que pintaba Van Gogh, de aquellas aguas temblorosas de Monet, llenas de reflejos dorados.

De repente alguien le sopló en el cuello, por detrás. Se giró pensando que sería

algún imbécil tratando de ser gracioso y se encontró con los ojos azules de Ian flotando sobre una nube de pecas bajo unas cejas de color zanahoria que brillaban como el cobre al sol de la tarde. Su madre era austríaca, pero parecía haber heredado solo de su padre, que era escocés.

—¿Y Karl?

—Ahí viene.

Por en medio de la calle peatonal, sorteando grupos de turistas que se hacían fotos delante del Goldenes Dachl, el famoso tejado de oro de Maximiliano I, símbolo de la ciudad, Karl se acercaba con su paso elástico y su mirada perdida, falsamente perdida, como sus dos amigos sabían, porque a Karl no se le escapaba casi nada.

—Cinco minutos tarde, *Herr Hofer*.

—No iba a coger el autobús en una tarde como esta. Venga, vamos dentro.

—¿Y cómo vamos a reconocer al artista?

—Estará rodeado de señoras haciéndole cucamonas —contestó Karl, muy seguro.

—¿Tú cómo lo sabes?

—Porque desde que tengo uso de razón mi madre me ha llevado a cientos de inauguraciones de galerías. Primero porque no tenía con quién dejarme y luego porque me fui aficionando a la pintura y era yo el que quería ir.

Martina Hofer, la madre de Karl, era historiadora del arte en la Universidad y también escribía críticas para el periódico local, por eso estaba invitada a todas las exposiciones y por eso habían elegido ellos el área de pintura como tema para el trabajo que tenían que entregar a principios de mayo. Otros grupos trabajaban sobre ópera, *ballet*, teatro, literatura, yaz y todo lo que se le había ocurrido a Rainer Zach, su profesor de Sociales. Se trataba de hacer un trabajo de campo acudiendo al local para poder describir el ambiente y luego hacer una entrevista amplia al artista que a cada grupo le hubiera tocado. En su caso, tenían que ir a la inauguración, hacer una descripción y un análisis de los cuadros, hablar de la formación y la carrera del pintor y preparar una entrevista en la que les hablara sobre su concepto del arte, su relevancia social, su significado y todas esas cosas. Irene esperaba sinceramente que los cuadros le gustaran, porque no podía imaginarse qué podía uno decir sobre una pintura. Si hubiera sido una novela habría sido más fácil, la lectura le había gustado de toda la vida, pero los cuadros... Sin embargo el profesor había pensado que para Ian y para ella, al ser extranjeros, era más fácil trabajar sobre una manifestación artística para la que el dominio de la lengua no fuera tan importante como en el caso del teatro o la poesía.

Se acercaron a la puerta y esperaron, detrás de un grupo de gente vestida como *punks* con dinero, a que les llegara el turno de entrar. Ian y Karl se colocaron tras Irene y dejaron que fuera ella la primera en pasar, y ella, como tantas veces, pensó que habría preferido que la hubieran dejado la última. Ventajas de ser chica y de tener amigos educados.

En la puerta, dos muchachas, una a cada lado, delgadísimas, con un maquillaje

muy pálido y ojeras oscuras, tendían a los que iban llegando unas copas altas llenas de un líquido azul relámpago. La sala, de techo abovedado, estaba bastante oscura y mucho más silenciosa de lo que habría cabido esperar, dada la cantidad de personas que la llenaban. Las paredes de piedra, donde supuestamente debían de estar los cuadros, aparecían cubiertas con paños blancos, como sábanas arrugadas puestas a secar. Un insistente ritmo *tecno* sonaba como música de fondo y en las esquinas ardían en amplios ceniceros de hierro forjado de aspecto medieval docenas de varillas de un perfume intenso y dulzón.

—¡Qué lleno está esto! Por suerte ahora ya casi nadie fuma, si no, nos ahogábamos —dijo Ian.

—Pues no sé si hemos salido ganando. El humo de tabaco huele mejor —Karl arrugó la nariz y se llevó la copa delicadamente a los labios—. Está asqueroso.

Irene lo probó también.

—¿Qué es?

—Yo qué sé. Alguna cochinado: curasao con vino blanco o algo así. Vamos a ver si encontramos la mesa de los catálogos y nos quitamos las copas de encima. Además, parece que nos quieren dar una sorpresa y habrá que aplaudir cuando descubran los cuadros; necesitaremos las dos manos.

Localizaron a Martina al fondo de la sala hablando con un señor bastante calvo, con una impresionante nariz ganchuda sobre la que hacían equilibrios unas gafas de metal con adornos de esmalte de colores.

—El concejal de Cultura, el doctor Zacharias —explicó Karl a sus amigos—. Un imbécil muy amigo del alcalde que entiende de arte lo mismo que yo de toros. Por eso todo el mundo le toma el pelo y le vende unas cosas horribles para los edificios públicos. Y además, una cosa graciosísima: siempre que inaugura una exposición dice lo mismo, sea quien sea el artista y sea el que sea el estilo en que trabaja. Ahora veréis; dentro de un momento hablará del arte como ecología y de lo telúrico en la pintura y de que los colores que usa el artista son la concreción de las angustias de la civilización moderna y cosas de ese estilo.

Efectivamente, antes de que Karl hubiera terminado de hablar, se encendieron dos focos, uno rojo y otro verde, Martina se retiró hacia el fondo, el señor concejal se ajustó las gafas sobre la nariz y a su lado se materializó un hombre que motivó el aplauso repentino de la sala: alto, ancho de espaldas, vestido con pantalones de cuero negro y un chaleco del mismo material que dejaba ver sus brazos musculosos y su pecho tatuado, una oreja llena de anillos de plata de diferentes tamaños y el pelo, largo y blanco, recogido en una cola en lo alto de la cabeza. Kurti Innauer era lo menos parecido a un pintor que Irene podía figurarse. Una cicatriz larga y fina le cruzaba la mejilla izquierda desde el lagrimal del ojo hasta la comisura de la boca, lo que hacía que el labio se torciera ligeramente hacia abajo y le daba una expresión desdeñosa siempre que no sonreía.

La presentación del concejal fue, por fortuna, bastante breve y, aunque los tres

amigos tuvieron que esforzarse por no soltar la carcajada cuando repitió por cuarta vez lo del sentido telúrico de la pintura de Innauer, la cosa no pasó a mayores y pudieron mezclar la risa con el aplauso sin que a nadie le llamara la atención. Entonces habló el artista:

—Todos habéis venido a ver mi arte. Hay entre vosotros amigos que admiran mi trabajo y lo pagan como se merece, hay otros que me odian porque su inteligencia no llega a comprender mi pasión y mi fuerza, miserables burgueses, gente bien, que se escandalizan ante mis materiales y mis asociaciones. No me importan. Ni siquiera los desprecio. No merecen una sola mirada de mis ojos, un solo pensamiento de mi cerebro. Esta exposición es para los que me odian. Dedicada a los que me odian, con el más intenso deseo de que revienten de un ataque al corazón frente a mis cuadros.

El discurso fue recibido entre risas, aplausos y gritos de adhesión mientras el artista, corriendo como loco de sábana en sábana, iba arrancando las telas que cubrían las pinturas. Conforme caían al suelo, en la sala se iba haciendo el silencio, hasta que finalmente se hubiera podido oír caer un algodón.

—¡Pero qué asco! —dijo Irene sin poderse contener.

Una mano pesada y peluda se abatió sobre su hombro.

—¡Bien, muchacha! Tú me comprendes, eres de los míos. ¡Eso es!

Irene se quedó sin habla, miró a Karl y a Ian, de uno a otro, y cerró los ojos. El pintor ya se había ido a recoger comentarios de otro grupo.

—¿A vosotros no os parece una asquerosidad?

Los dos chicos asintieron con la cabeza, muy serios. A su alrededor, la sorpresa del comienzo estaba empezando a cambiarse en defensas y ataques igual de pasionales. Martina se reunió con ellos.

—Mamá, a nosotros nos parecen asquerosos, ¿tú qué dices?

Martina sonrió, misteriosa.

—Son terriblemente orgánicos, que diría el doctor Zacharias. ¿Os habéis dado cuenta de con qué están hechos? Si os acercáis un poco, aún huelen. Casi todos los rojos y marrones son sangre de animales. Hay barro, hay huevos, hierba, pedazos de hueso, abono, orgánico claro, y, por lo que él cuenta, cosas del mismo estilo pero de procedencia humana.

—¡Pero qué animalada! Porque los temas, también... —Ian miraba incrédulamente un cuadro que representaba una mujer muerta, muy blanca, con el cuerpo cubierto de sangre y la cabeza machacada con pelo de verdad pegado sobre el lienzo.

En el cuadro de al lado, un hombre esquelético, atado a una silla, vomitaba cosas extrañas, muy verdes. En otro, una figura lejana, de espaldas, caminaba por una especie de desierto hecho de pedacitos de metal afilado y trozos de vidrio roto.

—Yo ya he visto bastante —dijo Irene.

—Pero tenemos que concertar la entrevista. Pídesela tú, anda. Ya te ha dicho que eres de los suyos.

—¡Pues sí, hombre!

—Venga, vamos todos.

Se acercaron tímidamente al pintor que, rodeado de aduladores, sonreía orgulloso por el impacto que acababa de causar, junto a un cuadro equilibrado y tranquilo: una especie de *mándala* hecho de polvo blanco pegado sobre un fondo granate tan oscuro que parecía negro.

—Es cocaína sobre sangre seca —le estaba explicando a uno de sus admiradores, que, por lo que pudieron oír, parecía incluso dispuesto a comprarlo—. Su título es *El paraíso a tu alcance*. ¡Ah! ¡Vaya! Las jóvenes generaciones.

Karl le expuso en pocas palabras lo que necesitaban de él y, con una carcajada de león y un par de furiosas palmadas en los hombros de los que más cerca estaban, exclamó teatralmente:

—¡Ah! La fama, la fama, amigos míos. Eso es haber llegado: el que los maestros de instituto te envíen a sus mejores alumnos a entrevistarte. Hace cien años los buenos ciudadanos habrían apartado a sus hijos de un monstruo como yo, me habrían perseguido a pedradas por las calles como a un perro sarnoso. Ahora no. Ahora saben que soy un artista porque no me comprenden, porque les doy asco, porque estoy vivo y muerdo. Y por eso me envían a sus hijos, para que aprendan de mí —se volvió hacia ellos con un amago de reverencia—. Estoy a vuestra disposición. ¿Os parece mañana a eso de las diez? Venid a casa y hablaremos. Contestaré a todas vuestras preguntas. Timna, dales una tarjeta.

Una muchacha muy flaca, no mucho mayor que Irene, con una larga mecha verde en la melena y unos ojos tan claros que parecían de cristal, les tendió una tarjeta negra con letras doradas.

—Os espero mañana. Os enseñaré lo que tengo en casa, os hablaré de mis proyectos.

Y como si se hubiera apagado una luz, dejó de registrar su presencia y su atención se desvió al futuro comprador.

Casi en la puerta, Martina hablaba con una señora de traje de chaqueta *beige* que parecía totalmente fuera de lugar en aquel sitio. Las mujeres se despidieron con una sonrisa y un apretón de manos y todos salieron, con un suspiro de alivio, a la luz rosada del atardecer en el barrio viejo.

—¿Quién era? —preguntó Karl.

—Su mujer.

—¿La mujer de quién? —Ián se lo imaginaba pero no se lo podía creer.

—Del artista, de Kurti.

—Pero si es una señora.

—Sí, bueno, ella es su agente. Ella sí que entiende de arte y de ventas, sobre todo de ventas. Pero él tiene una novia de la edad de su hija, una tal Timna. A lo mejor la habéis visto por ahí, con una mecha verde y un montón de *piercings*. ¿Habéis conseguido la entrevista?

—Sí, la verdad es que ha estado muy amable. Nos ha citado para mañana. ¿Sabes dónde vive?

—A dos calles de nosotros. Lo mejor será que quedéis en nuestra casa. ¿Vienes a cenar, Ian?

Antes de que Ian pudiera contestar, Karl le interrumpió:

—Tenemos que ponernos de acuerdo en las preguntas de mañana, así que lo mejor será que nos vayamos a algún sitio a hablarlo. No te preocupes por nosotros, mamá, ya comeremos algo por ahí.

Se despidieron de Martina y se metieron en una *Pizza-rápida* a decidir su estrategia.

Capítulo 2

Al día siguiente, con las preguntas limpiamente pasadas a máquina en una carpeta, la grabadora con pilas nuevas y los bolígrafos dispuestos, Ian, Irene y Karl se encaminaron a la Kirschtalgasse con una sensación rara en el estómago, mezcla de excitación y de inquietud. Por una parte era agradable pasear por Hotting un domingo por la mañana, con el sol brillando sobre las casas de madera cuyos balcones y ventanas pronto se llenarían de flores de geranio, violentamente rojas, y petunias moradas tan pronto como pasaran los «tres Santos del Hielo», san Pancracio, san Servacio y san Bonifacio, y «die kalte Sophie» (Sofía, la Fría), fechas que marcaban definitivamente el final del invierno y a partir de las cuales estaba permitido adornar las fachadas con las cascadas de flores que Irene había visto a su llegada al Tirol a principios de septiembre; era excitante la idea de ir a entrevistar a un artista que les enseñaría su estudio y les hablaría de arte, hacer de periodistas por un día, sentirse profesionales con su interrogatorio preparado (horas de trabajo en noche de sábado), con su grabadora. Pero por otro lado, Kurti Innauer no era el tipo de artista que ellos se habían imaginado al elegir el área de pintura; ir a visitarlo a su casa era un poco como meterse en la cueva del león. Si sus cuadros reflejaban lo que tenía en el cerebro, eso quería decir que su mente estaba llena de dolor, de violencia, de horror, que despreciaba el lado amable de la vida. Ellos nunca habían estado en contacto con nadie que pensara y sintiera así.

Bajaron la cuesta despacio, disfrutando del frescor de la mañana, después de la tormenta de la noche anterior, y de las sombras azules que aún llenaban la estrecha callejuela, sin hablar, sus pasos de goma elásticos y silenciosos en el aire del domingo. Se detuvieron frente a una alta reja de hierro negro, cerrada por detrás con grandes placas metálicas. Karl se aseguró de que el número fuera el correcto y apretó el botón del *interfono*. Momentos después, sin que nadie hubiera preguntado nada, la puerta se liberó con un chasquido y entraron.

—El Castillo de Irás y no Volverás —susurró Ian con voz tremebunda.

Irene le dio un codazo suave en las costillas antes de tropezarse con Karl, que se había parado dos pasos delante de ella, sin avisar.

—¿Qué miras?

—La casa. Me gusta.

—Sí, a mí también, ¿y qué?

—Que no se me había ocurrido que pudiera gustarme algo de lo que tiene Innauer.

—La habrá elegido su mujer.

Se echaron a reír y siguieron avanzando a través del jardín por un sendero de arena roja que, atravesando un pequeño riachuelo artificial que desembocaba en un

estanque a su izquierda, llevaba a la entrada de la casa. Era un edificio moderno, blanco, con suaves curvas disfrazando las esquinas, dispuesto en diferentes alturas, como en terrazas apoyadas contra la colina que cerraba el jardín. La puerta estaba casi en el sótano, había que bajar un par de escalones para entrar. Estaba abierta. Dentro todo era blanco y de madera clara; los abrigos, en un guardarropa sin puertas, colgaban de ganchos que los sujetaban por el cuello, como ahorcados; varios pares de zapatos de mujer (más de una docena de toda clase de calzado, contó Irene) y dos pares de botas masculinas adornaban la pared del frente. Sobre la mesa de la derecha, atestada de revistas, periódicos y cartas, un ramo gigante de flores de metal presidía la entrada. No había nadie para darles la bienvenida.

—¿Nos habremos equivocado de hora? —preguntó Ian.

Karl negó con la cabeza y empezó a pasar revista, sin mover un músculo, a todo lo que había sobre la mesa. Ian se quedó en el quicio de la puerta, mirando el jardín. Irene se dedicó a los zapatos. Su padre tenía una pequeña fábrica de calzado de señora y para ella, desde que era capaz de recordar, los zapatos habían tenido una fascinación especial. Los observó con ojo experto: estaba claro que la dueña de aquellos pares era por lo menos tan sensible como ella a la atracción de las zapaterías. No compartían gustos en la mayor parte de los modelos; ella no se habría puesto jamás aquel horror de cuñas en naranja violento, pero las botas eran de excelente calidad, los mocasines de ante *beige* eran deliciosos y los salones de charol de tacón de aguja eran de la mejor piel y habrían costado una fortuna. Y, sobre todo, las zapatillas americanas de la esquina eran exactamente las que ella había querido comprarse y había tenido que desistir al ver el precio; con lo que valían aquellas deportivas podía hacer la excursión que tenían prevista a Salzburgo y Viena. Pero eran una preciosidad. Y la chica, a pesar del aspecto dejado que tenía, debía de estimar realmente su calzado porque todos estaban escrupulosamente limpios, incluso las botas de agua de lunares, lo que quería decir que no había salido al jardín desde el día anterior porque, con la lluvia de la noche, las pobres botas se habrían puesto como las deportivas que llevaban ellos: todas manchadas de la tierra roja del camino de entrada.

Estaban ya empezando a encontrarse realmente incómodos cuando oyeron a alguien bajar las escaleras. Era una chica algo mayor que ellos, con pantalones de cuero marrón y chaqueta de *loden* verde, tan rubia y tan blanca como la Venus de Botticelli. Llevaba una bolsa de viaje colgada al hombro y, aunque estaba claro que se había llevado un susto al verlos, disimuló en seguida.

—¿Esperáis a alguien? —su voz era grave y tenía acento vienés.

—Kurti Innauer nos ha citado aquí a las diez. Nos han abierto la puerta pero hace cinco minutos que esperamos y no ha venido nadie.

La muchacha alzó los ojos al techo, se sentó en un peldaño de la escalera y empezó a atarse unos botines marrones que había sacado de un armario disimulado detrás de los abrigos. Sus pies eran bastante más pequeños que los zapatos tirados en

la entrada.

—Estarán peleándose, como siempre. Pops no abandona una pelea por nada del mundo, pero no suelen durar mucho. No tardará.

—¿Quién es Pops? —preguntó Irene, mientras admiraba los movimientos suaves y precisos de la Venus.

—Mi padre. Kurti. Yo lo llamo Pops porque sé que le fastidia. A él le gustaría que lo llamara Kurti y que nadie supiera que soy hija suya. Desde que se lió con Timna le fastidia que las dos tengamos la misma edad. Supongo que así se siente más joven.

Se acercó a la escalera y gritó hacia arriba:

—¡Pops! Aquí hay gente esperándote.

Pasaron unos largos segundos en silencio y al cabo de un rato empezaron a oírse unos pasos pesados bajando las escaleras. Kurti, con la melena a la espalda, sin peinar, unos pantalones de chándal gris, descalzo y con el torso desnudo, apareció ante ellos frotándose un ojo y con cara de pocos amigos.

—Buenos días, *Herr Innauer* —saludó Karl, muy correcto—. Son las diez.

—Ya lo sé, maldita sea, hay relojes por toda la casa, pero tenía cosas más importantes que hacer. ¿Te largas? —dijo, dirigiéndose a su hija.

Ella volvió a alzar los ojos al techo.

—Pues claro. Mañana tengo clase, ya lo sabes. Te dije el viernes que sólo venía para tu inauguración. Como ofrenda de paz, ¿no te acuerdas?

El rostro de Innauer siguió tan inexpresivo como una piedra del monte.

—Estarías borracho.

La tensión subió de un modo casi insoportable para los tres amigos, que contemplaban la escena sin querer hacerlo y sin poder participar. Como una goma que se estirara y se estirara hasta que no hubiera más remedio que soltarla o acabaría por romperse.

—Es mejor que te largues, Klara —dijo por fin Innauer con voz neutra—. No quiero que volvamos a peleamos. Si necesitas algo...

—Llamaré a mamá —le interrumpió ella—. Ya nos veremos, Pops. Hasta otro día —se despidió de ellos con una leve sonrisa.

Recogió su gabardina del perchero, se cargó la bolsa al hombro y cerró la puerta sin otra mirada al pintor.

—Vamos, no os quedéis ahí. Pasad. Ya habéis visto las delicias de la vida familiar. No os caséis nunca, no tengáis hijos. No vale la pena, os lo digo yo. No hay nada en este maldito mundo que valga la pena y que pueda ofrecerlo un ser humano.

Innauer los precedía por un largo pasillo forrado del techo al suelo de cuadros de todos los estilos.

Llegaron a una especie de sala de estar enormemente grande con amplias puertas de cristal que daban al jardín y varios grupos de sofás y sillones, todos blancos, cubiertos de cojines blancos. También las alfombras, mullidas y obviamente caras, eran blancas, así como el techo y las paredes. La única nota de color, aparte de la

vista del jardín, eran los ramos de tulipanes rojos que había sobre cada mesita, más de media docena de ramos repartidos por el salón. Innauer, rascándose desesperadamente debajo del brazo, les pidió que se acomodaran y ya estaba empezando a sentarse en un sillón, cuando volvió a ponerse de pie murmurando:

—Voy a decirle a Timna que nos haga café. ¿Tomáis café?

Pero ya había salido del salón antes de oír la respuesta, con lo cual, los tres tuvieron que resignarse a tomar una bebida que, menos a Karl, no les gustaba demasiado. En una de las paredes, sin nada alrededor que pudiera distraer la atención del contemplador, había un retrato gigante de la muchacha de la mecha verde. El fondo era oscuro y, aunque al principio parecía sencillamente negro o azul marino, al acercarse se podían distinguir centenares de figuras apenas perceptibles que se arrastraban por una especie de barro repugnante, figuras monstruosas, deformes, mutiladas. La cara de Timna, de una palidez verdosa, destacaba como un foco sobre el fondo sombrío, sus ojos eran dos pozos líquidos, casi blancos, rodeados de sombras moradas. Los labios, entreabiertos, dejaban escapar un hilillo de sangre. Su expresión era cruel pero distante, fría, como si tampoco disfrutara de su crueldad.

—Parece un vampiro de película —dijo Ian.

Irene negó con la cabeza.

—Los de las películas están más vivos, tienen más fuerza, más pasión. —Sí, es verdad. Tiene expresión de reptil, como de cocodrilo.

—Si a mí mi novio me pinta así, lo mato.

—Será como él la ve —intervino Karl.

No le dio tiempo a contestar porque el pintor acababa de entrar con una bandeja cargada.

—Admirando a mi musa, ¿eh? ¿Habéis visto alguna vez una mujer tan maravillosa? Klara no lo comprende, Gundula no lo comprende, pero, en la base, no hay nada que comprender. Timna está ahí y donde ella está no puede haber nadie más. Es frágil, misteriosa, cruel, inaprensible. Como el arte. Es mi destino y mi cruz. No tengo azúcar.

Había estado hablándoles de Timna mientras repartía tazas negras con una calavera en el fondo y servía el café de un termo dorado que relucía como el sol.

—No he conseguido encontrar el azúcar. Cuando Gundula no está, aquí no funciona nada. Ayer estuvo un momento en la galería, pero vino a propósito desde Munich y se volvió a ir en el tren de las diez.

—¿No vive aquí? —preguntó Irene bajo la mirada crispada de sus dos amigos.

—Ya no. Viene y va, pero no quiere compartir la casa con Timna; dice que compartirme a mí es suficiente.

—¿Y por qué no se separan? —insistió Irene.

—Porque en el fondo nos queremos. Somos un buen equipo, siempre lo fuimos. Yo pinto, ella vende. Tiene una inteligencia prodigiosa y conoce a todo el mundo, y además tiene auténtico olfato para las nuevas tendencias. Todos esos cuadros del

pasillo los ha comprado ella: nuevos nombres, inversiones de futuro. Los realmente caros están en el banco, claro, no voy a arriesgarme a que vuelvan a robarme.

—¿Le han robado cuadros? —intervino ahora Ian.

—Sí, hace seis años. Veinte cuadros nuevos, a punto de ser expuestos. Me hicieron polvo. No he vuelto a saber nada de ellos. Como si se los hubiese tragado la tierra. No me quedan más que las fotos del seguro.

—¿Pero estaban asegurados?

—Por supuesto. Yo tengo asegurada hasta mi mano derecha, aunque supongo que podría hacerlo con la izquierda y nadie notaría nada.

Se rió de su propio chiste y de repente se quedó mirando a la puerta como si no pudiera creérselo.

—Esta tía es imbécil —murmuró.

Se puso en pie y echó a correr pasillo adelante hacia la entrada.

Los tres se quedaron mirándose sin saber qué decir. Desde el vestíbulo se oía la voz de Innauer, aunque no siempre se entendían bien las palabras: «Vamos, vamos, preciosa»..., «no quería... sí, vale», «luego, al volver»..., «bien, bien».

Al cabo de un momento oyeron cerrarse la puerta de la casa y el pintor volvió con los hombros un poco caídos. Les hizo una seña para que esperaran un segundo, fue a una de las puertas-ventanas que daban al jardín, la abrió y se quedó allí plantado, saludando con la mano a alguien que ellos, desde el sofá, no podían ver. Estuvo así un momento más, cerró la puerta y volvió a sentarse, sonriendo.

—Se ha ido a dar una vuelta, pero la conozco bien, a mediodía se le habrá pasado todo. Una pelea sin importancia. Siempre le molesta que vengan Gundula y Klara. Le gustaría que no existieran, que fuéramos libres, dice, que tuviéramos un hijo. Yo. Un hijo. A estas alturas.

Dio un sorbo y dejó la taza violentamente sobre la mesa de cristal.

—Está asqueroso. No os lo bebáis. Esa bruja es capaz de envenenarnos —se echó a reír otra vez como si lo que acababa de decir fuera un chiste buenísimo y volvió a ponerse en pie—. Vamos al estudio. En esta maldita habitación no puedo pensar. Vamos y os contaré lo que queráis saber.

El estudio estaba en la primera planta, al contrario de lo que Irene se había imaginado. A juzgar por la muestra de su trabajo en la galería, le habría parecido más normal que pintara en un sótano oscuro y no en una habitación como la que les enseñaba ahora, orgullosamente: inmensa, luminosa, con suelo de hormigón lleno de manchas y alto techo cubierto de focos de teatro. En las paredes y en varios caballetes se amontonaban docenas de cuadros en todos los estadios de desarrollo, desde los completamente acabados a los que aún no eran más que un par de rayas de carbón sobre el lienzo.

—Yo trabajo así, a saltos. Cuando me entusiasmo con uno de ellos puedo pintar durante horas y horas, hasta que lo acabo; pero si me canso, sigo con otro que tengo a medias o empiezo uno nuevo. Me surgen tantas ideas que a veces me siento como si

tuviera una botella de champán en la cabeza, burbujeando siempre.

—¿Y siempre pinta cosas así? —preguntó Ian, refiriéndose a un cuadro de gran tamaño, casi terminado, que representaba una ejecución en la silla eléctrica.

—¿Y qué quieres que pinte? ¿Girasoles?

—Van Gogh pintaba girasoles y era un gran artista —dijo Karl, calmosamente.

—Van Gogh se cortó una oreja y acabó pegándose un tiro. Yo prefiero pintar muertos y seguir vivo. Además, esto es necesario, alguien tiene que recordarle a la gente que no todo está bien en este mundo, que hay dolor y enfermedad y miseria, que hay crueldad y tortura, que no todo son rosas y cisnes y lagos con nenúfares. La maldad existe y va en aumento.

—Pero —intervino Irene, muy impresionada por el tono serio que había usado el artista— para eso que usted dice, ¿no están los fotógrafos, los reporteros?

—No. Ellos lo hacen también, a su modo, es su trabajo. Pero la gente ya no lo ve, no lo registra porque lo ha visto cientos, miles de veces. Es lo normal en las noticias, en los periódicos, en los documentales. La gente está acostumbrada a cenar mientras ve las peores atrocidades en televisión. Pero si lo ven pintado, si lo ven en una galería de arte, en un museo, donde no se lo esperan, la impresión es más fuerte, la sensación de inquietud, de incomodidad, de vergüenza, es más grande. Yo pinto lo que nadie quiere ver.*

—Y cobra por ello —dijo Karl en voz baja.

—Naturalmente. Y cuanto más caro cobro, más éxito tengo y a más gente llega.

—Pero luego, ¿da parte del dinero a alguna institución de caridad, de ayuda al prójimo o algo así?

Innauer tuvo un nuevo ataque de risa ante la pregunta de Irene.

—Por supuesto que no. Habría que ser imbécil. ¿O pensáis que uno que pinta manzanas y tulipanes le tiene que dar un tanto por ciento al Fondo de Ayuda Agrícola? ¡Menuda idea! Mirad, cada uno tiene un tipo de sensibilidad: yo veo lo cruel, lo repugnante del mundo y del ser humano, igual que otros ven sólo lo rosa y lo cursi. Hay quien pinta gatitos blancos jugando con un ovillo de lana, hay quien retrata desnudos de mujer, hay quien pinta paisajes. Yo pinto cadáveres mutilados, drogadictos, torturas. Para todo hay mercado. Estoy en tratos con el Metropolitan de Nueva York porque se interesan por mi técnica del *collage* cruel, esos trozos de vidrio y láminas metálicas que visteis ayer. Cosas como ésta.

Quitó la sábana que cubría un lienzo y les mostró un cuadro a medio hacer que representaba una forma humana, no se sabía bien si hombre o mujer, clavada en una especie de cama de faquir hecha de chapas de metal, clavos oxidados y puntas de vidrio de muy diferentes tamaños. Se acuclilló frente al lienzo, dobló la cabeza como para observarlo bien y con la uña despegó una especie de estilete aún húmedo de pintura roja y azul de Prusia.

—Toma —dijo, entregándoselo a Irene—. Un recuerdo de Kurti Innauer.

Ella, sin saber muy bien qué hacer, abrió su agenda y lo metió entre dos páginas

del mes de agosto. El pintor se alzó y se dio un par de palmadas en los muslos.

—Venga, ¿no ibais a hacerme una entrevista?

Las siguientes dos horas estuvieron muy ocupados tratando de hacer contestar al pintor todas las preguntas que traían preparadas sin que él se fuera por los cerros de Úbeda hablando de lo que él quería. Mientras contestaba bebía ginebra directamente de la botella y, conforme bajaba el nivel de líquido, subía la frecuencia de las palabrotas y las risotadas, hasta que Ian apagó la grabadora y empezó a hacerles señas para dejar la entrevista. Al cabo de un momento, tanto Irene como Karl asintieron con la cabeza y se levantaron a la vez dándole las gracias al pintor. Innauer se levantó también y, sin soltar la botella, los acompañó hasta el vestíbulo prometiéndoles tenerlos al día de sus próximas exposiciones.



—La doctora Hofer es muy amiga mía —dijo con voz ya bastante gangosa—. Una mujer muy inteligente tu madre, muchacho. No le gusta lo que hago pero sabe que es bueno y tiene el valor de decirlo en el periódico. De éstos no hay muchos. Salúdala de mi parte.

Karl tuvo que hacer un pequeño esfuerzo para no apartarse cuando Innauer se acercó a darle una palmada en el hombro.

En la entrada, Irene echó una última mirada nostálgica a las preciosas deportivas blancas y salió al jardín después de haber soportado un fuerte apretón de manos del pintor. Por un momento había temido que la abrazara, y la simple idea de tener que tocar a ese gigante medio desnudo le había resultado abominable; pero por suerte Innauer había sabido contenerse a tiempo y se había limitado a tenderle la zarpa.

—Venid cuando queráis —dijo estrechando la mano de Ian—. Mi casa siempre está abierta. Las puertas cerradas no protegen de nada.

Ian estuvo a punto de nombrar la altísima verja de hierro que rodeaba el chalé, pero desistió. Innauer no estaba como para discusiones inteligentes.

Salieron en silencio y no empezaron a cambiar impresiones hasta llegar a la calle, ya que, de alguna manera, los tres tenían la sensación de que el pintor los observaba desde la ventana, igual que cuando había salido a despedir a Timna. Al llegar a la cancela del jardín, Karl se volvió discretamente. Innauer no estaba.

—¡Qué curioso! —comentó después del primer suspiro de alivio.

—¿A qué te refieres?

—A lo del numerito de la ginebra.

—Como no te expliques mejor...

—Lo que había en la botella no era ginebra.

—¿Ah, no?

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntaron Ian e Irene casi a coro.

Karl esbozó la típica sonrisa de superioridad que tantos enemigos le había granjeado al correr de los años y que sus amigos habían terminado por aceptar como parte de su ser, como hubieran hecho con un lunar en el labio o una verruga en la nariz.

—Porque cuando se me ha acercado a darme saludos para mi madre, yo estaba preparándome por dentro para aguantar sin hacer ascos el aliento a alcohol y dientes sucios, y no olía absolutamente a nada. El tipo se ha pasado dos horas bebiendo agua de una botella de ginebra y nos ha ofrecido todo un espectáculo. Me pregunto para qué.

—Para dárselas de duro, supongo —Irene se encogió de hombros—. Para que le contemos a todo el mundo lo bruto que es Kurti, que se bebe un litro de ginebra antes del mediodía y aún puede acompañar a la puerta a las visitas.

—Sí, eso sí, ha estado muy amable. Me pregunto...

Pero se quedaron sin saber lo que Karl se preguntaba porque en ese instante Ian soltó algún tipo de palabrota en escocés. Al menos fue así como sonó.

—¿Qué pasa?

—Me he dejado el *boli* bueno en casa de Innauer.

—¿En el estudio?

—En el salón donde hemos estado primero, encima de la mesa de cristal. Lo había sacado para apuntar algo, luego ha traído el café y me lo he dejado allí, junto a la taza. Maldita sea, no me apetece nada volver a recogerlo. No tengo ganas de ver a ese tipo otra vez.

—Venga, te acompañamos hasta la puerta —propuso Irene.

Ya iba a llamar Ian al *interfono* cuando se le ocurrió empujar la cancela. Para su sorpresa, la puerta se abrió. Había dicho la verdad el pintor, sus puertas no estaban cerradas.

—Esperadme aquí. Voy a ver si puedo entrar por el jardín. Si el salón está abierto, no tengo más que entrar tres metros, coger el *boli* y volver a salir sin que nadie se dé cuenta.

Irene y Karl cambiaron una mirada dubitativa, pero Ian ya se había marchado a la carrera. Subió por el caminito de la derecha, en lugar de tomar el que llevaba a la puerta de la casa, y en un instante se encontró con un frente de láminas de cristal. Haciendo visera con las manos se dio cuenta de que las de la izquierda daban a una salita más pequeña que el salón donde ellos habían estado antes; con un respingo se apartó de la ventana: alguien, envuelto en una manta eléctrica, dormía en uno de los sofás. Por miedo a que fuese Innauer y pudiese oírlo (no era posible que se hubiese quedado dormido en los tres minutos que habían pasado desde que se había quedado solo en casa), se deslizó de puntillas hacia la derecha. Encontró una de las hojas abierta, se aseguró con un golpe de vista de que no hubiese nadie en el salón, entró y en un par de saltos llegó junto a la mesita, recuperó su bolígrafo y salió corriendo otra vez. Los ojos fríos y muertos de Timna, desde el cuadro, le dieron escalofríos hasta que llegó a la calle donde lo esperaban sus amigos.

Capítulo 3

En clase de Sociales, a pesar de que eran las ocho de la mañana y el tiempo había vuelto a cambiar hasta el punto de que los tejados de enfrente del instituto aparecían cubiertos de una fina capa de nieve, Irene sonrió para sí misma. Apenas habían pasado ocho meses desde que llegó por primera vez al aula 207 y lo que entonces le había parecido un mundo nuevo y extraño se había convertido día a día en su vida normal, igual que aquel grupo de extranjeros al que en septiembre temía enfrentarse eran ahora sus compañeros, amigos casi todos, buena gente que tropezaba con la gramática española igual que ella con la alemana y todos juntos con la inglesa. El idioma, que en los primeros días había sido apenas un montón de ruidos ininteligibles, se había convertido en algo habitual, agradable y hasta cómodo, una lengua en la que ahora algunas noches soñaba, casi sin darse cuenta.

Inge, Anja y Hilde estaban en plena presentación de su trabajo. A ellas les había tocado un musical que se acababa de estrenar en el Landestheater y habían vuelto entusiasmadas del espectáculo, de lo estupenda que había sido la gente del equipo, que les había enseñado todo: los vestuarios, los maquillajes, los trucos de escena, la iluminación. Habían traído una cinta con unas cuantas canciones y ahora, que ya habían terminado de exponer el argumento, les estaban haciendo escuchar los momentos musicales más destacados, conteniéndose para no interrumpir la música con sus recuerdos y aclaraciones. El profesor Zach parecía muy satisfecho de los resultados e Irene no dejaba de preguntarse cuál sería su reacción cuando oyera las opiniones del artista que les había tocado a ellos y viera las fotos que Martina les había ayudado a reunir a base de catálogos de exposiciones pasadas. Habían elegido las menos repugnantes pero así y todo, si uno no tenía costumbre de ver los lienzos de Kurti Innauer, la cosa podía ser fuerte.

Se preguntó, y no por vez primera, cómo sería tener a un hombre así por padre, alguien que va vestido como un *punk* de veinte años, que se lía con una mujer que tiene la edad de su hija, que se empapa de sangre de cordero para revolcarse por un lienzo de tres metros (como les había explicado durante la entrevista) y hacer la primera capa del fondo. Pensó con cariño en su propio padre y por un momento se le encogió el corazón de nostalgia. Sería maravilloso que estuviera allí mismo, en Innsbruck, para poder ir a verlo a la fábrica al salir de clase, ir a un bar a comerse un pincho de tortilla, contarle todas las locuras del «*cerdartista*», como lo había bautizado Ian, reírse con él como había hecho siempre, desde pequeña, en lugar de tener que escribir, una palabra tras otra, sin verle los ojos, sin oír su voz. Sería estupendo poder tenerlos a todos allí, a su padre, a su madre y a su hermana. Los Hofer eran una familia estupenda y la querían de verdad, pero a veces echaba tanto de menos a los suyos que no se creía capaz de aguantar hasta el mes de julio, cuando

acabaría el instituto y podría volver a casa, a España. Antes no era posible, porque el programa de intercambio en el que estaba no consideraba conveniente que los estudiantes tuvieran contacto personal con sus propias familias durante un curso completo. Sólo así podía garantizarse la integración lingüística y social de los participantes, según decía el folleto. Sabía que Martina también echaba de menos a Hannah, que estaba pasando el curso en Estados Unidos, y se daba cuenta de que a veces, cuando entraba en su cuarto a guardar ropa planchada, se quedaba mirando las baldas más altas de las estanterías, donde habían subido las cosas de Hannah para hacer sitio a las suyas, y suspiraba como si pensara cuánto le gustaría que fuera su hija la que trabajaba en la mesa frente a la ventana y no aquella chica extraña. Pero era sólo un momento, como le pasaba a ella algunas noches en que Martina se sentaba unos minutos en su cama para hablar de algo antes de dormir, y ella de repente pensaba cuánto le gustaría que fuese su madre la que estuviera ahí, preguntándole cómo le había ido el día.

—¿Echando de menos el sol, Irene? —el profesor Zach le sonreía pero ella se sintió terriblemente cogida en falta.

—Perdone, *Herr Professor*. Estaba pensando...

—Sí, sí, tranquila.

Ian le lanzó su sonrisa de lobo, toda dientes y pecas, y Karl enarcó las cejas con falsa desesperación. Un momento después sonó el timbre.

En el recreo (Irene no se cansaba de tomarles el pelo a los austríacos diciéndoles que parecían indios llamando al recreo «la Gran Pausa») Ian, entre bocado y bocado de sándwich de pan negro con jamón y pepinillos, les contó que la noche anterior acababa de instalarse en su casa el hermano pequeño de su tío, que había venido a Innsbruck a hacer una sustitución de seis meses.

Ian no había tenido que integrarse en una familia desconocida porque, al ser su madre austríaca, estaba viviendo con sus tíos, la hermana de su madre y su marido. Pero como en la familia de Ian todos eran maestros, la cosa no pareció especialmente interesante hasta que, viendo que no le hacían gran caso, añadió las palabras definitivas:

—Se llama Wolf y es criminalista.

Los ojos de Karl destellaron.

—¿Trabaja en la policía? —preguntó Irene.

—¿Conoces a algún criminalista que trabaje por libre? —esta vez la exasperación en la voz de Karl parecía sincera.

—Sherlock Holmes, Hercule Poirot... —enumeró Irene displicentemente.

—No, mujer, en la vida real.

—Sí. Es inspector o algo así —respondió Ian sin hacer caso al diálogo de los otros.

—Magnífico. Así estaremos enterados de lo que pasa en Innsbruck —dijo Karl frotándose las manos—. ¿Es bueno?

Ian hinchó las mejillas y sopló ligeramente:

—Psché. ¿Qué quieres que te diga? Ayer le pregunté para qué puede querer alguien envolverse en una manta eléctrica y me dijo que para calentarse.

—Sueno lógico —aventuró Irene.

—Lógico tal vez, pero carente de toda fantasía.

—Quizá si le hubieras preguntado para qué puede alguien querer envolver a alguien en una manta eléctrica la respuesta habría sido diferente —dijo Karl despacio, como con misterio.

—Si te refieres a lo típico de envolver un cadáver en una manta para que el momento del crimen se fije en unas horas más tarde, la historia es bastante vieja —contestó Ian, picado.

—Vale, Watson.

Como siempre que utilizaban su apellido en un contexto detectivesco, Ian no sabía si reír o llorar. Había veces que era un auténtico fastidio llamarse Watson; al menos esperaba no dedicarse nunca a una profesión donde se hiciera necesario el título de doctor.

—Entonces, ¿dónde está el problema? —preguntó Irene, tratando de cubrir la situación; sabía cuánto le molestaba a Ian el que Karl lo llamara «Watson» en ese tono.

—Ya sé que es una tontería, pero no dejo de pensar en Innauer. Primero nos recibe medio desnudo, luego se pone delante de la ventana abierta a despedir a su novia y luego, cuando nos marchamos, se enrolla a dormir la mona en una manta, eléctrica, nada menos.

—De mona, nada. En la botella no había más que agua.

—Entonces, ¿para qué?

—A lo mejor, después de pasarse dos horas haciendo de duro, estaba tan helado que era la única manera de entrar en calor —contestó Irene.

Volvió a sonar el timbre y echaron a andar hacia el laboratorio de Física.

—Nos presentarás al criminalista, ¿verdad?

—Claro, Holmes, estoy seguro de que se muere de ganas de conocer al famoso Karl Hofer, del que seguro que ha oído hablar en Viena a sus colegas del Tirol —después de devolverle la pelota, Ian, calmamente, subió las gradas del laboratorio hasta su lugar habitual sin dejar de sonreír.

* * *

Aprovechando que el piso estaba vacío, Ian se había instalado en la sala de estar con la traducción de latín, pero no conseguía avanzar realmente porque los ojos se le iban casi sin querer hacia el teléfono, que parecía devolverle la mirada con expresión socarrona. Hacía cerca de dos horas que esperaba la llamada de Wolf y lo mismo podía seguir esperando hasta la noche que oír de un momento a otro el ansiado pitido.

Si llamaba, eso querría decir que podía acompañarlo, participar en su trabajo, ver por primera vez de cerca y en realidad cómo era eso que uno ha visto tantas veces en las películas. Le había estado dando la lata desde el mismo momento de instalarse en el piso y Wolf, por fin, o enternecido por los ruegos o porque era la forma más rápida de quitárselo de encima, le había prometido llamarlo si había posibilidad. Por eso el estilo enrevesado de Cicerón, que normalmente ya le causaba bastantes problemas, se estaba convirtiendo en un auténtico criptograma. No conseguía concentrarse en lo que estaba haciendo, no otra cosa que mirar el teléfono como si mirándolo le diera el aliento necesario para sonar. Ni siquiera había puesto música ni casi se atrevía a levantarse a servirse un zumo por si desde la cocina no se oía bien el timbre.

Se puso de pie, dio un par de vueltas por la salita, volvió a sentarse y, lanzándose sobre la traducción con todas sus ganas, como si se tirara a una piscina, empezó a declamar en voz alta el texto latino. Su profesor de español en Glasgow le había dicho una vez que para empezar a comprender un texto en otro idioma a veces ayuda sencillamente oírlo varias veces en voz alta y él había llegado a un punto en que aquella fotocopia igual podía haber estado escrita en chino. Su cerebro estaba en otra cosa y no cooperaba en absoluto.

A medias de la tercera frase, y cuando estaba ya empezando a sentirse totalmente ridículo, sonó el teléfono. No había acabado todavía el primer pitido cuando Wolf Altmann oyó la voz del sobrino de su hermano.

—Ian Watson.

—Hola, Ian. Aquí Wolf. ¿Estás dispuesto?

Ian reprimió un aullido de alegría para contestar muy serio:

—Cuando quieras.

—¿Has terminado los deberes?

Habría podido estrangularlo por una pregunta tan imbécil.

—Casi.

—Bueno, es cosa tuya, ya eres mayor. Te recojo en cinco minutos, tenemos que ir hacia Mühlau, así que me pilla de camino.

Dos minutos después, Ian estaba en la calle sin quitar ojo a la esquina por donde debería aparecer Wolf, palpándose los bolsillos para asegurarse de que llevaba su bolígrafo y el cuaderno de notas y las dos bolsitas de plástico que había cogido por si encontraba algo que quisiera guardar. Al cabo de un momento apareció Wolf con una colega que le presentó al vuelo, Gabi Mayr, y salieron disparados por la Schneeburggasse.

—¿Has visto alguna vez un cadáver, Ian? —preguntó Gabi a bocajarro.

Ian negó con la cabeza, se dio cuenta de que ella no podía verlo porque estaba sentado justo detrás de su cabeza y contestó:

—No. Al natural nunca. Pero he visto muchas películas.

Ella se echó a reír; tenía una risa bonita.

—No es lo mismo, no se parece en nada. ¿Estás seguro de que quieres venir?

—Sí.

—Ian —habló Wolf—, que quede claro que vienes bajo mi responsabilidad, así que tienes que obedecer mis órdenes a rajatabla, sin hacer preguntas. Si te digo que sobras, te largas sin más, ¿claro?

—Claro.

—No te muevas mucho, fíjate por dónde pisas, no toques nada, no cojas nada. Si ves algo que te parece importante, nos lo dices a Gabi o a mí. Y si crees que vas a vomitar, te apartas lo suficiente.

—Comprendido.

Le hacía tanta ilusión estar participando en un trabajo policial que ni siquiera se le pasó por la cabeza que se trataba de algo espantoso. Ni siquiera tenía miedo, solo sentía curiosidad, excitación, algo de nervios por ser el único nuevo, el más joven de todos. Pero pensaba quedar bien y hacer quedar bien a Wolf.

Subieron por la Anton-Rauch-Strafie hasta la placita de Mühlau y de allí, por la Holzgasse primero y luego por otros caminos, ya sin placas con nombre, cada vez más empinados y cada vez más metidos en el bosque, continuaron hasta un ensanche donde aparcaron junto a dos coches de policía. Finalmente, por una senda forestal, recorrieron unos quinientos metros hasta un lugar donde un arroyuelo daba vida a una praderilla sembrada de flores amarillas y azules. Algo más allá, al pie de un gran abeto, semiocultas tras una roca, se veían las piernas de alguien. Gabi y Wolf saludaron a los agentes que ya habían empezado a acordonar el lugar del crimen atando unas cintas amarillas de árbol en árbol, y se acercaron al cadáver.

Ian, detrás de Wolf y Gabi, mirando entre los dos, vio unos pies calzados con unas zapatillas deportivas muy nuevas y muy blancas, unas piernas delgadas enfundadas en vaqueros negros. Luego su vista subió hasta el pecho, donde la camiseta negra estaba empapada de sangre oscura que ya se había solidificado; después la cabeza, ladeada, la cara cubierta por la larga melena negra donde la mecha intensamente verde destacaba como una luz.

Se apartó unos pasos a toda velocidad y, sin poder evitarlo, vomitó sobre las flores. A su derecha apareció un pañuelo de papel.

—Toma, límpiate —la voz de Wolf grave, tranquila—. No he debido traerte.

Ian se giró hacia él; le temblaban los labios.

—Es que yo la conozco, Wolf. Por eso, por eso... —hizo un gesto vago tratando de dejar claro que en otras circunstancias nunca se habría comportado así.

—Tranquilo. Sí, eso cambia un poco las cosas. Cuéntame. La chica no lleva ninguna identificación.

—Solo sé que se llama Timna y vive con Kurti Innauer, el pintor. La conocí el sábado, en el *vernissage* de la Kunsthaus. Luego, el domingo por la mañana se pelearon, pero él dijo que era una cosa muy normal y que se le pasaría en seguida.

—¡Eh! ¡Para! ¡Para! ¿Tú cómo sabes todo eso?

Ian se giró hacia Gabi, que se había unido a la conversación.

—Porque nosotros estábamos en su casa el domingo por la mañana.

—¿Nosotros?

—Dos amigos y yo. Irene, la española que vive con los Hofer, Karl Hofer y yo. Teníamos que hacerle una entrevista al artista, para Sociales.

—¿Y vosotros estabais allí cuando se pelearon?

—Sí.

—Pues no tiene ninguna gracia —Wolf se dirigió hacia uno de los agentes—. Haga el favor de llevar a mi sobrino a casa.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué no tiene gracia?

—Porque estás metido en un caso de asesinato.

Ian abrió la boca y la volvió a cerrar. El agente esperaba junto al arroyuelo.

—¿Y por qué tengo que irme a casa?

—Porque lo digo yo. Ya hablaremos. Llama a tus amigos. Tendremos que tomaros declaración.

Estuvo a punto de protestar, pero lo pensó mejor y se dirigió hacia el agente. Tenía razón Wolf, ahora estaban metidos en el caso. Ya se irían enterando de todo. Estaba deseando llamar a Irene y a Karl.



Capítulo 4

El bosque estaba muy oscuro, apenas podían verse los pies calzados con deportivas blancas mientras pisaba con cuidado para no meterse en el barro espeso y pringoso que cubría el camino. Y lo peor, lo peor era que sabía que la oscuridad iba en aumento porque había caído la noche y no había ninguna esperanza de luz hasta el amanecer. Se levantó un viento imprevisto, frío y húmedo, como si soplara sobre un lago en dirección a él, un viento que arrastraba algo fresco y suave que no podía ver, como copos de nieve o pétalos de flores que le rozaban la cara, un viento que traía compases irreconocibles de música lejana, murmullos en una lengua que no comprendía. Sabía que tenía que llegar hasta el lago, salir del bosque, de la oscuridad. Algo se cruzó en su camino, algo vaporoso, rayado de verde, que ululaba como un ave nocturna. Nunca se había sentido tan solo y tan asustado. No recordaba cómo había podido meterse solo en un bosque al anochecer. No era propio de él cometer una estupidez semejante. Se detuvo un instante con el corazón latiéndole en los oídos, deseando echar a correr entre los árboles y sin atreverse a hacerlo por miedo a encontrarse a Irene pálida y caída junto al arroyo. Trató de acordarse de cómo había llegado hasta allí. ¿En bicicleta? ¿En coche? ¿Quién lo había llevado allí? ¿Por qué lo habían abandonado en aquel lugar para que fuera él quien encontrara el cadáver? Oyó la risa de Karl muy cerca de su hombro izquierdo pero por más esfuerzos que hacía no conseguía verlo; tenía los ojos cerrados, pegados, no conseguía abrirlos para ver a Karl, no podía gritar para pedir ayuda, no podía...

De repente, con una especie de ronquido, se encontró despierto en su cama mirando las rayas de luz y sombra que la persiana marcaba en el techo de su habitación, la de Innsbruck, no la suya de verdad, su cuarto de Glasgow, donde la luz vendría de enfrente y no de la derecha. Estaba en casa. O casi.

Se quedó quieto unos segundos mientras se le regularizaba la respiración, sintiendo el alivio de que no hubiera sido más que un sueño, una pesadilla asquerosa cuyos detalles, por fortuna, ya casi no podía recordar. Se dio la vuelta en la cama y trató de acomodarse mejor para seguir durmiendo, aunque sabía que no podría si no iba primero al lavabo. Pero aún no había recuperado tanto la calma como para cruzar medio piso a oscuras mientras los recuerdos tanto de la pesadilla como del cadáver de Timna siguieran tan vivos en su mente. Se sentó en la cama, encendió la luz y se convenció a sí mismo de que un chico casi adulto y escocés era muy capaz de avanzar por el pasillo hasta el baño y regresar de la misma forma sin que ningún recuerdo, por desagradable que fuera, pudiera impedirselo. Echó una mirada al despertador de la mesilla: las dos y diez. Abrió la puerta de su cuarto con precaución, lentamente, como si temiera una emboscada, y al fondo del pasillo le pareció ver una sospecha de luz. Avanzó paso a paso, llamándose cobarde y estúpido a cada latido de

su corazón pero sin atreverse a hacer un solo ruido que pudiera delatarlo. Había luz en la cocina. Por lo demás, todo estaba tranquilo.

Se quedó un momento sin saber qué hacer, sabiendo que era ridículo estar así, parado frente a una puerta entornada en su propia casa, sin atreverse a empujar la hoja y ver si había alguien tomándose un té de medianoche o si sencillamente se habían dejado la luz encendida al irse a dormir; pero pasaban los segundos y no conseguía decidirse. El sueño, ya muy desdibujado, seguía llenando su mente de asesinos y muchachas pálidas vestidas de negro. De repente, un ruido de papel consiguió tranquilizarlo como ninguna otra cosa lo hubiese hecho, porque era uno de los sonidos más antiguos en su memoria, asociado irremediabilmente a sus padres. Quienquiera que estuviera en la cocina a las dos y cuarto de la madrugada estaba leyendo el periódico.

Empujó la puerta. Wolf, con un bocadillo en la mano y el periódico extendido sobre la mesa, lo miró de arriba abajo.

—¿Pesadillas?

Ian asintió con la cabeza mientras metía en el microondas una taza con agua para prepararse un té.

—Algo con un bosque y unas deportivas blancas y no sé qué más.

—Sí, a mí todavía me pasa a veces. Según lo asqueroso que sea lo que encontremos.

Se dio cuenta de que Wolf estaba totalmente vestido y preguntó:

—¿Acabas de llegar ahora?

—Hace un rato. No tenía sueño.

—¿Se sabe ya algo?

—¿De la chica de esta tarde? Poca cosa. Aún no tengo los resultados de la autopsia. Lo que está claro es que no la mataron allí. La llevaron al bosque y la dejaron tirada donde nosotros la encontramos. Las deportivas que llevaba estaban casi nuevas pero no tenían tierra del bosque. ¿Tú no habías dicho algo de unas deportivas?

—Sí, algo así he soñado, pero no sé por qué. Supongo que era lo que más se veía al llegar allí y se me ha quedado en la cabeza.

Se levantó, metió la bolsa del té en el agua y cubrió la taza con el plato.

—Wolf, ¿por qué crees tú que la han matado?

El policía se encogió de hombros.

—Vete a saber. Por dinero, por celos, por envidia, por odio... No hay muchos motivos básicos pero las combinaciones son casi infinitas. Lo más frecuente es el dinero.

—Pues no creo que ella tuviera mucho.

—Ya veremos. Mañana hay que hacer muchas preguntas. ¿Has llamado a tus amigos?

—Sí, pero no he conseguido dar con ellos. Martina y Paul salen mucho, habrán

ido a algún concierto o al teatro.

—¿Quiénes son Martina y Paul?

—Los padres de Karl Hofer. Irene es estudiante de intercambio, como yo, y vive con ellos. Mañana los veré en clase.

Wolf se levantó y echó una mirada al horario en tres colores (las horas de tío Sepp en verde; tía Verena, azul; Ian, rojo) que compartía pared con el calendario, el reloj y el mapa del mundo.

—Tráetelos a la comisaría a eso de las tres. Me voy a la cama.

Ian se quedó solo en la cocina, sorbiendo su té, apabullado ante la idea de que una persona de veinte años, que dos días atrás estaba viva y haciendo planes de futuro, estuviera ahora metida en una bolsa de plástico negro porque alguien le había clavado una navaja en el pecho.

* * *

Al día siguiente, a las tres en punto, Irene, Ian y Karl entraban al despacho que Wolf compartía con Gabi y, a juzgar por el número de escritorios, con dos colegas más, que de momento no estaban. El hecho de que Wolf fuera casi tío de Ian hacía que el ambiente fuera más distendido de lo que podía haber sido en otras circunstancias. Gabi les sirvió un té, conectó la grabadora y por un instante todos se quedaron mudos; luego Karl se aclaró la garganta y, con claridad y concisión, hizo el resumen de lo sucedido el domingo con una fluidez que dejó impresionados a los dos policías, acostumbrados como estaban a los tartamudeos y contradicciones de la mayor parte de los testigos. Lo que ni Wolf ni Gabi sabían era que los tres amigos habían dedicado todo el recreo a reunir sus recuerdos para configurar un informe coherente y que Karl lo llevaba todo ensayado.

—O sea —resumió Gabi—, que según Innauer, la discusión con Timna fue por celos de su mujer y su hija.

—Eso es lo que dijo, sí —contestó Karl.

—Sí —añadió Irene—, pero también dijo algo de que Timna quería que tuvieran un hijo y él no quería.

—¿Os contó a vosotros una cosa así? —Gabi parecía casi escandalizada. Ian y Karl cambiaron una mirada de exasperación.

—Irene se lo preguntó, imagínese. Le preguntó toda clase de cosas íntimas.

Irene hizo un gesto de disculpa.

—A mí me parece muy normal preguntar esas cosas; no me parecen tan íntimas como decís en Austria y, además, si no hubiera querido contestarme, no lo habría hecho. Kurti no es de los que sufren cuando tienen que decir que no.

—Y os dijo también que la quería, ¿no?

—Nos dijo que era su musa, que era una mujer distinta a todas, especial, que no podía vivir sin ella, cosas así, ¿no? —preguntó Ian.

Los otros dos asintieron con la cabeza. Irene añadió:

—Sonaba casi como una fatalidad, como si no pudiera hacer nada en contra. Dijo algo de que su mujer y su hija no lo comprendían y a mí me dio la sensación de que él tampoco sabía bien cómo era posible pero que no podía remediarlo. Era como... Es igual.

—¿Como qué? —urgió Gabi.

—Es una tontería.

—Venga.

—Como esas relaciones que salen en las novelas de vampiros. Como una droga, como una dependencia. Uno no quiere, o dice que no quiere, pero no puede salir de ello —terminó Irene, poniéndose colorada.

—Interesante —musitó Gabi.

—Bueno —añadió Ian, casi en defensa de Irene—, hay que reconocer que el cuadro de Timna en el salón sí que hace pensar en ese tipo de cosas. ¿Lo habéis visto?

Los dos policías asintieron.

—Es ahí donde nos ha recibido esta mañana.

—¿Y cómo se lo ha tomado? —preguntó Karl.

—Aparentemente está destrozado. Hundido. Sin lavar, sin afeitarse, los ojos enrojecidos. Podría ser una figura de uno de sus cuadros. No hemos podido verlo más que un momento porque su mujer, muy guapa, muy fría, muy competente, nos ha presentado un certificado médico por el cual hay que dejarlo tranquilo un par de días hasta que se le estabilicen un poco los nervios.

—¿Y su hija?

—Al parecer llega con el tren de las seis y media. Luego hablaremos con ella. ¿Vosotros qué impresión sacasteis de su relación con su padre?

—Tensa —dijo Karl—. Para decirlo de modo elegante.

—¿Ian?

—Mala, pero con un fondo de cariño por las dos partes.

—¿Una relación que habría mejorado mucho con la desaparición de Timna? —preguntó Wolf.

—Seguro —dijeron los tres casi a coro.

Luego continuó Irene:

—Pero Klara no puede haber sido, porque se marchó cuando nosotros acabábamos de llegar y entonces Timna aún estaba viva.

—Habrá que comprobar si cogió el tren que dijo.

—¿Se sabe algo ya de la autopsia? —preguntó Karl.

Wolf y Gabi se miraron un momento y acabaron sonriendo.

—¿Qué pasa? ¿Os habéis nombrado detectives honorarios? De hecho, eso es información reservada.

—Venga, ¡Wolf! ¡Gabi! Dadnos alguna pista y podremos ayudaros a pensar —

animó Ian.

—Según el forense, la víctima presenta contusiones craneanas que no le causaron la muerte, una herida superficial en la boca, como la que se produce cuando te dan una buena bofetada, y una herida profunda en el pecho hecha por una hoja fina y delgada que le produjo la muerte casi instantánea. Como se mordía las uñas, no pudo arañar a su atacante y no hay rastros de piel ajena que pudieran darnos una pista. No sabemos dónde la mataron. No sabemos por qué. No sabemos quién, evidentemente. Alguien que ganaba algo con ello, por lógica, pero aún estamos al principio.

—¿No puede haber sido un desconocido, para robar o algo así? —preguntó Irene. Wolf sonrió.

—Eso es lo que dice la mujer de Innauer, y supongo que es lo que diría yo si todos los sospechosos obvios fueran de mi familia; que Timna se fue por ahí después de la pelea, que se metió en uno de esos antros llenos de tipos raros que le gustaban a ella y que algún drogadicto se la liquidó para quitarle el Rolex y la gargantilla de platino.

—¿Timna llevaba una gargantilla? —Irene sonaba francamente incrédula.

—Bueno, no sé si se llama así. Hemos visto fotos. Es una de esas joyas modernas que le hizo un orfebre de aquí según un diseño de Innauer, una especie de dragón o de Alien ultramoderno con oro y platino y algunas piedras preciosas. Muy original. Y vale una fortuna. Al parecer fue un regalo de reconciliación hace un par de años.

—Y cuando la encontraron, ya no tenía el collar.

—No llevaba más que los anillos de las orejas y todos los otros que se había clavado por el resto del cuerpo... Pero una joya así es llamativa; si alguien la ha robado para venderla, la encontraremos en seguida. Por eso no consigo creerme lo que dice Gundula Innauer; habría que ser realmente muy imbécil para robar precisamente una cosa de ese tipo. En fin, señores, nosotros tenemos que trabajar. Ya os llamaremos si hay algo que no esté claro y, de todos modos, tendréis que pasaros a leer y firmar la declaración.

Se despidieron de los policías y salieron a la calle en silencio, perdido cada uno en sus propios pensamientos. La costumbre los llevó al Toscana, que estaba a dos pasos del instituto y a esa hora todavía medio vacío. Se acomodaron en los profundos y antiguos sofás de terciopelo, pidieron té de Jamaica y se quedaron mirándose unos a otros como considerando quién debía empezar a poner en palabras los pensamientos que les rondaban la cabeza. Irene, la más impaciente, empezó casi sin pensar:

—Klara no puede haber sido porque se fue antes que nosotros.

—¿Y si no se fue?

—Eso tendremos que dejar que lo compruebe la policía.

—¿Y la mujer?

—La mujer estaba en Munich. Se fue después de la inauguración y me figuro que tendrá coartada. Ya le preguntaremos a Wolf.

—¿Y Kurti?

Ian e Irene miraron a Karl como si se hubiera vuelto loco.

—¡Qué tontería! Kurti es el único que pierde algo con la muerte de Timna. ¿Para qué la iba a matar?

—Podría haber sido un accidente.

—¿Ah, sí? ¿Tú crees que uno le clava una navaja en el corazón a su novia por accidente?

Karl se encogió de hombros mientras mostraba las palmas de las manos en un gesto muy suyo que parecía querer decir que había muchos y grandes misterios en el alma humana. Luego echó un par de piedrecitas de azúcar cande en la taza de té y se tomó su tiempo removiéndolas.

—Además, no está nada claro que no haya más gente implicada en el asunto. Es de suponer que en la vida de Timna hubiera más personas aparte de Innauer y su familia. Es incluso posible que alguien gane más con su muerte que las dos mujeres que conocemos.

—Brrr. ¡Qué desagradable, pensar que hay gente que puede estar esperando que una se muera para ganar algo!

—Mientras se limiten a esperar y no pongan nada de su parte... Además, Irene, tranquilízate, estoy seguro de que ni Ian ni yo ganaríamos nada con tu muerte. ¿O has hecho testamento a nuestro favor?

Irene le dio un manotazo amistoso.

—La verdad es que no sé cómo podemos estar aquí tan tranquilos hablando de esto como si fuera una novela cuando se trata de que alguien que se mueve cerca de nosotros ha matado a una chica casi de nuestra edad. Una chica que ya nunca podrá hacer nada más, ni bailar, ni reírse, ni nada.

—Sí —dijo Ian, bajando la cabeza sobre la taza como hacía siempre que confesaba algún sentimiento personal—, yo ayer noche también pensé justamente ese tipo de cosas.

—¿No podías dormir?

—Tuve una pesadilla —y con una ligera vergüenza, animado por Irene y Karl, les contó lo poco que recordaba del sueño de la noche anterior.

—¡Qué curioso lo de las zapatillas! —dijo Irene.

—¿Por qué?

—Porque yo también he pensado en ellas varias veces desde el domingo, aunque en mi caso es natural: eran justo las que me habría gustado comprarme pero eran demasiado caras y en el fondo es una tontería. Son zapatos de corredor profesional. No sé. El caso es que me llamaron la atención porque no parecían irle mucho al estilo de Timna.

—Sí, un *punk* con zapatillas blancas no es lo que uno se imagina. Pero ¿vosotros creéis que Timna era *punk*? —preguntó Karl con cara de estar ofreciéndoles un acertijo.

—Si no lo era, lo parecía —contestó Ian.

—Yo creo que el problema es que no sabemos nada de ella. Sólo la vimos una vez, en el *vernissage*, y allí estaba disfrazada, como todo el mundo.

—¿Y la mecha verde, y los *piercings*?

—Vale, de acuerdo. Pero si llevaba un Rolex y una gargantilla de platino y piedras preciosas, a lo mejor tenía algo más guardado.

Irene puso cara de concentración.

—La verdad es que, ahora que lo pienso, es muy curioso. Cuando vi sus zapatos en la entrada me llamó la atención que también tenía modelos finos, elegantes; zapatos que sólo se llevan con trajes de chaqueta de marca o con vestidos de fiesta. Si hubieran sido de Klara, sería lógico, pero eran todos de Timna.

—Supongo que la policía lo investigará pero, por si acaso, quizá convenga que le digas a tu tío que mire a ver si Timna era tan pobre como parecía o si tenía algo apartado.

Ian asintió con la cabeza, se terminó el té y se levantó.

—Chicos, odio tener que decíroslo, pero el viernes hay examen de Matemáticas. Supongo que los mayores genios del mundo detectivesco no necesitarán varios días para prepararlo, pero el pobre Watson no tiene más remedio que darle duro. Os veré mañana.

Se despidieron con una sonrisa y lo siguieron con la vista a través de los cristales hasta que su silueta se perdió entre los árboles del jardín de la Adolf-Pichler-Platz.

Capítulo 5

Wolf Altmann, con tejanos y chubasquero negro, abrió la pesada puerta metálica y penetró en el Wespennest, uno de los locales de peor fama, escondido al final del viaducto del tren, en uno de los arcos que anteriormente se habían usado como almacén del ferrocarril. El techo era alto y abovedado, la luz escasa, la clientela poca y malcarada. Wolf fue directamente a la barra, pidió un café y preguntó por Sigi. El camarero, un gigante de pelo largo vestido de motorista, hizo un gesto de cabeza en dirección a la parte de atrás, donde, en una zona más amplia, se adivinaba la luz verdosa reflejada por una mesa de billar. Un segundo después puso una cerveza delante de Wolf y, antes de que éste pudiera decir nada, se limitó a añadir:

—Café no tenemos. Esto no es una pastelería, guapo.

Wolf puso unas monedas sobre el mostrador, dejó la cerveza donde estaba y entró en la sala de detrás. Un muchacho con cazadora de cuero y mechones azules en el pelo dormitaba de bruces sobre una mesa. Wolf se sentó enfrente de él y el chico abrió un ojo, se incorporó ligeramente y volvió a dejarse caer.

—No te conozco.

—Es igual. Vengo a preguntarte un par de cosas sobre tu hermana.

—¿Qué hermana?

—Timna Merz. Es hermana tuya, ¿no?

—Sí. ¿Y qué?

—¿Cuánto hace que la viste?

—Ni idea.

—Oye, si lo prefieres, también podemos hablar en la comisaría.

—¿Por qué? Yo no he hecho nada. Timna sabe que yo no he hecho nada. Pregúnteselo a ella.

—Timna está muerta, Sigi. Alguien la mató, el domingo probablemente.

La encontramos el lunes por la tarde.

—No es verdad —los ojos del chico empezaron a llenarse de lágrimas mientras su mano derecha empezaba a golpear rítmicamente contra la mesa—. No es verdad. No es verdad. Me lo dice sólo para asustarme. Para que diga cosas. Y yo no sé nada, no sé nada.

—Es verdad, Sigi. Tu hermana está muerta. Ayer la reconoció tu madre. Ella no sabía dónde vives, así que he tenido que localizarte yo, por si quieres ir al entierro.

—¡No es verdad! ¡No es verdad! —El muchacho gritaba entre sollozos que hacían temblar todo su flaco cuerpo—. El sábado por la tarde estaba viva. Me prometió que todo se arreglaría, que este verano estaríamos en Grecia, en un barco con capitán y marineros, los dos solos. No puede ser. No puede ser.

Wolf esperó a que se le pasara un poco el dolor que le había producido la noticia

antes de seguir preguntando:

—¿Tanto dinero tenía?

—Kurti le daba lo que le hacía falta. El viejo tiene mucha pasta y está loco por ella. Pero Timna sólo me quiere a mí. Sólo a mí, ¿te enteras?

Wolf se puso de pie y dejó una tarjeta sobre la mesa.

—Cuando quieras hablar más, me llamas. Puede que yo sepa cosas que tú quieras saber o viceversa.

Sigi sostuvo la mirada del policía durante unos segundos, luego cogió la tarjeta y, muy lentamente, la metió en el bolsillo interior de la cazadora. Cuando volvió a levantar la vista, estaba solo.

* * *

El Tiroler Landesfriedhof es un cementerio pequeño y poco atractivo. Altos muros amarillos lo rodean y la puerta principal, que antes, con su reja de hierro forjado y sus dos altísimos árboles, uno a cada lado de la entrada, tenía una dignidad reposada y solemne, ha quedado desamparada y como coja desde que uno de los dos gigantes tuvo que ser talado tres inviernos atrás. Es un cementerio hecho para entierros pequeños, de una docena de personas que se acercan silenciosamente a la tumba y se marchan rápido hablando en voz baja; no está preparado para multitudes, ni para más de seis o siete coches, ni para fotógrafos de prensa ni equipos de televisión. Por eso monseñor Tomaselli, párroco de la iglesia de MariaHilf, donde iba a tener lugar el funeral, andaba nervioso e inseguro ante la perspectiva de officiar una ceremonia que, al menos en parte, sería cubierta por los medios de comunicación. Al fin y al cabo, Kurti Innauer era una figura pública y no todos los días se tiene la ocasión de asistir al entierro de una mujer joven, amante de un artista, que ha sido encontrada en el bosque, víctima de un asesinato. La hora del entierro, habitual en Austria, las dos de la tarde, tampoco era como para disuadir a los curiosos, e incluso el tiempo se había estabilizado después de las lluvias nocturnas y, aunque gris y húmedo, no era frío.

Cuando Irene llegó y empezó a buscar con la vista a algún conocido, ya había mucha gente en la iglesia, por lo que prefirió quedarse de pie en una pequeña capilla lateral desde donde podía ver hasta la primera fila, ocupada por el pintor y su familia en el banco de la derecha, mientras que en el de la izquierda no había más que una mujer mayor, pequeña y seca, de boca cruel y mirada rapaz. En dos de los bancos del fondo, un grupo de jóvenes vestidos de *punk* desentonaban violentamente con la dulzura dorada y barroca de la pequeña iglesia que un ocasional rayo de sol hacía refulgir, por un instante, como una joya. Los *punks*, sin embargo, por curiosa ironía, eran, junto con Irene, los únicos que vestían de negro. Gundula Innauer llevaba el mismo traje sastre que había lucido en el *vernissage*; Klara, un conjunto de pantalón y chaqueta de ante marrón; y Kurti, que no parecía haberse preocupado mucho de su

aspecto, llevaba tejanos y una chaqueta vaquera muy deslucida con cuello y puños de borrego y algunas cadenas y pegatinas. Todos llevaban gafas de sol, aunque probablemente habría sido más sensato llevar paraguas, como lo llevaba la mujer del banco de la izquierda: un paraguas verde y una gabardina granate muy vieja con un sombrero que ella probablemente pensaba que le hacía juego.

La ceremonia fue corta y fría. No hubo lágrimas, ni suspiros, ni siquiera el clásico ambiente que sigue o precede a los entierros, esa sensación de dolor contenido, de dignidad forzada para no estallar en gritos de histeria por la pérdida de un ser querido, por el vacío que su ausencia deja entre los que compartían su vida. Sólo Innauer se llevaba repetidamente las manos a la cabeza y, en la bendición final, se arrodilló, apenas un instante, porque su mujer lo tomó por el codo y lo puso en pie antes de que a algún periodista se le ocurriera tomarle una foto en esa posición. Luego, ordenadamente y en silencio, fueron saliendo de la iglesia y dirigiéndose al cementerio, apenas tres o cuatro minutos de camino, delante del sacerdote y los monaguillos, seguidos de los familiares más allegados, lo que no dejaba de resultar curioso a los presentes, porque en el caso de Timna Merz se trataba de dos mujeres que la odiaban en vida, un hombre que la quería pero que oficialmente no era nada suyo y otra mujer que debía de ser su madre y que no había derramado ni una lágrima todavía.

Irene se apresuró para llegar al cementerio entre los primeros y tratar de reunirse con Martina, que había prometido acudir lo antes posible, en cuanto consiguiera zanjar una discusión familiar en la que tomaban parte ella, su marido y su hijo. Por eso Irene había salido de casa antes que los demás; no quería mezclarse en asuntos íntimos de la familia que la acogía y, de haberse quedado, habría sido inevitable tomar partido o que uno u otro le hubiera pedido opinión. Por suerte la cosa no debía de haber sido terrible porque, en cuanto cruzó la gran reja de la entrada, vio a la madre y al hijo, Karl una cabeza más alto que ella, hablando en voz baja, con aspecto de buenos amigos, a unos metros de un hoyo que unos hombres vestidos de gris habían terminado de excavar. Mientras ella aún estaba dudando si reunirse inmediatamente con ellos, se les unió Ian, los obreros se marcharon e Irene, notando que a su espalda la gente se arremolinaba ya, avanzó con decisión entre los grupos hasta donde estaba el suyo. No les dio tiempo de cambiar una palabra, porque en ese mismo momento entró la comitiva al cementerio precedida por monseñor Tomaselli y los dos monaguillos vestidos de negro.

El funeral duró apenas unos minutos. Se había levantado un viento frío y húmedo y el cielo se oscurecía por momentos; los asistentes cambiaban su peso de uno a otro pie como un tropel de elefantes y las palabras del párroco eran arrastradas por el viento antes de llegar a los oídos de las personas que se habían congregado allí con la esperanza de que sucediera algo espectacular. La mujer pequeña y flaca que, ahora que la podían ver de cerca, parecía realmente ser la madre de Timna fue la primera en acercarse a la tumba abierta. Se quedó un momento quieta, mirando hacia abajo, al

ataúd que reposaba en el fondo; luego cogió un poco de tierra con la palita que los enterradores habían dejado junto al gran montón de tierra removida y la echó sobre el ataúd, un golpe sordo de tambor apagado, después cogió la ramita de tejo del cuenco de agua bendita e hizo con ella la señal de la cruz. Finalmente se dio la vuelta y desapareció entre los grupos de personas que, sin una palabra, le abrían paso y se giraban de nuevo hacia la tumba para no perderse el momento en que Innauer presentaría sus últimos respetos a la mujer que había elegido como compañera. El pintor estaba inmóvil, toda expresión oculta por las gafas de espejo, la antigua cicatriz, lívida sobre su rostro sin afeitar. La tensión de la espera empezaba a hacerse insoportable cuando su esposa, dándole una pequeña sacudida en el hombro, le ofreció la palita de la tierra para forzarlo a salir de su hieratismo. Innauer se volvió hacia ella como si no la conociera, permaneció un instante con la vista fija en su rostro, unos ojos mirando otros ojos tras una doble barrera de gafas oscuras, después volvió a girarse hacia la tumba, tomó un puñado de tierra con la mano y la arrojó sobre el ataúd, con rabia, con desesperación, metió la misma mano en el bolsillo trasero de los téjanos, sacó una navaja suiza y, sin dudarle un momento, se hizo un corte en la mano izquierda. La gente que estaba más cerca empezó a gritar y fue contagiando a los que estaban detrás y no habían visto nada de lo sucedido. Innauer, con las piernas abiertas sobre la tumba, sostenía la mano, roja de sangre, sobre el ataúd mientras gritaba:

—La sangre es vida, Timna. No lo olvides. La sangre es vida.

No duró más que unos segundos, pero la imagen quedó grabada en la mente de todos los que estaban situados en un lugar donde pudieron verlo. También quedó grabada en una fotografía que esa misma noche apareció en el periódico local y en las noticias de las siete y de las diez por televisión nacional. En la tele se vio, además, cómo su mujer trataba de apartarlo de la tumba ofreciéndole un pañuelo que llevaba al cuello y cómo su hija se abría paso entre la gente en un esfuerzo por alcanzar la salida antes de que todo el mundo viera las lágrimas que empezaban a mancharle la chaqueta de ante.

Lo que no registraron las cámaras de televisión porque, como todo el mundo, tenían enfocado al artista, que daba rugidos de fiera herida mientras agitaba salvajemente la mano salpicando de sangre a todos los que estaban a su alrededor, es que en el grupo de los *punks*, que se había mantenido apartado de todos desde su llegada al cementerio, un muchacho acababa de desmayarse y sus compañeros estaban tratando de reanimarlo y sacarlo de allí. Los únicos que se dieron cuenta desde el primer momento fueron Wolf y Karl: uno, porque ya conocía a Sigi Merz y no había dejado de vigilarlo por si sucedía algo fuera de lo común; otro, porque desde muy pequeño había estado entrenándose para registrar todo lo que sucedía a su alrededor. Policía y estudiante cambiaron apenas una mirada y un segundo después Karl se arrodillaba junto al muchacho desvanecido diciendo: «dejadme a mí, soy de los Johanniter», lo que era totalmente cierto. Desde el verano anterior, Karl dedicaba

muchos de sus fines de semana a una organización de voluntarios que tenían entrenamiento en primeros auxilios y acompañaban a enfermos y accidentados en la ambulancia.

—No le quitéis el aire. No es nada —añadió—. Es un bajón de tensión, una lipotimia de lo más normal. ¿Alguien tiene un poco de sal? Da lo mismo. Anda, ven, levanta las piernas. Ayudadme a sostenerle las piernas hacia arriba, que le llegue bien la sangre a la cabeza.

Momentos después, Ian estaba también a su lado sosteniendo las flacas piernas con unas pesadas botas llenas de hebillas y clavos a la altura de la nariz. Sigi gemía con los ojos cerrados.

—¿Tenéis coche? —preguntó Karl.

Una chica con el pelo muy corto rojo pimentón asintió con la cabeza.

—Lo mejor sería llevarlo a casa y que se tumbe. Si sigue en este suelo, va a pillar una pulmonía.

La chica salió corriendo junto con un muchacho alto y desgarbado, totalmente calvo. Unos segundos después se oía el ruido agónico de un motor subiendo marcha atrás el caminito del cementerio. Sigi consiguió ponerse en pie con la ayuda de todos y, sujetándose entre dos, logró meterse en una maltrecha furgoneta amarilla llena de cajas de cartón.

Irene se había quedado junto a Martina sin saber bien si acercarse al grupo de *punks* o esperar hasta que sus amigos volvieran. Cuando por fin había decidido acercarse, pasó Gabi por su lado y, como si no la conociera, le susurró al vuelo:

—Déjalos a ellos, a ver si sacan algo de los *punks*.

Efectivamente, ahora que el chico enfermo se había marchado, Ian y Karl estaban charlando con el resto del grupo mientras se alejaban cuesta abajo en dirección al barrio viejo. Mientras tanto, a Innauer lo habían metido también en un coche y su mujer se afanaba dando unas concisas explicaciones a la prensa. Los curiosos, después de echar otra mirada al féretro, cuya superficie aparecía cubierta de tierra, flores y gotas de sangre fresca, iban marchándose poco a poco, como lamentando que se hubiese acabado la diversión.

—¿Vienes a casa? —preguntó Martina a Irene.

—Sí. ¿No vas a la *uni*?

—Después. Tengo clase a las seis y antes tengo que dejaros algo de cena hecha.

—¡Qué tontería! Nos sacamos un poco de fiambre y en paz.

—Si yo no os preparara algo caliente de vez en cuando, os pasaríais la vida comiendo bocadillos, y eso no es sano, Irene.

—Bueno, pues puedo cocinar yo, si quieres.

—Con que me eches una mano me conformo.

Llegaron a casa y, apenas se quitaron el abrigo, se pusieron los delantales. Martina, con su ritmo habitual, empezó a sacar cosas y más cosas de la nevera.

—Vamos a hacer una *moussaka*. Ve pelando las berenjenas.

Irene empezó a pelar.

—Oye, Irene. ¿En tu casa no os peleáis nunca?

Ella levantó la vista de la berenjena.

—Claro. Un montón, como todas las familias.

—Como antes te has ido tan deprisa...

—Es que no quería meterme en vuestras cosas.

—Ya.

Hubo un largo silencio mientras Martina picaba cebolla para la salsa de carne.

—Pero tú por lo menos, ¿me comprendes?

—Claro, Martina, perfectamente.

—No es que me queje de la vida que llevo, ¿sabes? Es que..., ¿cómo te diría? Que a veces estoy harta, más que harta de llevar tantas cosas a la vez, de tener que ocuparme de la casa y la compra y la organización y mis clases y todo el resto del trabajo en la *uni* y los *vernissagen* y las críticas y tantos horarios de tanta gente y..., la verdad, hay veces en que no puedo más, y cuando además Paul no colabora, te juro que lo veo todo rojo.

—Pero Paul colabora bastante.

—Sí, pero sólo si se lo pido o si me ve muy mal. Y a mí me gustaría que saliera de él. ¿O es que no tiene ojos para ver todo lo que hay que hacer, si lo tiene delante?

—Es que vuelve muy cansado.

—Ni que los demás estuviéramos todo el día en el *jacuzzi*.

—Sí, ya, pero es que su trabajo cansa mucho.

Paul era anestesista, pero como no soportaba la relativa rutina de la clínica, se había especializado en misiones de alto riesgo y su trabajo consistía en volar con el equipo del helicóptero de rescate y traer montañeros y esquiadores heridos o accidentados de lugares casi inaccesibles. Había que ser duro, deportista, extremadamente flexible y amante del peligro. Paul lo era.

—Sí, pero para usar sus palabras: «Si lo has elegido tú, no te quejes, nena».

Hubo otro silencio, cubierto con el siseo de la carne picada al caer en la sartén caliente.

—Perdona, Irene. Es que a veces me pregunto cómo hemos podido ser tan tontas las mujeres de echarnos encima un trabajo extra además del que ya teníamos y estar además orgullosas de ello.

—Pues yo sí que quiero trabajar, como tú, y tener familia.

—Claro, tenerlo todo. Y trabajar veinte horas al día y tener la sensación de que nunca haces bastante ni lo bastante bien.

—¿Por qué no? Quiero decir, ¿por qué tienes esa sensación?

Martina se la quedó mirando, perpleja. Ésa era justamente la actitud que a ella le hubiera gustado tener, ese «¿por qué no?» tan ingenuo y tan acertado. Sí, la verdad. ¿Por qué no?

—Será algo generacional. Las mujeres de mi edad tenemos constantemente la

sensación de que no somos bastante buenas en lo que hacemos.

—Pues no es verdad. ¿Qué hago con las berenjenas?

Martina extendió las rodajas en una fuente, les echó sal y las puso aparte para que sudaran.

—Sois unas mujeres estupendas —continuó Irene—. Tú eres un ejemplo de lo que yo quiero ser, Martina. Tienes una profesión preciosa, que te gusta y te hace feliz aunque te quejes, tienes una buena pareja y eres una madre estupenda que no está siempre encima de sus hijos, agobiándolos y empeñándose en manejar su vida en lugar de la propia. Y aún tienes moral de tenerme a mí en tu casa. No sé qué más se puede pedir.

Martina sonrió, una sonrisa luminosa que llenó la cocina, y abrazó con fuerza a Irene.

—Gracias, Irene. Eres como una hija.

—¿La echas de menos?

—¿A Hannah? Claro.

—Lo que debe de ser terrible es echar de menos a alguien que no va a volver.

—¿Piensas en Innauer?

—Sí.

—Sí, eso debe de ser malo. Parece que la quería más de lo que creíamos. —¿Ah, sí?

—Quiero decir que normalmente era bastante brusco con ella.

Empezó a batir vigorosamente la besamel.

—Bueno, de hecho «brusco» es un eufemismo. Era un animal, incluso en público. Y vulgar..., en fin, eso lo has visto tú misma. El típico macho selvático, sin un detalle, sin un ápice de sensibilidad, de esos que piensan que ser artista da derecho a todo.

La imagen de Innauer de pie frente a la ventana, diciendo a Timna adiós con la mano, le acudió de repente a la cabeza y se lo contó a Martina.

—¿Innauer? ¿Innauer salió al balcón a decirle adiós a su amor después de una pelea? Vivir para ver.

—¿Te parece raro?

—Más que un perro verde. Porque lo de hoy, en el cementerio, sí, ése es el típico numerito de salir en los periódicos, muy propio de él hacerlo y de su mujer comercializarlo, pero lo otro, en su casa, en privado..., en fin. Está claro que uno no conoce a nadie hasta que convive con él o por lo menos hasta que lo ve en su guarida. Sácame la canela, por favor.

—¿Qué piensas de él como pintor?

Martina contestó inmediatamente:

—Es magnífico. Es probablemente genial. Sí, es genial, pero no me gusta tener que confesarlo porque es un cerdo.

—Creía que no te gustaban sus cuadros.

—No me gustan pero eso no quiere decir nada. A Martina Hofer no se le ocurriría poner un Innauer en su casa. A Martina Hofer, si fuera encargada de compras de un museo, le encantaría comprar un Innauer para la sala de arte contemporáneo. Lo que me pasa es que me cuesta separar el artista del hombre, como a casi todo el mundo, sólo que a mí me pasa al revés que a la mayoría. Quiero decir que, como no me gusta el hombre, le quito mérito a lo que hace, mientras que el gran público, cuando uno es grande como pintor, está dispuesto a perdonar cualquier cosa en su comportamiento como ser humano. Fíjate en Picasso, que actuaba de modo despreciable con sus mujeres, con sus amigos, con sus hijos, pero todo el mundo estaba dispuesto a aguantarle porque era un genio. Si lo mismo lo hace un fontanero, por muy bueno que sea en su oficio, no se lo perdona nadie.

Acababan de meter la *moussaka* en el horno cuando se oyó la llave en la cerradura. Al cabo de un instante, la cabeza de Karl se asomó por la puerta de la cocina.

—¡Oh! Las damas de la casa en el laboratorio culinario. ¿Qué hay de comer? No lo digáis, no lo digáis, silencio. A ver... —echó hacia atrás la cabeza y cerró los ojos.

Como la comida del homo aún no había empezado a calentarse, no se podía distinguir por el olor, o eso pensaba Irene, al menos.

—Humm. Canela. Cebolla cortada. El olor a carne frita aún flota en el ambiente. Si no fuera por la canela, me inclinaría por una lasaña, considerando que el producto de vuestros esfuerzos está en el horno, pero con la canela... *Moussaka* —abrió los ojos de golpe y les sonrió.

—Hijo, eres una mala bestia.

—Bravo, señor Holmes.

Karl se sirvió un vaso de Almdudler, un refresco de hierbas alpinas al que Irene no había conseguido aficionarse.

—A ver, ¿qué nos cuentas? ¿Qué dicen los *punks* de su amiga?

—No era amiga suya. O al menos eso es lo que dicen. Han ido al entierro para acompañar a Sigi, el que se desmayó, que es hermano de Timna, bueno, medio hermano, los padres son distintos.

—¿Quién era mayor?

—Ella. No lo parecía, pero tenía ya veintitrés años, no era tan joven. Sigi tiene veintiuno y, al parecer, ella siempre fue una especie de madre para él. Se fueron de casa hace siete u ocho años porque no aguantaban a la madre que, por lo que cuentan, debe de ser un mal bicho, y ella ni siquiera los buscó. Cuando Timna se lió con Innauer, hace unos cinco años, él se fue a vivir con esta gente, pero ella lo visitaba mucho y le prometía maravillas para cuando pudieran estar solos.

—¿Y qué dicen ellos de Timna?

—Que había salido a la madre. Que con Sigi era buena y cariñosa, pero con todos los demás era un monstruo.

—¿En qué sentido?

—Arrogante, avara, cruel... «Deseando verte hundido para ponerte la bota encima», como ha expresado muy gráficamente Dani, el Lanas. O mejor incluso, esto que nos ha contado Lukas, que salió con ella hace tiempo: «Te hace un agujero en la coraza, te sorbe hasta la última gota, como un huevo de Pascua, y luego, cuando ya estás vacío, te estruja en el puño hasta que no queda más que polvo y te deja tirado en el suelo». No está mal, ¿eh?

—Y del asesinato, ¿qué piensan?

—Lo que dice la canción de los Beatles: «*All the girls in town said she's got it coming, but she gets it while she can*». Que se lo merecía, que se lo estaba buscando, que se ha encontrado con la horma de su zapato. No les preocupa.

—¿Y el hermano?

—Sigi está destrozado. Ya lo habéis visto. Era lo único que tenía en el mundo y además era la que le daba de comer. Bueno, voy a telefonar a Wolf y a informarle del resultado de mis pesquisas. Me ha mandado él, ¿sabéis?

—¡Ahhh! —dijeron las dos debidamente impresionadas.

Karl se levantó sin hacer caso:

—Sí, burlaos, burlaos. Dentro de un par de años yo también seré criminalista.

—Y cinturón negro —añadió Martina.

Karl tenía el cinturón marrón desde los quince años, pero no estaba permitido presentarse al examen para cinturón negro hasta los dieciséis y, justo dos días antes de cumplirlos, había tenido un grave accidente de esquí que lo había inutilizado para el deporte durante más de un año. Ahora llevaba meses recuperando la forma física y los reflejos y, desde principios de curso, el cinturón negro era el tema más frecuente en las conversaciones familiares.

—Puedes apostar un ojo de la cara. A todo esto, no se te habrá olvidado que me voy el viernes a Linz, ¿verdad? No digas nada. Se te nota que no sabes de qué te hablo. Déjame refrescarte la memoria: viernes, competición, nacional por equipos, ¿te suena?

—Se me había pasado del todo, Karl. ¿Hay que prepararte algo?

—Sería un detalle que me plancharas el *judoji*.

—Habrás que lavarlo.

—*Too late, Flanagan*. Lo lavé ayer y está tendido abajo.

—Trato hecho.

Karl se fue silbando pasillo adelante mientras Irene pensaba cuánto le gustaría tener esa seguridad en sí misma y Martina se planteaba si enseñarle a planchar.

Capítulo 6

Ian volvía de echar una carta para sus padres cuando se encontró con Wolf en la escalera y, ya iba a empezar a ponerlo al tanto de la conversación con los amigos de Sigi, cuando su tío le dijo que había hablado por teléfono con Karl.

—Pero yo sí tengo algo que contarte —añadió—. ¿Sabes quién hereda de Timna?

—No me digas que había algo que heredar descontando el Rolex y la gargantilla.

—Casi un millón de chelines en el banco y un apartamento por estrenar.

Ian dio un largo y expresivo silbido.

—Como te lo cuento.

—¿Y lo hereda Sigi?

—Hay un testamento a su favor, sí. Todo legal.

—¿Y de dónde ha sacado ella el dinero?

—Eso es lo que vamos a tener que investigar.

—A lo mejor Innauer le pagaba un sueldo —aventuró Ian.

—¿A cambio de qué? ¿De sus servicios?

Ian se puso colorado y miró al suelo.

—Perdona. Sí. Podría ser —Wolf hizo una pausa para meter la llave en la cerradura—. Habrá que preguntárselo a él. Pero si era un sueldo, tenía que ser muy bueno. Sólo llevaban cinco años juntos.

—A lo mejor le sisaba en las ventas —sugirió Ian.

Wolf se quitó los zapatos y los dejó en la entrada, bajo el perchero. Ian hizo lo mismo.

—No puede ser. Es su mujer la que vende y controla las finanzas. A ella sí le pasa un sueldo, como agente que es.

—¿Y Sigi lo hereda todo?

—A menos que sea dinero ilegal, lo que era de su hermana es ahora suyo.

—¿Tú crees que él lo sabía? ¿Lo del testamento?

—Tenía que saberlo. O se lo imaginaba. No había nadie más.

—La madre.

—Se odiaban. Ya has visto hoy, ni siquiera se han mirado él y la madre. Aparecer con Timna era igual o peor. La madre nos ha dicho que estaba segura de que no vería un céntimo de lo que su hija hubiera podido sacarle al pintor, que por eso no pensaba pagar el entierro, que eso ya lo había dejado muy claro cuando *Frau* Innauer la había llamado, pero que el artista había estado dispuesto a pagarlo todo y por eso ella había acudido al final.

—¡Qué encanto de madre!

—Parece que eran tal para cual. ¿Cuándo se cena?

—Cuando quieras. Hoy estamos solos, los tíos se han ido al teatro.

—¿Sabes qué te digo? Te invito a un chino.

Volvieron a ponerse los zapatos y salieron a una noche fresca pero primaveral.

—¿Habéis interrogado a Klara?

—Eso lo llevaba Gabi. ¡Mira! Podríamos llamarla y ver si le apetece cenar con nosotros. Así matamos dos pájaros de un tiro. ¿Llevas monedas sueltas?

Entraron en una cabina de teléfono.

—Tiene un pelo precioso —dijo Ian.

—¿Tú también te has fijado?

Se miraron un momento a los ojos notando la complicidad chispear entre ellos.

—Debería llevarlo suelto.

—Ya la convenceremos... ¿Gabi? Wolf. ¿Qué dices de una cena romántica con dos hombres encantadores? Ian. El otro es Ian. En el Waldorf. Sí, nosotros aún vamos de camino. Vale. Nos vemos allí.

El restaurante estaba cerca y para darle tiempo a Gabi alargaron un poco por la margen del río, deteniéndose para ver la fachada de la catedral iluminada como un transatlántico anclado en el puerto, toda la luz reflejada en las rápidas aguas del Inn, que iba alto y poderoso, arrastrando ramas y barro de las lluvias recientes. El aire era fresco y olía bien: a agua, a flores nocturnas, a noche de primavera.

—No está mal esta ciudad —comentó Wolf.

—Tú eres de aquí, ¿no?

—No, por Dios. Yo soy de la más extrema provincia de Austria, de Vorarlberg.

—¿Los tipos raros?

—Los mismos. Alemanes, suevos, descendientes de hunos. ¿No te has fijado nunca en mis pómulos y en mis ojos oblicuos?

Wolf parecía estar de un humor maravilloso; Ian nunca lo había visto tan bromista.

—La única gente de Austria a la que hay que subtítular en las entrevistas de la tele para que los pobres vieneses se enteren de qué estamos hablando. Trabajadores, honestos, ahorrativos, los primeros burgueses libres que existieron por aquí —Wolf ensartaba clichés con clichés, medio en serio, medio en broma.

—Los escoceses de Austria, vamos.

—Eso es. No confundas nunca a un vorarlberger con un tirolés —Wolf le dio una palmada en el hombro y se pusieron en marcha hacia el restaurante.

Cuando llegaron, Gabi ya ocupaba una mesa en el rincón y estaba estudiando la carta. Seguía llevando el pelo, largo y rubio miel, con mechas más claras, recogido en una trenza alta.

Se instalaron, pidieron cuatro platos para los tres y Gabi sacó su cuaderno de notas.

—A ver, colega, ¿qué cuenta Klara Innauer? —preguntó Wolf.

—En resumen, nada. Tiene veintiún años, vive fuera de casa desde hace tres, estudia diseño en Viena, vive sola en un apartamento céntrico, no tiene novio. Odiaba

a Timna y odia a su padre por haberles impuesto su presencia, por haberlas echado a su madre y a ella. Se nota bastante que en el fondo lo quiere, pero lo desprecia por haberse dejado manejar de ese modo por una muchacha que, según ella, es pura escoria, intrigante, cruel, mala, inteligente sólo para hacer el mal. No le da ninguna pena que haya muerto y dice que sólo espera que gracias a ello su padre recobre el juicio. He tenido la impresión de que estaba terriblemente celosa de la muerta, ha nombrado varias veces los regalos que Innauer le hacía a Timna cada vez que se peleaban.

—¿Qué regalos? ¿El Rolex y la gargantilla?

—Y una moto y un viaje a China y ropa y zapatos... De todo, vamos. Aunque tengo la sensación de que la gargantilla era lo que más le picaba. Ha dicho varias veces que en toda su vida ni en su madre ni en ella ha invertido Kurti tanto tiempo y tanto trabajo como para diseñar esa joya.

—Y con la madre, ¿cómo se lleva?

—Bien, pero cada una por su lado. Dice que su madre tiene una tendencia demasiado fuerte a manejar las vidas de los demás. No se ven demasiado. A veces la madre va a Viena o ella va a Munich.

—¿Entonces la madre no vive aquí?

—Ocasionalmente. Pero tiene un piso en Munich y es allí donde hace su vida. Cuando viene aquí, se aloja en casa de Innauer. En su casa, de hecho. No están divorciados.

—¿Y por qué no?

—Porque, al parecer, a Kurti no le parece necesario y a Gundula le da igual. Según Klara, Kurti dice que ya cometió una vez el error de casarse legalmente y con un error basta. Y que Timna no necesitaba esas tonterías burguesas.

—¿Timna decía eso?

—Klara dice que Kurti solía decir que para Timna eso eran tonterías.

—Pero quería un hijo suyo —intervino Ian.

—Era la mejor manera de asegurarse el futuro. Si se hubiera muerto él, ella se habría quedado en la calle. Si hubieran tenido un hijo, no.

—Pero ¿esa chica no tenía nada bueno? —preguntó Ian, ligeramente molesto—. Al fin y al cabo la víctima es ella. Todo el mundo hace como si fuera justo haberla quitado de en medio.

Wolf y Gabi se volvieron hacia él, sorprendidos por lo acalorado de su defensa.

—Si llegamos a saber cómo era la muerta, quizá podamos imaginar por qué la han matado y quién. Pero te aseguro que la calidad moral de la víctima no impedirá que hagamos lo posible por coger al asesino.

—O a la asesina —añadió Gabi, con una punta de ironía.

En los últimos tiempos había habido una auténtica fiebre de corrección política en la lengua y los policías tenían que repasar sus informes para asegurarse de que siempre aparecían los dos géneros cuando se trataba de una persona desconocida.

Así, había que escribir «el sospechoso/a, el asesino/a», etc., y todos estaban un poco hartos.

—O la asesina, sí, que es lo más probable.

—¿Por qué? —preguntó Gabi, mientras sonreía a la camarera que acababa de dejar sobre el caliente-platos una bandeja de pato crujiente que olía a gloria.

—Porque, por lo que sabemos hasta ahora, quien más gana con la muerte de Timna es o la madre o la hija.

—O el hermano.

—Sí, es verdad. En dinero quien más gana es el hermano, pero no todo es dinero en esta vida. El odio o la venganza o los celos son tan buenos motivos como cualquier otro.

—¿Habéis registrado ya la casa de los Innauer? —preguntó Ian, comiendo a dos carrillos.

—Claro.

—¿Y qué habéis encontrado?

—No mucho. Lo único curioso es una colección de cintas grabadas en un aparato conectado con el teléfono. Al parecer Kurti había desarrollado una auténtica pasión por tener grabado todo lo que hablaba con cualquiera que llamara a su casa. Le hemos preguntado y se ha limitado a decirnos que su memoria cada vez está peor y que es la única manera de acordarse de lo que él ha dicho y lo que le han dicho a él. Por eso todas las cuestiones profesionales las lleva su mujer desde Munich. A él se le olvidaría sin más lo que ha prometido hacer.

—¿Y son interesantes?

—Hasta ahora, no. Amigos que llaman para invitarlo a algo, Timna un par de veces diciendo que no vuelve a cenar o que está en tal sitio y que si a él no le apetece acercarse por allí; tonterías, vamos. No se entiende que tuviera interés en guardar cosas así, pero los artistas..., ya se sabe.

—¿No habéis encontrado nada más? ¿No hay rastros de sangre o así? ¿Nada que indique que la mataron en la casa y luego la llevaron al bosque y la dejaron allí?

Wolf y Gabi se echaron a reír a la vez ante la mirada atónita de Ian.

—No sabía yo que había dicho algo tan gracioso —murmuró.

Gabi hacía gestos con los palillos como para empezar a explicarlo, pero no podía parar de reír. Aún pasó casi un minuto hasta que pudo decir:

—¡Imagínate si hemos encontrado sangre! En circunstancias normales, con lo que hemos encontrado en el suelo del taller de Innauer podríamos llevar a la cárcel a toda la familia. En el suelo hay restos de sangre de casi todos ellos y de más gente que no conocemos, hay pelos pegados por todas partes, restos de huesos de animales, trocitos de uñas humanas, virutas de cuerno de vaca, boñigas del animal que pidas. Aquello es un establo, hay de todo. Hasta cocaína. Y ahí tenemos un ligero problema porque él y la mujer insisten en que es uno de los materiales que utiliza para su obra y que no está destinada al consumo, pero el caso es que la cocaína en este país es ilegal.

—Y en cuanto a lo de que la hubieran matado en la casa —continuó Wolf—, parece poco probable porque Timna salió por su pie estando aún vosotros allí y, aunque luego hubiera vuelto, Innauer no habría estado en situación de llevarla a ninguna parte porque estaba borracho.

—¿Quién dice que estaba borracho? —Ian dejó su cuenco sobre la mesa y se inclinó hacia Wolf.

—Él lo dijo en el poquísimo tiempo que conseguimos verlo, y lo confirma el vecino de al lado con el que, al parecer, tuvo una bronca tremenda poco después de marcharos vosotros, porque empezó a arrancarle los arbustos que acababa de plantar en el linde de las dos propiedades, diciendo a gritos que encontraba repugnantes los tejos canadienses. Según el vecino, estaba hecho un loco y se veía de lejos que estaba como una cuba, lo que en él no resulta nada raro. Todos los vecinos confirman que es muy difícil la convivencia con él y que es muy frecuente verlo borracho.

—Pues el domingo no estaba borracho.

—¿Cómo que no?

—Porque el domingo le estuvimos haciendo nosotros la entrevista y, aunque se pasó las dos horas que duró la cosa haciendo como que bebía ginebra directamente de la botella, Karl jura que aquello no podía ser ginebra porque al despedirnos se le acercó muchísimo y no olía a nada.

—Cuando os tomamos declaración, no nos dijisteis nada de eso.

—Se nos pasó. No parecía importante. Pensábamos que Kurti sólo estaba tratando de impresionarnos y mantener su fama de hombre duro, pero ahora podría ser otra cosa.

Wolf guardó silencio unos momentos, Gabi tampoco decía nada. Al final, los dos siguieron comiendo de su cuenco.

—Habrá que pensar a dónde nos lleva eso. Si Karl no se equivoca. Y, aunque fuera cierto, no se puede probar. En fin, mañana tenemos que hacerle una visita, de todos modos. Es de suponer que se le hayan calmado los nervios y a lo mejor sabe algo de las finanzas de Timna.

—Y además la chica no estaba en la casa y tendríamos que encontrar a alguien que la haya visto volver —siguió Gabi, como si no hubiera oído las últimas frases de Wolf.

—Bueno, se acabó —Wolf cambió por completo el tono de voz del minuto anterior—. En el mundo hay otras cosas aparte del trabajo y los crímenes. A ver, Gabi, cuéntanos, ¿eres tirolesa?

El resto de la noche no volvieron a nombrar a los Innauer ni a la muchacha que estaría pasando su primera noche en el cementerio, muy cerca de allí.

Capítulo 7

Gundula Innauer, con un traje de andar por casa blanco y azul marino, el pelo rubio recogido en una cola y discretamente maquillada, les abrió la puerta a las ocho y media de la mañana. Su cortesía era tan pulida y profesional que tanto Wolf como Gabi se sintieron incómodos y casi forzados a justificarse por haber llegado tan temprano. Atravesando el vestíbulo, impoluto y libre de zapatos, a lo largo del pasillo con los mil y un cuadros, los condujo hasta el salón donde el retrato de Timna aparecía tapado con una sábana.

—Me parecía de mal gusto quitarlo, pero los nervios de Kurt no están como para verlo ahí día tras día. Ésta es una solución de compromiso. Supongo que querrán hablar con él.

—Si no le molesta...

—Por supuesto que me molesta, eso lo saben ustedes tan bien como yo. Kurt está sufriendo mucho y su presencia y sus preguntas empeoran la situación, pero me figuro que no piensan dejarlo en paz hasta que hayan tenido su famoso interrogatorio, de modo que es mejor terminar de una vez. Eso sí, van a tener que esperar porque Kurt aún está durmiendo; tendré que despertarlo.

Wolf notaba cómo su agresividad subía por momentos ante la arrogancia de aquella mujer pálida y fría como una muñeca de porcelana.

—Sí, hágalo, *Frau* Innauer. Los funcionarios públicos no podemos perder mañanas enteras esperando que un artista se despierte buenamente. Dígale que no es necesario que se duche y se afeite, puede bajar como esté.

—Kurt no tiene costumbre de ducharse por la mañana y dudo mucho que quisiera afeitarse para ustedes —dijo secamente—. Si tienen la bondad de esperar unos momentos...

—Te juro —le dijo Wolf a Gabi en cuanto la mujer del pintor hubo salido de la habitación— que tengo que apretar bien fuerte los puños para no darle un par de bofetadas a esa bruja. ¿Qué se habrá creído?

—Que vamos a morder a su precioso Kurti, que es su principal fuente de ingresos. Si fuéramos compradores, sería otra cosa, claro, pero como no somos más que policías... ¿Te has fijado que lo llama Kurt, no Kurti?

—Es que ella es una señora —dijo Wolf aflautando la voz y poniéndose una mano delicadamente en el cuello—. Me figuro que la otra lo llamaba Kurti y por eso.

Ninguno de los dos se había sentado. Wolf se puso a mirar los cuadros que colgaban de las demás paredes, apartando la vista de la sábana blanca que cubría el retrato igual que la del depósito había cubierto el verdadero rostro de Timna. Gabi miraba por la ventana el caminito de tierra roja, como de pista de tenis, que llevaba, por encima del puentecillo, hasta la reja. Ahí había estado Kurti unos días atrás

saludando con la mano a una muchacha que se marchaba, aún enfadada, sin saber que ya no regresaría. Ahora el cristal estaba cerrado y el camino vacío, salvo por las huellas dobles de sus zapatos y los de Wolf, lo que, lógicamente, quería decir que el jardinero ya había alisado la arena antes de que llegaran ellos, borrando así las huellas de la noche anterior y dejando el camino virgen para sus propias pisadas. Se preguntó si los chicos se habrían fijado en el estado de la arena del camino el día que llegaron y se hizo una nota mental para preguntárselo en cuanto los viera. Volvió a girarse hacia el salón. En su visita anterior había docenas de narcisos amarillos que brillaban como con luz propia. Esta vez los ramos de flores estaban compuestos de lirios azules y tulipanes blancos. No había una mota de polvo en ninguna parte.

—Si no baja dentro de un minuto —rezongó Wolf—, subo y lo saco de la cama a patadas.

—No será necesario —dijo la voz fría y clara de Gundula Innauer—. Mi marido tiene el sueño pesado y además, desde lo sucedido, toma pastillas para poder dormir. En seguida estará a su disposición.

Cruzó el salón y se instaló en un sofá junto a la ventana con las piernas cruzadas y las manos juntas sobre el regazo.

—Su presencia no será necesaria, *Frau* Innauer. —Prefiero estar presente.

—Es absolutamente irrelevante lo que usted prefiera. Si no se marcha de inmediato, tendremos que citar al señor Innauer. Entonces será él quien tenga que venir a la comisaría a prestar declaración. Esto era sólo una muestra de cortesía por nuestra parte pero, la verdad, se me está acabando no sólo la cortesía sino la paciencia.

Ella se levantó lenta, elásticamente, como un gato blanco de pelo largo y ojos azules, perezoso y cruel.

—En ese caso..., si no me necesitan más, tengo que hacer.

Se cruzó con su marido en la puerta, le puso una mano sobre el hombro desnudo y él saltó como si tratara de apartarse de un contacto eléctrico. Llevaba una camiseta blanca de tirantes, con la que debía de haber dormido por lo arrugada que estaba, y unos pantalones grises de chándal, muy desgastados. Iba descalzo y, efectivamente, ni se había afeitado ni molestado en peinarse el pelo canoso que le caía por la espalda en mechetas grises. Tenía profundas ojeras y las mejillas estaban amarillentas y hundidas. Se quedó en medio del salón, mirando por encima del hombro de Wolf la sábana que cubría el retrato de Timna. Metió la mano en el bolsillo, sacó un paquete de tabaco y un mechero y se encendió un cigarrillo.

—He vuelto a fumar —dijo mirando la brasa—. Ahora ya da igual. ¿Qué quieren?

—Hacerle unas preguntas.

—¿No ha contestado Gundula a todo lo que querían saber? Le pago para eso, entre otras cosas.

Gabi, viendo a Wolf a punto de saltar, intervino a toda prisa:

—En este caso no es posible, *Herr* Innauer. Se trata de un interrogatorio policial,

¿comprende? Está usted obligado a contestar personalmente a nuestras preguntas y a contestar con la verdad.

Innauer se dejó caer en un sofá con el cigarrillo entre los dientes y las manos abiertas cruzadas por delante del pecho y metidas bajo los brazos.

—¿Cuándo vio usted a Timna Merz por última vez, *Herr Innauer*? Alzando los ojos al cielo en una mueca de exasperación, contestó:

—El domingo por la mañana, a eso de las diez y cuarto o diez y media. ¿No se lo han dicho ya los chavales de la entrevista?

—Cuéntenos los detalles, haga el favor.

—El sábado, después de la inauguración, me acosté borracho. Creo que discutimos por algo Timna y yo, pero no me acuerdo bien. Por la mañana me despertaron unos gritos: Klara y Timna se estaban insultando en la cocina, lo que no tiene nada de raro en esta casa.

Entonces Timna volvió al dormitorio y empezó a meter cosas en una bolsa de viaje diciendo tonterías de que se iba y que no podía aguantar más y que esta casa era demasiado pequeña para las dos y todas esas estupideces que dicen las mujeres cuando se enfadan. Primero nos gritamos un rato y luego, no sé bien cómo, conseguí calmarla. Gundula se había ido a Munich la noche anterior, Klara se iba el mismo domingo, no había razón para ponerse así. Después de cinco años seguía sin fiarse de mí. En cuanto veía a una de las dos, pensaba que lo nuestro se había acabado. La muy imbécil.

La ceniza del cigarrillo había ido cayendo sobre su camiseta y sobre el sofá blanco y ahora aplastó la colilla contra el cristal de la mesa de café.

—Ni un maldito cenicero en esta casa.

Gabi y Wolf no acabaron de enterarse si lo de imbécil iba por Timna o por Gundula, que había quitado los ceniceros.

—*Herr Innauer*, ahora que hablaba usted de confianza, ¿podría decirnos para qué conserva usted la grabación de todas las conversaciones telefónicas que realiza?

Innauer puso cara de fastidio.

—¿Otra vez?

—Por favor.

—Para tener presente lo que he dicho y a quién.

—¿Tan mala memoria tiene?

—A lo mejor aún no se han dado ustedes cuenta de que tengo, como dirían los americanos, «un problema con el alcohol». La verdad es que a veces estoy demasiado borracho para saber lo que digo o para entender lo que me dicen y otras veces estoy trabajando en algo realmente importante y entonces no me entero de nada.

—¿Y graba usted todas las conversaciones? ¿Tanto las que recibe como las llamadas que hace usted mismo?

—El aparato es automático. Me gasté lo que hacía falta para que viniera un técnico a instalarme un trasto que se conecta solo cada vez que funciona el teléfono.

Una cosa discreta, ¿comprenden? Tampoco es cuestión de que todo el mundo sepa que me guardo las conversaciones porque la mitad del tiempo no me entero de lo que digo.

—¿Lo sabe su familia?



En los labios de Innauer apareció una sonrisa torcida.

—No lo sabe nadie. La transparencia estará muy bien en la política y en la Administración, pero un hombre tiene derecho a tener sus secretos, ¿no creen?

—¿Lo sabía Timna? —preguntó Gabi.

—No lo sabe nadie, ya les digo.

—¿Cuál era la situación económica de Timna Merz?

—No entiendo la pregunta.

—¿Trabajaba en alguna parte? ¿Le pasaba usted un sueldo? ¿Tenía dinero propio? Él sacudió la cabeza como si la cuestión le pareciera absurda.

—Yo le daba lo que necesitaba, por supuesto. Soy rico, Timna no tenía ninguna necesidad de trabajar.

—O sea, que ella le pedía dinero cuando quería algo.

—Ella tenía una tarjeta de mi cuenta, pero la usaba muy poco. Normalmente íbamos juntos a todas partes, íbamos juntos de compras, ropa, discos, zapatos, esas cosas, era divertido verla probarse cosas, ver cómo cambiaba, vestirla de niña, de señora, de estrella de cine. Timna era un camaleón. Creo que no hay nadie que la haya conocido realmente, todo lo que ella era. El dinero no le importaba. A veces me pedía para dárselo a sus amigos. Yo se lo daba sin preguntar.

—¿Conoce usted a su hermano?

Innauer levantó la vista.

—¿El loco?

Gabi y Wolf se miraron sin decir palabra.

—Sé que Timna tenía un hermano internado en un psiquiátrico. Hace unos meses lo trasladó a una clínica privada; yo le daba la mensualidad. Pero no lo conozco, no lo he visto ni en foto. Sólo sé que era el único pariente que le importaba algo.

—¿Sabía que tenía un piso a su nombre?

—¿Quién? ¿Timna? —sus ojos fueron un instante a la sábana y volvieron al suelo—. No es posible. ¿Sabe de dónde puede haber sacado el dinero?

Innauer negó con la cabeza y, de repente, se puso pálido.

—¿Tiene alguna sospecha? ¿Algo que nos quiera decir? —Wolf se inclinaba hacia delante como dándole aliento.

Innauer siguió negando con la cabeza, sin decir palabra. Hubo un corto silencio.

—Herr Innauer, ¿volvió usted a ver a Timna Merz después de la pelea de la mañana?

El pintor, perdido en sus pensamientos, no reaccionó.

—¿Herr Innauer?

—No. No. Es decir, sí —hizo un esfuerzo para volver a la realidad—. Nos peleamos en el dormitorio, la tranquilicé y volvió a sacar las cosas de la bolsa. Dijo que se iba a dar un baño de aceite. Yo bajé a hablar con los chicos. Luego se fue Klara. Vinimos aquí. A ver... ¡Ah! ¡Sí! Le pedí que nos hiciera un café, lo traje aquí y, cuando estábamos tomándolo, la vi cruzar el pasillo hacia la puerta, entonces salí

corriendo y la alcancé mientras se ponía los zapatos. Discutimos un poco aún, pero me dijo que sólo se iba a dar una vuelta para aclararse las ideas. Yo volví aquí con los chicos, luego subimos al estudio y creo recordar que volví a emborracharme y tuve unas palabras con el vecino, que es un ejemplar de tamaño natural de montañés cazurro. Luego debí de dormirme porque no me acuerdo de nada hasta que al día siguiente, al ver que Timna no volvía, llamé a la policía. Por la tarde me llamaron ellos para decir que la habían encontrado.

—Una pregunta tonta, *Herr Innauer*, ¿se acuerda por casualidad de qué zapatos se estaba poniendo Timna cuando la alcanzó usted en el vestíbulo? —Gabi lo miraba con una sonrisa ingenua llena de curiosidad.

Él le devolvió la mirada pero sin sonrisa. Se encendió otro cigarrillo antes de contestar:

—Ni idea.

—Haga un esfuerzo, por favor.

—Supongo que las botas negras, las de plataforma con cordones. Eran las últimas que se había comprado.

—Cuando la encontramos, Timna Merz llevaba unas deportivas blancas.

—¿Y qué? Ya he dicho que no me acuerdo. Entonces está claro que se estaría poniendo las deportivas.

—¿Tiene usted alguna sospecha sobre quién puede haber querido matar a su amiga, *Herr Innauer*?

—Mi compañera. Timna era mi compañera, mi musa, mi fuerza interior. No. No tengo ni idea. Gundula y Klara la odiaban lo suficiente, no nos engañemos, pero una estaba en Munich y otra, en Viena. No creo que ninguno de sus amigos ganara nada matando la gallina de los huevos de oro. Su madre no la había visto desde hacía años. Lo único lógico es que fuera un accidente, que la matara un desconocido para robarle.

—Uno no le clava un cuchillo a alguien por accidente, *Herr Innauer*.

El pintor bajó la vista, se encogió ligeramente de hombros y juntó las manos como tratando de exponer que no tenía más teorías.

—El caso es que, sea como sea, está muerta —dijo Gabi, poniéndose de pie.

Innauer, aún sentado, la miró y sus labios se torcieron en una sonrisa de dolor:

—Hay quien piensa de otro modo.

—¿Qué quiere decir?

El pintor se puso en pie, se acercó a una cajonera blanca junto a la puerta y volvió con una cinta que había sacado del primer cajón.

—Esto lo recibí la misma tarde del entierro, un par de horas más tarde. Desde entonces he estado recibiendo llamadas telefónicas de diferentes personas y ayer noche, al volver a casa, había esto en el buzón.

Sacó del bolsillo del chándal un papel arrugado en el que alguien había pegado letras recortadas de un periódico que decían: «Timna vive». La cinta era de una marca que se podía comprar en cualquier supermercado y estaba rotulada con un

papel fotocopiado del disco original: «*Dead can dance*» era todo lo que decía.

—¿Ha oído la cinta?

—Sí. Todo música. Ya lo dice la tapa, son canciones de *Dead can dance*. Me figuro que lo han elegido por el nombre del grupo.

—Y las llamadas, ¿qué dicen?

—Lo mismo, más o menos. Apenas unas palabras: que la sangre es vida, que Timna vive, que si sabía lo que hacía cuando derramé mi sangre sobre su tumba — dio una última chupada al cigarrillo y lo aplastó contra la cajonera—. El mundo está lleno de locos.

—¿Podemos llevarnos la cinta y el anónimo?

Se los entregó sin una palabra.

—Le tendremos al corriente, *Herr Innauer*.

El pintor se quedó donde estaba, apoyado en el quicio de la puerta, viéndolos recorrer el largo pasillo. Cuando oyó el ruido de la puerta de la entrada al cerrarse siguió donde estaba, inmóvil, respirando hondo. Luego se giró, pasó la vista por el cuadro tapado y subió al estudio.

Capítulo 8

En el tren que lo llevaba a Linz, a disputar junto con los compañeros de su club el campeonato nacional por equipos, Karl reía y bromeaba sintiendo el familiar cosquilleo de la excitación que precedía todas las competiciones. Una mezcla de desafío, nerviosismo y miedos vagos que agudizaban sus percepciones hasta un punto casi insostenible conforme se iba acercando el momento crucial y que, sin embargo, había conseguido dominar de un modo tan completo que nadie desde el exterior podría decir que pasaba algo fuera de lo común. Para Karl, el poder decir que nada podía sacarlo de la perfecta calma en que se desarrollaba su vida era uno de sus principales motivos de orgullo y una habilidad que había aprendido y perfeccionado desde muy pequeño, desde que a los seis años su madre le leyó la primera historia de Sherlock Holmes. Desde entonces, paso a paso y sin arrebatos, había ido aprendiendo todo lo que sabía que alguna vez le serviría para la profesión que había elegido: estudiaría medicina y se especializaría en medicina forense para luego pasar a criminología. Mientras tanto, había decidido también que la emulación de su héroe sería sólo aproximada y, por tanto, ni fumaba en pipa ni pensaba hacerlo nunca y rechazaba de pleno el uso de todo tipo de drogas, lo que constituía una decisión sensata porque, por otro lado, Karl era un gran aficionado al deporte y no quería que su salud y su rendimiento se viesen afectados. Otro punto en el que Karl y Holmes no coincidían era su actitud frente al otro sexo. Holmes era un misógino redomado cuyas relaciones con las mujeres se limitaban a tener un ama de llaves que le limpiaba el piso y le preparaba la comida, a relacionarse con ellas ocasionalmente durante sus pesquisas y, en un solo caso, mezcla de admiración y rechazo, a medirse con una como contrincante: el único caso de Holmes en que el criminal (una mujer, para colmo de males) fue más listo que él. Irene Adler. Ahora también había entrado una Irene en la vida de Karl y, en los raros momentos en que se permitía pensar en ello, tenía que confesarse a sí mismo que la encontraba muy atractiva. No ya por su aspecto, sobre el que tampoco había ninguna queja, sino sobre todo por su ingenio, por su rapidez mental y por su sentido del humor.

Una vez que sus padres se habían peleado y Karl, que por entonces tenía dos amigos cuyos padres se estaban separando, tuvo miedo de que pudiera sucederle lo mismo a los suyos, su padre le dijo en una conversación inolvidable, la primera conversación de hombre a hombre que tuvo en su vida: «Mientras una pareja no pierda el sentido del humor, no hay peligro, Karl. Y tu madre y yo aún nos reímos mucho juntos. No te preocupes. Todo el mundo pasa por algún mal momento». Y había sido verdad, no se habían separado y seguían riéndose mucho. Se preguntó si Kurti y Timna se reirían. O si Kurti y Gundula se habían separado porque ya no tenían de qué reírse.

El tren se detuvo en la estación de Salzburgo, cinco minutos de parada. El tiempo no acababa de mejorar y la gente pasaba por delante de las ventanillas del tren sin saber bien si abrir o cerrar los paraguas; no se podía decir que estuviera lloviendo, pero tampoco se podía prescindir completamente de esa protección si uno pensaba quedarse mucho rato fuera. Era sólo media tarde y sin embargo la luz era ya indecisa y grisácea, grandes nubes bajas colgaban de las copas de los árboles como si se hubieran enredado la cabeza en gigantescas telas de araña. También la gente iba vestida de gris, de *beige*, de esos colores que indican que toda una ciudad ha decidido que se acabó el invierno con sus negros y marrones pero que todavía no ha llegado el momento de los amarillos y los azules del pleno verano.

De improvviso una chaqueta violentamente roja llamó su atención: cruzando el andén a toda velocidad, con un paraguas abierto azul y negro de rayas y pantalones de cuero, una muchacha que no le resultaba desconocida alcanzó el tren segundos antes de que se pusiera en marcha. Estaba seguro de haber visto a aquella chica en alguna parte pero, como no había podido verle la cara, oculta por el paraguas, resultaba más difícil completar la imagen. Como siempre que algo planteaba un desafío a sus habilidades, se levantó, fingiendo dirigirse hacia el lavabo, y buscó un asiento libre en el compartimento siguiente para poder pensar sin interrupciones. Una vez instalado, se forzó a dejar la mente en blanco y libre para cualquier asociación que su cerebro quisiera brindarle. Durante unos minutos no le acudió nada; de pronto tuvo la imagen de alguien, también sin cara, sentado en un peldaño atándose unas botas, luego un cementerio...

—¡Pues claro! —dijo dándose una sonora palmada en el muslo.

Volvió a su asiento, dijo que se iba a dar una vuelta por el tren y se lanzó a la búsqueda de Klara Innauer. No le costó mucho dar con ella porque su chaqueta roja brillaba como un semáforo tres vagones detrás del coche-restaurante. Cuando llegó a su altura, se cambió de hombro la chaqueta que llevaba colgada, con lo que le dio un conveniente y lanoso golpe a la muchacha sentada junto al pasillo.

—¡Huy! ¡Perdone! ¡Cuánto lo siento!

Ella se agachó a recoger la revista que con el impulso de la chaqueta se le había caído al suelo y, en ese momento, los rápidos ojos de Karl registraron la gargantilla que Klara Innauer llevaba al cuello: una especie de dragón alado de aspecto extraterrestre, de oro, platino y piedras preciosas. Él se agachó también a devolverle la revista y sus ojos se encontraron. Ella dudó un instante. Él sonrió, sorprendido:

—¡Hola! ¡Qué casualidad!

—¿Nos conocemos? —preguntó Klara, sabiendo que sí se conocían pero sin recordar de dónde exactamente.

—¡Qué preciosidad de collar! ¿Dónde ha comprado una cosa tan bonita? Es justo lo que me gustaría regalarle a mi madre por su cumpleaños.

Ella se llevó la mano a la garganta, se mordió el labio inferior y metió la gargantilla bajo el jersey.

—Es... es una pieza única.

—Diseño de su padre, ¿verdad? Se nota a la legua.

Al darse cuenta de que Klara Innauer no conseguía recordar quién era él, Karl había empezado a hablarle de usted, siguiendo la costumbre austríaca. Así ella tendría que contestarle del mismo modo y trataría de colocarlo entre los muchos conocidos de su padre.

—¿Lo conoce usted bien?

—Yo no mucho. Mi familia le ha comprado varias obras. Nos hemos visto en fiestas, *vernissagen*, cosas así, por eso la he reconocido. ¿Cómo se encuentra su padre?

—Bien. Vamos, eso creo. Supongo que se refiere usted a todo este asunto de la muerte de Timna, ¿no?

Karl asintió muy serio.

—Lo he visto en las noticias, como todo el mundo. ¿Aún no han encontrado al asesino?

—No. No sé. No quiero saber nada de eso.

—¡Ah! ¡Perdone! Yo creía que venía usted de Innsbruck, de visitar a sus padres.

Ella miró desesperadamente por la ventana, sin saber cómo poner fin a aquella conversación.

—No. He estado sólo en Salzburgo, visitando a una amiga. MÍ padre no es un ser muy agradable cuando le van mal las cosas.

—Bien, tengo que irme.

Karl registró con una sonrisa interna la expresión de alivio en el rostro de Klara; se estrecharon la mano y, ya había avanzado unos metros por el pasillo, cuando volvió a girarse hacia ella, que había reclinado la cabeza en el asiento, los ojos cerrados. Acercó sus labios a la oreja de la chica y dijo en voz baja:

—Y tenga cuidado con esa joya. Hay gente que sería capaz de matar por una cosa así.

* * *

Ian e Irene se dirigieron una sonrisa de complicidad por encima de la mesa, lujosamente dispuesta con mantel de brocado color marfil, cubertería de plata antigua y copas de cristal tallado que, al reflejar la luz de las velas y la que procedía de la gran araña central, fingían una lluvia de chispas de colores sobre los pequeños centros de rosas y helechos que salpicaban la mesa a intervalos regulares. Ambos habrían preferido sentarse juntos y no uno enfrente del otro, pero unas tarjetitas de color gris oscuro con letras doradas indicaban claramente dónde debía instalarse cada comensal, y no se habían atrevido a desobedecer la orden silenciosa. Eran unas veinte personas, todas arregladas para una ocasión especial, todas sonrientes con esa cortesía un poco forzada de los momentos en que muchos extraños se reúnen y durante unos

minutos, al principio, no saben bien qué decirse ni cómo empezar una conversación. Por fortuna, Ian e Irene habían sido invitados a la vez y eso les estaba ayudando a sobrellevar la sensación de estar en un lugar demasiado grande y lujoso, con unas personas que no conocían de nada.

Se trataba de una invitación formal del rector de la Universidad de Innsbruck a los cinco estudiantes europeos de intercambio del programa Mundo sin Fronteras al que tanto Ian como Irene pertenecían; el resto de los invitados eran coordinadores del programa, los directores de los tres institutos de Bachillerato con sus esposas y una directora con su marido, unos cuantos catedráticos universitarios de ambos sexos y, por supuesto, los cinco estudiantes: Ian Watson, de Gran Bretaña, Irene Cuervo, de España, Bernardo Proietti, de Italia, Aline Durand, de Francia, y Eileen Wilkins, de Irlanda.

El señor rector y su esposa habían sido extraordinariamente amables al recibirlos en su propia casa, un palacete barroco lleno de antigüedades y objetos obviamente valiosos, y ofrecerles aquella maravillosa cena en un ambiente como ninguno de los chicos había conocido en su vida. De todas formas, Irene, aunque se alegraba de haber tenido ocasión de entrar en contacto con aquella forma de vivir tan distinta a la de su casa, se encontraba un poco incómoda entre tanto lujo y refinamiento y, sin poder evitarlo, se encogía ligeramente cada vez que una camarera que habría podido ser su abuela, con su vestido negro y su cofia blanca, se acercaba a su plato para servirle algún manjar que no siempre era reconocible de inmediato. Por suerte, Ian, que para algunas cosas podía ser realmente tímido, para este tipo de situaciones era impagable, porque se sentía tan cómodo como si hubiera estado en su propia casa; había entrado fácilmente en conversación con un catedrático de Arqueología que estaba sentado a la derecha de Irene, enfrente de él, por tanto, y mientras tomaban la sopa espumosa de perejil (según decía el pequeño menú), comentaban la posibilidad de encontrar galeones hundidos cargados de oro o la más remota todavía de localizar por fin las legendarias ruinas de Tartessos, en el sur de España.

Cuando llegaron las bolsitas crujientes rellenas de setas sobre lecho de espárragos a la mantequilla de salvia, Irene no tuvo más que esperar a ver cómo atacaba Ian el nuevo plato para perder el miedo a localizar el instrumento preciso entre la profusión de herramientas que se extendían a izquierda y derecha de su plato de porcelana con filo dorado. Su luminosa sonrisa explotaba aquí y allá y, aunque su cabello rojizo le daba a veces un aspecto cómico, como de payaso bueno, Irene pensó que le iba a resultar muy difícil volver a España y no poder verlo todos los días como ahora.

Ian miró a Irene mientras ella hablaba con la señora que estaba sentada a la derecha de él, la directora de un instituto especializado en lenguas extranjeras, y pensó en lo bien que le sentaban los pendientes que él le había regalado por su cumpleaños. Su pelo casi negro, liso y brillante, reflejaba la luz de la araña como un casco de metal, se había pintado un poco los labios y los ojos y, aunque a él no solían gustarle las chicas maquilladas, tenía que reconocer que lo que se había hecho, fuera

lo que fuera, la hacía todavía más bonita. A veces, al mirarla, sentía una especie de opresión en el pecho, como si alguien se le hubiera sentado encima, y entonces pensaba que su amado Glasgow iba a resultar muy gris el curso siguiente, con Irene a cinco mil kilómetros. Pero como en el fondo era un muchacho pragmático y un optimista sin remedio, pensaba de inmediato que hoy en día la distancia ya no es realmente un obstáculo y que, si seguía estudiando español, podría matricularse en la universidad que ella eligiera. El futuro siempre estaba abierto.

El ambiente empezaba a animarse, en parte debido al vino, al parecer excelente, y en parte porque el primer hielo se había roto y las conversaciones fluían con naturalidad, punteadas de risas; todo el mundo comenzaba a relajarse y poco a poco los cuadros que adornaban las paredes, con sus pesados marcos de oro y su solemnidad antigua, dejaban de darle aspecto de museo al comedor; los lujosos objetos de mesa iban perdiendo su aura de intocables para transformarse en simples objetos de uso práctico. Sirviéndose sal con una diminuta cucharita de cristal de un objeto de plata en forma de cisne con una especie de Cupido cabalgando sobre él, Irene comprendió por primera vez en su vida qué significaba eso de «artes aplicadas» y le envió un saludo mental a su profesora de Literatura, que había tratado en una ocasión, con bastante poco éxito, de explicarles las diferencias entre el arte por sí mismo y el arte que puede usarse para otra cosa, aparte de la pura finalidad artística.

Mientras atacaba el plato de pescado con los correspondientes utensilios, sin saber bien qué estaba comiendo, porque no conseguía saber qué era qué en cuestión de pescados y árboles en español y alemán, Irene empezó a darse cuenta de que realmente no iba a tener más remedio que ir al lavabo a pesar de que odiaba la idea de ponerse en evidencia, levantarse a media comida sin saber siquiera a dónde ir y, mucho peor, tener que preguntarle a la señora de la casa delante de todo el mundo. Pero llevaba ya mucho rato aguantándose; de hecho, prácticamente desde que habían llegado a la casa, esperando que llegara el momento adecuado, y ahora ya no podía esperar más. Miró arriba y abajo de la mesa buscando con la vista a una de las dos doncellas, pero una no estaba en el salón y la otra se encontraba justo en el otro extremo de la mesa, así que al final, se inclinó hacia la directora que tenía enfrente y le preguntó en un susurro si ella sabía dónde estaba el baño, después de haber pasado un par de minutos preguntándose en silencio si sería ésa la palabra adecuada al ambiente en el que se encontraban. La señora sonrió.

—Ni idea. Pero lo vamos a averiguar en seguida.

Una mirada bastó para que la camarera estuviera a su lado. Hablaron unos momentos en murmullos y la doncella se acercó por detrás de su hombro.

—Un momento, señorita. En seguida la acompaño.

Al cabo de un instante volvió de nuevo:

—Sígame, haga el favor.

Salieron del salón a un pasillo que llevaba hacia el interior de la casa, de paredes enteladas rojo oscuro y moqueta antracita.

—El de invitados está ocupado, así que la llevaré al baño contiguo al despacho del señor. ¿Sabrá volver o prefiere que la espere?

Irene se apresuró a negar con la cabeza y dar las gracias. Le parecía espantosa la idea de que alguien estuviera detrás de la puerta esperando a que ella acabara.

—No, gracias. Es muy fácil. En un momento estoy. La doncella se marchó dejándola en un baño muy sobrio y funcional, de piedra blanca con una pequeña greca negra alrededor del espejo por todo adorno. Se sentó con un suspiro y, apenas había terminado, cuando en la habitación contigua empezó a sonar el timbre del teléfono. Irene se puso de pie, se arregló la ropa, se lavó las manos y todo el rato el teléfono sonaba y sonaba y sonaba sin que nadie lo cogiera y sin que se conectara ningún contestador. Estaba empezando a ponerse francamente nerviosa y, sin saber bien lo que hacía, en lugar de abrir la puerta que daba al pasillo, abrió la otra, la que, como en seguida comprobó, daba directamente el despacho particular del señor rector. Estaba en la más completa oscuridad, las ventanas ocultas por pesadas cortinas de brocado verde. Sólo la luz que venía del baño iluminaba una zona de la mesa de trabajo; allí, un teléfono *beige* de modelo convencional sonaba imperturbable. Casi sin darse cuenta, cruzó los pocos metros que la separaban de la mesa, sus pies hundiéndose en una alfombra gruesa y suave y, como en las películas, cogió un pliegue de la falda de gasa que le había prestado Martina para la ocasión, se envolvió la mano y descolgó el auricular. Al otro lado se oyó un suspiro:

—Vaya, por fin. Ya estaba desesperada. Tenemos que vemos, Jörg, es muy urgente. No te puedo dar explicaciones por teléfono pero tenemos que ponernos de acuerdo en un par de cosas. Kurti está en plena crisis nerviosa y, tal vez me equivoque, pero es posible que te interroguen... ¿Jörg? ¿Estás ahí?

Irene contuvo la respiración y dejó el auricular sobre el gancho, como si le quemara. Tenía la sensación de haberse metido en algo demasiado grande para su tamaño. Se dio la vuelta a toda prisa para volver al baño de donde había salido y ahí, en la pared lateral, sin ningún otro cuadro que pudiera distraer al contemplador, una pintura la dejó clavada en el sitio: representaba algo así como un hada, una mujer con alas y largo pelo negro, a caballo sobre una fiera extraña de aspecto peligroso que apoyaba las pezuñas sobre una luna creciente en un fondo lleno de estrellas que de algún modo el pintor había conseguido que parecieran extraterrestres. Los ojos de la mujer eran dos fuentes de luz y su melena parecía estar hecha de millones de figuritas que, con la luminosidad procedente del baño, no eran claramente distinguibles. Lo que estaba claro es que era un Innauer. No podía ser otra cosa. Pero lo que también estaba bastante claro para Irene era que nunca, ni en la exposición, ni en los catálogos que le había prestado Martina, ni en los libros que habían consultado en la biblioteca, había visto ese estilo en él, esa sensación de juego, de ilustración de novela fantástica, de arte por el arte, de fuerza y armonía unidas para realzar la belleza de la imagen, no su fealdad.

El cuadro era magnífico y reflejaba un Innauer que no era como el que conocían.

Un Innauer en paz consigo mismo. Un Innauer feliz.

Sintió tener que meterse otra vez en el baño y no poder verlo mejor pero tenía que volver cuanto antes al comedor, ya había tardado bastante. Y tenía que conseguir que Ian viniera a verlo y encontrar ocasión para contarle lo del teléfono. Aún no se había repuesto del susto y, si lo que empezaba a insinuarse en su cerebro era cierto, la cosa podía tener enormes implicaciones.

Ocupó su puesto en la mesa sin tener la impresión de que la hubieran echado mucho de menos. La conversación era agradable y se hablaba de matrimonios mixtos y de cuánto favorecía la integración europea el tener padres de distintas nacionalidades, como era el caso de Ian, bilingüe ya de nacimiento. Irene esperó hasta que el peso de la conversación recayó en otras personas y entonces, fingiendo naturalidad y en voz discreta, le dijo a Ian como contestando a una pregunta:

—Sales por esa puerta y la quinta puerta a la derecha. Luego, muy importante, la puerta del fondo; entras y otra vez a la derecha.

Ian la miró, pasmado.

—Anda, hombre, antes de que traigan el postre.

Ian, sin saber muy bien lo que estaba pasando, dejó la servilleta junto al plato y se levantó.

—¿Sabes dónde te he dicho? —ella lo miraba con lo que esperaba que fuera una mirada significativa.

—Gracias. Todo claro. Vuelvo en seguida.



Unos minutos después, coincidiendo con las camareras que servían el plato de carne, pechuga de pato en salsa de chocolate, Ian volvía a ocupar su sitio.

—Interesante —dijo, enarcando las cejas—. Será un período muy corto y que no está documentado.

—Pero tú también lo ves diferente, ¿verdad?

—Claro. La técnica es la misma pero da la impresión de que el que lo pintó era un hombre feliz.

—¿De quién se trata? —el catedrático entró en la conversación.

Ian, sin inmutarse, improvisó instantáneamente:

—Hablábamos de Innauer. Hace una semana tuvimos que preparar un trabajo de clase sobre su obra y nos estuvimos documentando.

—¡Qué situación más desagradable! Aunque, claro, para él puede ser bueno en el fondo. Esos artistas viven del escándalo. Estoy seguro de que sus últimos cuadros están ya todos vendidos.

—Es posible —continuó la directora—. La gente es tan morbosa... Desde que pinta esos horrores tiene un éxito absoluto. Hace unos años, recuerdo que hizo una exposición de temas así... como fantásticos, cosas muy hermosas, a mí me gustaron mucho, y en los periódicos lo pusieron verde diciendo que se había vuelto cursi y había perdido el nervio.

—¿Y no consiguió venderlos? —preguntó Irene.

—Me suena que fue entonces lo del robo.

—¿Qué robo? —preguntaron los dos amigos a la vez.

—No sé si fue en esa ocasión, pero hubo mucho escándalo. Le robaron veinte o treinta cuadros, unos ya expuestos en la galería y otros aún en el almacén.

En ese momento alguien empezó a golpear delicadamente una copa con el filo del cuchillo y cesaron todas las conversaciones. El señor rector, muy elegante con su traje gris oscuro y la corbata gris perla, se puso en pie. Irene le calculó unos sesenta años; alto, delgado, casi totalmente calvo, pero muy distinguido. Contrastaba bastante con su esposa, que era bajita, más bien redondeada sin llegar a gorda, y tenía un aspecto cuidado pero maternal, cariñoso. Él era como una talla en marfil: hermoso pero frío, como si caminara llevando un cristal delante de su cuerpo que lo mantuviera a salvo de acercamientos no deseados. Su discurso fue inteligente, agradable de oír y no muy largo, pero cuando todos los coordinadores y directores presentes hubieron añadido sus palabras, había pasado más de media hora y ya era imposible reanudar la conversación donde la habían dejado, sobre todo considerando que en ese momento se empezó a servir el postre: crepés *suzette* flambeadas que acapararon la atención de todos los comensales.

Hasta dos horas más tarde, ya en casa y por teléfono, no consiguieron hablar de lo que habían visto, porque, aunque Irene estaba deseando contarle a su amigo lo que había oído en el despacho del rector, sabía que no podía arriesgarse a hacerlo hasta que estuvieran solos, y el director de su instituto, la amabilidad en persona, no había

consentido en dejarlos volver a casa paseando. Él y su mujer se habían empeñado en llevarlos en coche y, lógicamente, habían dejado primero a Irene en casa y luego a Ian en la suya, sin darles la posibilidad de quedarse un rato juntos para comentar lo sucedido. De modo que, nada más entrar en casa, Irene se había puesto el pijama, se había lavado los dientes y se había instalado sigilosamente junto al teléfono en la sala de estar, sabiendo que Ian la llamaría en cuanto hubiera llegado a su casa. Efectivamente, diez minutos más tarde, Irene oyó el click-click que hacía el teléfono antes de empezar a sonar y que durante el día era casi inaudible, y cogió el auricular antes de que despertara a Martina y a Paul. Karl estaba en Linz y no volvería hasta el día siguiente.

En susurros, Irene le contó a Ian lo que había oído. Le llegó el silbido del otro lado:

—¡Qué bruta eres! ¡Mira que si te llegan a pillar en el despacho con el teléfono en la mano! Y habrás dejado tus huellas por todas partes.

—En el baño sí, claro. En el despacho sólo he cogido el teléfono, pero me he envuelto la mano con la falda.

Otro silbido:

—¿Y qué conclusiones has sacado?

—Pocas, de momento. Aún estoy muy nerviosa y tengo mucho sueño, pero mañana en el desayuno le pediré a Martina que investigue un poco sobre esos cuadros robados y sobre el rector.

—¿Qué sobre el rector?

—¿Y si la que ha llamado fuera Gundula Innauer?

—¿Quieres decir que Gundula y él están liados?

—Algo así. O no, o algún negocio sucio de cuadros robados o algo de ese estilo.

—Chica, no sé. Creo que ya no sé pensar. Mañana nos llamamos. Tú cuéntaselo a Martina y yo se lo contaré a Wolf, a ver si entre todos llegamos a algo. Pero...

Iba a decir que había sido un riesgo estúpido el que había corrido en el despacho del rector y que le gustaría que no hiciese esas cosas. Se interrumpió porque sonaba como su padre, preocupándose por todo y por todos... No tenía ningún derecho.

—¿Qué?

—Nada. Que duermas bien y no tengas pesadillas con rectores que te quieren apuñalar.

Ella se rio bajito.

—Y tú que no sueñes más con deportivas blancas. Hasta mañana.

Apenas había colgado cuando notó una figura en el quicio de la puerta. Martina, en bata, con un vaso de leche en la mano, la miraba socarronamente.

—¿No habéis hablado bastante en la fiesta?

—¡Martina! ¡Siéntate! Tengo noticias calientes.

Con la luz que venía de la calle y de la Luna, las dos en pijama y bata, se instalaron en el sofá, y Martina, entre sorbo y sorbo de leche tibia, se enteró de todo

lo que sabía Irene.

Capítulo 9

El martes por la tarde, ya que antes no había sido posible combinar todos los horarios, Wolf y Gabi se encontraban en casa de los Hofer, donde, a lo largo de una hora regada con dos té diferentes y varios tipos de dulces, todo el mundo fue suministrando los fragmentos de información que había recogido desde el fin de semana. Los policías se habían enterado así del encuentro de Karl con Klara en el tren, de todo lo sucedido en casa del rector, y ahora Martina estaba aportando los últimos detalles procedentes de los rumores universitarios:

—Así que, efectivamente, se comenta que la relación del rector con su mujer hace ya tiempo que no funciona y que en los últimos tiempos se le ha visto con otra, más joven que él pero no una jovencita. De todas formas parece que llevan la cosa muy discretamente, porque dos colegas han dejado caer el nombre de Gundula Innauer pero los dos me han pedido que no lo diga por ahí. Como es una información a la policía, no tengo la impresión de estar faltando a mi palabra.

—No se preocupe, *Frau Doktor*, nosotros, al contrario de los académicos, no tenemos que citar nuestras fuentes. Además, nuestras informaciones nos han llevado por los mismos pasos —contestó Wolf—. Parece que sí hay una relación entre ellos; lo que seguimos sin saber es si eso resulta relevante para nuestro caso.

—Supongo que depende de lo que Gundula Innauer quisiera decir cuando llamó por teléfono al rector —precisó Irene.

—Si la hubieras sonsacado un poco en lugar de quedarte de piedra al teléfono... —Karl solo trataba de provocar a Irene pero ella le contestó en serio.

—Ya lo he pensado, ya, pero no se me ocurre cómo habría podido hacerlo. Tal vez fingiendo que era la criada, pero habría notado el acento y además estoy segura de que ese teléfono solo lo coge él; si no, ella no habría hablado con esa libertad antes de asegurarse de que realmente era él quien estaba al aparato.

—Ella dijo exactamente: «tenemos que ponernos de acuerdo en un par de cosas», ¿no es eso? —leyó Gabi de las notas de su cuaderno.

Irene asintió con la cabeza.

—Y te dio la impresión de que ese «ponerse de acuerdo» tenía que ver con la crisis de Kurti y con el posible interrogatorio.

Ella volvió a asentir.

Karl intervino entonces:

—Wolf, ¿no se podría ver qué llamadas se han hecho desde la casa de Innauer últimamente? A lo mejor descubrimos algo interesante.

—A juzgar por las llamadas que he escuchado de las que tenemos grabadas en su colección de cintas, no creo.

—Podría darse el caso de que existiera alguna llamada que no hubiera sido

grabada, por ejemplo.

—Entonces tampoco nos serviría de mucho saber que se ha hecho una llamada que no sabemos de qué va, pero podemos probar —Gabi tomó nota.

—Tendrá que ver con su coartada —sugirió Ian, continuando el tema que había interrumpido la intervención de Karl.

—Con eso no hay problema. Hemos encontrado tres personas que la vieron en el tren de Munich a las once de la noche, y a las doce de la mañana siguiente estaba en un *Kunst-Brunch* organizado por un importante banco de Munich.

—¿Un que? —preguntó Irene.

Martina contestó:

—Una costumbre que empieza a ponerse de moda. Un banco u otra institución organiza una especie de exposición pequeña de uno o varios artistas y la combina con una especie de desayuno-comida en plan chic a eso de las doce o doce y media de un domingo. Manda invitaciones a posibles compradores o a gente que está bien relacionada con gente de dinero, se toma champán y tostaditas de caviar y huevos revueltos y *vol-au-vents* de salmón, se miran los cuadros, se entra en relación, se siente uno importante..., porque es una cosa a puerta cerrada, para unos cuantos elegidos de los dioses. De paso, los del banco pueden acorralar a algunos clientes potenciales y ofrecerles maravillas que no están al alcance del común de los mortales.

—Y la señora Innauer estaba en una cosa así a las doce del domingo.

—Eso es.

—Y la noche del sábado, ¿es seguro que estaba en su piso de Munich?

—Eso nos da igual, porque a Timna la mataron el domingo a eso de las dos o las tres de la tarde.

—¿Seguimos sin saber dónde?

Los dos policías se encogieron de hombros.

—¿Se sabe ya algo de las zapatillas? —preguntó Ian de repente.

—Tienen algo de arena roja del camino del jardín, pero poca, como si la hubieran perdido después o hubiera sido limpiada. Al parecer se puso los zapatos para salir y luego fue a alguna parte donde se los limpió con un felpudo o similar y luego la mataron donde fuera y la llevaron al bosque. Eso lo sabemos sin ninguna duda porque lo que las deportivas no tienen es tierra del bosque.

—¿Y por qué se puso las deportivas blancas? —preguntó Karl en ese tono que solo se usa cuando ya se tiene la respuesta, cuando se trata solo de una pregunta retórica para hacer efecto.

—¿Qué quieres decir?

—En mi opinión, ninguna chica vestida de negro de los pies a la cabeza se pone unas deportivas blancas teniendo unas botas negras recién compradas —explicó, dando a entender que la cosa daba para mucho más.

—Las botas las encontramos arriba, en la habitación de Timna, tiradas bajo la cama —contestó Gabi después de consultar su cuaderno—. Quizá, cuando decidió

salir a la calle, bajó la escalera pensando que las botas estarían abajo con los demás zapatos y, al no encontrarlas, se puso lo primero que vio.

—¡No es posible! —gritó en ese momento Irene, ante la sorpresa de todos—. A ver, a ver si no me estoy yo volviendo loca. Karl, Ian, ¿no os acordáis de que cuando salimos de casa de Innauer las deportivas blancas seguían allí, en el vestíbulo?

Los dos negaron lentamente con la cabeza.

—¿Tú tampoco te acuerdas, Karl? Estaban allí, te lo juro. Lo sé porque me habría gustado llevármelas y casi me despedí de ellas al irme.

—No me fijé porque yo estaba dándole vueltas a lo de la ginebra.

—¿Estás totalmente segura? —preguntó Wolf.

Irene seguía con los ojos cerrados, tratando de visualizar la imagen.

—Estaban allí. Las deportivas blancas, unas botas de agua de lunares, muy llamativas, unos zapatones de curia naranja brillante, unos de ante *beige*, unos salones de charol negro, de tacón... Las famosas botas negras no estaban —abrió los ojos de golpe—. Los zapatos que había en la entrada cuando llegamos eran exactamente los mismos que estaban ahí al marcharnos. No faltaba ninguno. Puedo jurarlo sobre la *Biblia*. Los zapatos son mi mundo.

Todos se quedaron un momento en silencio.

—Entonces, ¿se fue descalza? —dijo Ian, algo sorprendido.

—Entonces, no se fue —contestó alguien desde la puerta.

Paul entró quitándose la chaqueta.

—Está bastante claro que se la llevaron al hombro. O muerta o inconsciente. Elemental, querido Watson. ¡Hola a todos! —dijo dándole un beso a su mujer y acomodándose en un sillón mientras Karl le servía una taza de té de hibiscus.

—¡Bravo, papá! Ahí era justamente a donde yo quería llegar.

—Pero nosotros la vimos marcharse —dijo Irene.

—Pues entonces, tuvo que volver cuando no la veíais. Se fue por ahí, se acordó de algo, volvió... Un momento, a lo mejor se fue con unos zapatos que tenía en su habitación, se dio cuenta de que eran demasiado ligeros y volvió a cambiárselos. Entonces Kurti la mató, le puso las deportivas blancas porque era lo que estaba más a mano, se la cargó al hombro y la llevó al bosque —continuó Paul.

Todos se quedaron callados tratando de imaginar por qué no conseguían creerse que hubiera sucedido así; daba la impresión de que había algo que no convencía.

—¿Y por qué la mato?

—¡Vaya usted a saber! —dijo Paul, poniéndose mantequilla en un pan de nueces—. Siempre hay un motivo.

Su mujer se echó a reír y al cabo de un momento todos se unieron a la carcajada.

—¿Y con qué?

—¡Ah! ¿Todavía no se ha encontrado el arma homicida?

Wolf y Gabi negaron con la cabeza. Wolf contestó:

—Sabemos que tiene que tratarse de un cuchillo de hoja fina, larga y afilada, pero

en la casa no está y en el bosque tampoco. Pudo haberlo enterrado en el jardín, pero habría que ser muy imbécil y nosotros podríamos darle la vuelta al jardín completo. Sin embargo, no tenemos nada en la mano que nos decida a dar ese paso. Lo más probable es que lo haya tirado al Inn y entonces no lo encontraremos jamás, a menos que suceda un milagro.

—¿Y qué decís de Klara? ¿Nadie piensa que es una buena candidata? —pregunta Gabi.

—Nadie mata a alguien por un collar —contestó Irene.

—Según lo que signifique el collar para quien mata.

—Además, Klara se fue delante de nosotros.

—Si, eso la exculpa, pero como decía antes el doctor Hofer sobre Timna, pudo volver después, matarla y tomar el siguiente tren a Viena.

—Pero no pudo llevarla al bosque porque eso la hubiera retrasado tanto que no habría podido llegar a Viena a la hora en que sabemos que fue al cine con su amiga.

—A lo mejor la mató ella, Kurti la encontró y, para que no pudiéramos acusar a Klara de homicidio, él se encargó de quitar de en medio el cadáver. Al fin y al cabo es su padre —sugirió Ian.

—Debes de tener una magnífica relación con tu padre, si piensas que eso es posible —dijo Wolf.

Ian se sonrojó.

—No estaba tratando de decir que mi padre sería capaz de ser cómplice de asesinato, ni siquiera por mí. Pero los Innauer no parecen tener muy claros ciertos valores morales.

—A propósito, hoy nos ha llamado. Ha recibido otro par de anónimos con el cuento ese de que Timna vive: dos de Innsbruck, uno de Salzburgo, uno de Linz, todos diferentes. Sobres baratos que se pueden comprar en cualquier sitio, letras recortadas de periódicos normales; en fin, nada. Tonterías de tantos locos como pululan por esas calles sin nada mejor que hacer que comprarse libros de magia negra. Y como la tele llega a todas partes... Pero a Innauer le empieza a hacer efecto.

Sonaba medio histérico por teléfono; luego hemos ido a recogerle los envíos y está que mete miedo. Parece una figura de sus cuadros.

—¿Y ella?

—Igual que siempre. Fría. Dura. Como si fuera de mármol, aunque por debajo se la nota algo nerviosa, como insegura. Como si hubiera surgido algo con lo que no contaba.

—Será que ve cómo se le desmorona la gallina de los huevos de oro.

—Bueno, el rector tampoco anda mal de dinero por lo que vimos de su casa el sábado. ¿Aquí es normal que un rector sea tan rico? —preguntó Ian.

Paul contestó:

—Si fuera solo rector, no sería normal, pero es catedrático de Microcirugía, primario de la clínica, una auténtica eminencia, uno de los mejores cirujanos del

mundo, internacionalmente reconocido, rico ya de familia, su padre era ya cirujano, rico por la familia de su mujer, construcciones, me parece, rico por todas partes y además rector, lo que le da el tipo de prestigio y de poder que no se alcanza por el otro lado. Y además es un ser humano repugnante. Yo trabajé cuatro años en su departamento y lo sé de primera mano.

—¿Lo cree usted capaz de ser cómplice de asesinato, doctor? —preguntó Gabi.

—Yo, personalmente, lo creo capaz de cualquier cosa, pero eso no quiere decir nada, claro.

Hubo una pausa tensa. Irene pensó, como tantas veces antes, lo curioso que resultaba cómo se tomaban los austríacos una opinión negativa sobre alguien. En España nadie habría concedido un peso especial a lo que acababa de decir Paul: había sido su jefe, se había comportado como un cerdo, Paul había cambiado de trabajo y ahora hablaba de él con sinceridad diciendo claramente lo que pensaba. En Austria, sin embargo, las palabras de Paul rebotaban dejando ecos en el cerebro de los presentes, que no acababan de decidir si debían aceptarlas como una opinión más o rechazarlas de plano solo por lo que significaban de sucio.

—Tendremos que hacerle una visita discreta —dijo Wolf por fin—. Tengo interés por saber de dónde ha sacado ese cuadro.

—Habrà sido un regalo de Gundula —aventuró Irene.

—Lo dudo —contestó Martina—. Tengo la impresión de que *Frau* Innauer no regala a nadie ni los buenos días a menos que tenga esperanzas fundadas de conseguir algo a cambio.

—En fin. Habrá que seguir en ello. Muchas gracias por toda la información y por todo.

Gabi y Wolf se pusieron de pie para marcharse. Paul y Martina los acompañaron a la puerta y, mientras tanto, los tres amigos se quedaron solos en la sala de estar.

—Creo que tengo el caso resuelto —dijo Karl echándose hacia atrás en el sillón.

—¡Venga ya!

—Creo sinceramente que, poniendo juntas todas las piezas que tenemos hasta ahora, podemos resolver el acertijo.

—A ver —dijo Irene, escéptica—. Ilumínanos.

—¡Ah, no! No insultaré vuestra inteligencia explicando toda la cuestión. Pero os propongo algo: que cada uno escriba un informe de cómo cree que ha sido, pero jugando limpio; quiero decir usando todas las pistas, las pruebas y las informaciones sin dejar fuera lo que no le conviene porque no casa con su teoría. Luego las fotocopiamos y cada uno tiene la suya y las de los otros dos, las comparamos y le entregamos la mejor a Wolf y a Gabi. ¿Estáis de acuerdo? Me apuesto lo que queráis a que gana la mía.

—Es increíble lo arrogante que puedes llegar a ser, Karl. La verdad es que lo de Sherlock se te ha subido a la cabeza, pero conmigo no cuentes para hacer de Watson. Si quieres contarnos tu hipótesis, nos la cuentas, y si no, te la guardas donde mejor te

parezca. No te puedes imaginar cuánto me alegro de que hayáis quedado segundos en el campeonato. Si hubiera ganado tu equipo, creo que no se te podría ni hablar. En fin, me voy a casa, ya se ha hecho tarde. A lo mejor aun alcanzo a Wolf.

—Te acompaño a la puerta —dijo Irene poniéndose inmediatamente de pie.

Karl se quedó solo en la sala de estar, perplejo. Tendría que trabajar más la psicología de la gente que le rodeaba. No conseguía explicarse por qué narices se habían ofendido; en las novelas siempre hay alguien que es más inteligente que los demás y eso es algo que se sabe y se acepta, alguien que te explica lo sucedido, que con su brillante cerebro y su lógica implacable llega a explicar lo que aparentemente no tiene explicación posible, como lo de la salida de Timna. Y en las novelas, los otros personajes escuchan atentamente y con auténtica devoción al que tiene a su cargo la resolución del misterio. ¿Por qué sus amigos no? ¿No les interesaba el caso tanto como a él o es que no estaban dispuestos a aceptar que él tenía una inteligencia superior? Los dos eran inteligentes, por supuesto, de lo contrario no habrían podido ser amigos, pero no eran como él. Eso estaba claro y él había pensado hasta ese mismo momento que también era evidente para ellos. Sin embargo, se había equivocado. Él, Karl Hofer, se había equivocado en la apreciación de personas que conocía bien, lo que le llevaba a pensar que podía (quizá, solo quizá) no tener razón al pensar en el comportamiento de otros que conocía mucho menos. Tendría que reflexionar profundamente y decidir su estrategia, porque si se equivocaba, todo se echaría a perder.

Capítulo 10

Aprovechando el buen tiempo, sorprendente y mágico, que había convertido a Innsbruck de un día para otro en una ciudad de vacaciones, Ian e Irene habían ido en bicicleta hasta el Baggersee, un lago artificial a orillas del río donde una muchedumbre de jóvenes tomaba el sol sobre la hierba o jugaba al *frisbee* o al bádminton en bañador tratando de ponerse morenos ahora que el sol había salido y nadie sabía cuánto podía durar. Pero al ver la cantidad de gente que se amontonaba en tan pocos metros cuadrados, habían decidido renunciar al baño y, con un esfuerzo extra, habían pedaleado camino arriba hasta el castillo de Ambras, donde se podía elegir entre el sol del prado central, el sol y sombra del lago de los patos, o la sombra suave moteada de monedas de luz del bosque ajardinado de detrás del castillo, al que se llegaba atravesando un pequeño puente de piedra.

Cuando llegaron, acalorados y sudorosos, se decidieron inmediatamente por el bosque. Compraron un par de limonadas en el bar, ataron las bicicletas y se internaron en el frescor del parque, punteado por cascadas de diferentes tamaños y sonidos. Desde la reunión del martes no se habían visto más que en clase y la muchacha había tenido la impresión de que su amigo los evitaba a ella y a Karl. Por eso ahora se alegraba tanto de que hubiera aceptado el paseo en bici que ella le había propuesto, dejando claro que Karl tenía entrenamiento y no podría acompañarlos.

—¿Aún estás enfadado con Karl? —le preguntó en cuanto se les regularizó un poco la respiración.

Estaban acodados en el puente del final del parque, con la gran cascada a sus espaldas y el sol dándoles fuerte en la cara, todo el bosque del castillo extendido a sus pies, como un regalo.

Ian se encogió de hombros.

—Karl es como una fuerza de la naturaleza, Ian. Como un viento, como una lluvia. Él es así. No vale la pena enfadarse. No cambiará nunca.

Irene era consciente de que no se estaba explicando muy bien y que, si seguía así, eso no ayudaría a que los dos chicos se reconciliaran, sino más bien a lo contrario, pero no conseguía explicarse mejor.

—No me gusta su prepotencia, Irene. No entiendo que alguien sea amigo de otro a costa de restregarle constantemente por las narices que es mejor que él en todo. Me niego a meterme en ese absurdo papel de doctor Watson que me ha adjudicado para poder brillar más.

—Eso son tonterías, hombre.

—Sí, quizá. Pero a ti no se le ha ocurrido nunca llamarte Irene Adler, a pesar de que la comparación cae por su peso, y ¿sabes por qué? Porque Irene Adler fue más lista que Holmes y eso es algo que nuestro querido Karl sería incapaz de encajar. Para

él yo soy el tonto bueno y simpático, el que nunca entiende nada, el que siempre se queda perplejo hasta que Holmes lo ilumina, todo eso...

—Pero Watson se enamoró, se casó y fue feliz. Y además siguió colaborando con Holmes en algunos casos, mientras que el pobre de Sherlock no tenía más que su violín, su morfina y su pipa, y considerando que Karl ni fuma, ni se droga, ni toca ningún instrumento, la cosa es de pena, ¿no?

Se miraron a los ojos y se echaron a reír a la vez. Irene tenía la impresión de haber dicho demasiado, pero los ojos de Ian lanzaban chispas azules y supo que, por lo menos, se le acababa de pasar el enfado. Un golpe en las piernas los sacó de la situación. Un bebé que estaba aprendiendo a andar con uno de esos juguetes que llevan ruedas y bolas de colorines por todas partes acababa de chocar con ellos y se había echado a llorar desesperadamente. Ian lo levantó del suelo y empezó a hacerle muecas graciosas para que se le pasara el susto, hasta que su madre llegó, acalorada y corriendo, con una amiga.

—Muchas gracias, menos mal. Me he encontrado con Moni, estábamos hablando y de repente Jakob ya no estaba. Es increíble lo que corren cuando aún no saben andar.

Cogió al pequeño en brazos y desaparecieron por el sendero de la cueva. Ellos también continuaron su paseo, hacia abajo.

—¿Te ha dado el famoso informe? —preguntó Ian.

—Sí. A ti también, claro.

—A mí también. Pero no lo he abierto, no sé por qué. Supongo que prefiero pensar solo, ver si soy capaz de pensar con lógica sin que nadie me ayude. Aunque, la verdad, tengo la impresión de que en un caso de asesinato, la lógica no es siempre lo más adecuado. Yo no creo que haya muchos crímenes de ésos de las películas en que todo está planeado y preparado y el asesino ha pensado en todo. Yo creo que una situación así surge sin más, y luego es cuestión de suerte que puedan probártelo o no.

—Puede que tengas razón. Yo tampoco lo he abierto. Yo también tengo ese estúpido orgullo de querer resolver sola las cosas. O todos juntos, como lo estábamos haciendo, pero no así, de arriba abajo.

Se sentaron en un banco, a la sombra fresca de los abedules, sacaron las limonadas de la mochila y dieron un largo trago; luego empezaron a tirar piedrecillas al arroyo que pasaba a sus pies.

—¿Se sabe algo nuevo? —preguntó Irene.

—Wolf y Gabi iban esta tarde a hablar con el rector; antes no ha podido recibirlos, es un hombre muy ocupado. Lo que sí han averiguado del hermano de Timna, de Sigi, ¿te acuerdas?, es que es heroinómano y que ella le conseguía lo que necesitaba. Wolf piensa que el cuento que le contó a Innauer de que su hermano necesitaba un psiquiátrico privado era para pagar la desintoxicación, aunque Sigi dice que no es verdad, que su hermana le traía la mercancía y la pagaba y nunca le había reñido por drogarse. Y con eso surgen dos posibilidades: o dice la verdad y Timna le

sacaba a Innauer más del triple de lo que necesitaba Sigi, o de verdad quería llevarlo a desintoxicación y él se negaba y en alguna pelea él la mató por accidente o bien para quedarse con su dinero sin que nadie le dijera en qué gastárselo.

Irene cerró los ojos y se dejó resbalar hasta apoyar la cabeza en el respaldo del banco.

—Te va a parecer raro, Ian, pero me estoy cansando de todo esto.

—Para una vez que se encuentra uno metido en un auténtico caso criminal...

—Sí, ya te he dicho que iba a parecer raro, pero empieza a hacerme daño pensar en que es posible que alguien mate a su hermana o a su novia o a una chica que vive en su casa por dinero o para quitársela de encima o para robarle un collar. Me da asco pensar que vivimos en un mundo donde eso es posible, donde sólo cuenta el dinero, el prestigio social, el ser más que los otros.

Ian no dijo nada. Miraba una ardilla rojiza y juguetona que se había quedado parada en medio del sendero, ladeando la cabeza para escuchar mejor. Lentamente, para no asustar al animal, movió la mano hasta apoyarla en el brazo de Irene. Ella abrió los ojos, brillantes de lágrimas, y él le indicó con la vista hacia dónde debía mirar. La ardilla seguía parada en el camino, royendo algo con las zarpas contra el hocico, las orejas levantadas y los ojos, negros y relucientes como cuentas de collar, fijos en ellos. Era como si el tiempo se hubiera detenido y estuvieran encerrados en un antiguo pisapapeles de cristal verde y amarillo los tres juntos: Ian, Irene y la ardilla. La mano de él, caliente y seca, sobre la piel suave del brazo de ella, como si aquel segundo fuera un instante perfecto de eternidad.

Sonó una carcajada en algún lugar y la ardilla se perdió en un momento, tronco arriba, en las copas de los árboles. Los segundos del reloj volvieron a pasar. Ian e Irene se levantaron del banco y en silencio, cogidos de la mano por primera vez, volvieron a la puerta del parque, a buscar sus bicicletas.

Capítulo 11

Wolf había citado a Ian e Irene en la comisaría el sábado al salir de clase. Karl, que ya había notado durante la mañana ese matiz indefinido que decía casi a cualquiera que tuviera ojos en la cara que algo había cambiado en la forma de mirarse el uno al otro o en el modo en que caminaban juntos sin tocarse, decidió acudir también, pero no con ellos; así que dijo que tenía que hacer un encargo de su madre y los dejó ir delante mientras seguía preguntándose qué era lo que había hecho mal.

En la comisaría Gabi los estaba esperando en el pasillo, abrió la puerta del despacho, hizo pasar a Irene y se llevó a Ian a la máquina de café.

—Solo será un momento. Luego te tocará a ti.

—¡Ah! ¿Tenéis miedo de que nos influenciemos el uno al otro, eh?

Gabi se limitó a sonreír mientras echaba monedas en la ranura.

—¿Té o café?

—Té, claro.

—Parece que hay que felicitarte.

—¿A mí? ¿Por qué?

—No te hagas el loco.

—¿Tanto se nota? —preguntó, poniéndose colorado, una reacción que le daba una rabia infinita pero que no era capaz de controlar.

—Los policías estamos dotados de un don especial de observación. Para eso nos pagan —dijo ella, con sorna.

Ian dio un sorbo a su té para no tener que contestar y se quemó la lengua.

—La verdad es que Wolf y yo nos preguntábamos quién ganaría, tú o Karl. No llegamos a apostar porque los dos estábamos de acuerdo en que tú tenías muchas más posibilidades.

—Esto no es un partido de fútbol.

—No, ya lo sé. Pero no me digas que no te sientes como un triunfador, como si estuvieses en una montaña muy alta y tuvieras todo el mundo a tus pies.

A Ian se le escapó una sonrisa por los bordes del vaso de plástico. En ese momento se abrió la puerta del despacho y Wolf empezó a hacerles gestos para que se acercaran.

—Pasad, pasad. Irene ya ha terminado. A ver tú, Ian.

Encima de la mesa había una carpeta negra; dentro, metida cada una en una hoja de plástico transparente para protegerlas del polvo y las huellas, unas veinte o veinticinco fotos en color, reproducciones de cuadros, obviamente de Innauer.

—Dinos si algunas de ellas muestra el cuadro que visteis en cada del rector.

Ian pasó las páginas una a una, sin apresurarse, disfrutando de lo que veía.

—Esta —dijo, nada más verla—. La número dieciocho.

—Perfecto.

En ese momento llamaron a la puerta y entró Karl.

—Bueno, chicos —dijo Wolf cuando estuvieron todos sentados—, la cosa se complica. El cuadro del despacho del rector es una tela que, oficialmente, fue robada hace cinco años de la galería donde Innauer acababa de inaugurar una exposición junto con veintitrés cuadros más, todas las fotos de esa carpeta. Como estaban asegurados y Kurti tenía una coartada perfecta, ya que estaba con su mujer en Londres en una subasta de arte, el seguro pagó. Tras unos meses de pausa, Innauer volvió al estilo *gore* con éxito absoluto y, por lo que se cuenta, en ese *vernissage* conoció a Timna y se la llevó a su casa.

—¿Quién le vendió ese cuadro al rector? ¿Fue Gundula? —preguntó Irene—. ¿Os lo dijo ayer?

Karl contestó, en lugar de Wolf:

—Fue Timna, está claro.

Todos se quedaron mirándolo: Ian e Irene, con sorpresa; Gabi y Wolf, con franca admiración.

—A ver, listo, explícate —le animó Gabi.

—Por lo que nos contasteis del interrogatorio de Innauer, él dijo que llevaba unos meses pagándole una cantidad mensual a Timna, supuestamente para el psiquiátrico de Sigi. Como sabemos que Sigi no ha estado en ningún psiquiátrico y que no hay que creer necesariamente a pies juntillas lo que dice el amigo Kurti, quien de alguna manera tenía que justificar la cantidad que había empezado a pasarle, ese pago mensual podía muy bien representar un chantaje que Timna le estaba haciendo. Estirando la hipótesis, Kurti debía de tener algo que ocultar para ser la víctima de un chantaje, algo que Timna conocía. Él nos dijo que hacía unos años le habían robado unos cuadros de los que nunca se había vuelto a saber y ahora aparece uno aquí mismo, en Innsbruck, pero en lugar discreto. Cabe dentro de lo posible que Timna se hubiera ocupado de hacer desaparecer los cuadros de la galería cuando oficialmente aún no estaba liada con Innauer, pero que se hubiera guardado alguno para asegurarse un ingreso extra en caso de necesidad. Luego, con los contactos sociales que fue adquiriendo como amante de Kurti, pudo ir vendiéndolos discretamente a un precio más bajo de lo normal.

Todos soltaron de golpe el aire que había estado reteniendo.

—¿Tengo razón? ¿Es algo así?

—¡Increíble! Ayer el rector nos contó que hará unos seis o siete meses, en un cóctel que se dio en el estudio de Innauer, precisamente donde conoció a Gundula, él comentó que le gustaría tener un cuadro suyo pero que no le acababa de entusiasmar el tipo de motivos que estaba utilizando en los últimos años, que le interesaría algo de otro período.

—¿Y qué hacía un señor como el rector en una fiesta de Kurti y sus amigos? —interrumpió Irene—. ¡Huy!, perdón, Wolf, te he cortado.

Contestó Gabi:

—Todos los rectores tienen derecho a elegir al artista que pintará su retrato para la galería de rectores de la Universidad de Innsbruck. Alguien le había hablado de Kurti con la justificación de que, si él pintaba su retrato, por lo menos sería original, impactante y una muestra clara de arte de finales del xx, no una cursilería como la que le haría cualquier otro. Pero sigue, Wolf.

—Bueno, pues al cabo de dos o tres días, se presentó Timna en su despacho y le contó que, aunque Kurti era muy generoso con ella y le daba todo lo que le hacía falta, ella tenía un hermano con problemas, no especificó cuáles, dice el rector, y por ello necesitaba urgentemente cierta cantidad de dinero. Por eso había pensado ofrecerle la compra de un cuadro de su propiedad que podría ser del estilo que él estaba buscando. Al parecer, en esa conversación le enseñó tres fotos para que pudiera elegir. Le contó que se trataba de cuadros que Innauer le había regalado a lo largo de los años y por eso, en caso de que estuviera dispuesto a comprar, tenía que prometerle que colocaría el lienzo en un lugar discreto, donde solo él pudiera apreciarlo, porque no quería arriesgarse a que Kurti se enterara de que ella había tenido una necesidad y no se había atrevido a acudir a él, ni de que se había visto en la situación de tener que desprenderse de un cuadro que él le había regalado. Eso, naturalmente, quedó reflejado en el precio, que se ha negado a decirnos con exactitud, pero que estaba por debajo del valor real del cuadro, según nos ha confesado.

—¿Y Gundula lo sabe?

—Según él, no, pero puede habernos mentido.

—¿Os dijo si están liados?

—Nos dijo muy elegantemente que su relación con *Frau* Gundula Innauer, fuera la que fuera, nos importada un rábano. Y como en el fondo es verdad, no insistimos.

—¿Por qué dijo Gundula por teléfono, cuando lo cogió Irene en el despacho del rector, que era posible que lo interrogaran a él, si ella no sabía nada de la existencia del cuadro?

—O ha mentido en lo del cuadro o hay algo más que deberíamos saber.

—Hay mucho más que deberíamos saber —dijo Gabi con un suspiro—. Porque, si lo que acaba de decir Karl, que es más o menos lo que se nos había ocurrido a nosotros, es cierto, eso quiere decir que el amigo de Kurti tenía un motivo más que válido para matar a su musa. Si llevaba meses chantajeándolo y se peleaban cada dos por tres y ella le había prometido a Sigi que quizá para el verano podrían irse los dos solos de crucero, eso indica con bastante claridad que de pareja romántica y amor hasta la muerte más bien nada.

—Sí, eso puede ser verdad —continuó Wolf—. Es posible que consigamos hacer plausible la teoría del chantaje y eso nos daría un motivo, pero nos falta el arma y nos falta la ocasión. ¿Cuándo diablos la mató si se fue de casa a las diez y media, nadie la vio volver, y él estuvo borracho toda la tarde y toda la noche del domingo?

—Insisto en que cuando nos fuimos no estaba borracho. Si después empezó a beber en serio, no puedo saberlo, pero a mediodía estaba haciendo teatro. Innauer estaba tan sobrio como yo. Olía a sudor y a boca sin lavar, pero a alcohol no.

—Tenemos la declaración de unos amigos que pasaron por su casa sin avisar a eso de las seis de la tarde y lo encontraron en la sala de estar, la pequeña contigua al salón, enrollado en una manta eléctrica durmiendo. Los amigos trataron de despertarlo pero estaba borracho más allá de lo soportable, así que se marcharon. Según Innauer, se tumbó después de la pelea con el vecino y, en algún momento, cuando ya estaba oscuro, se despertó porque le dolía todo el cuerpo de dormir en el sofá, subió a su cuarto y siguió durmiendo. No se dio cuenta de la ausencia de Timna hasta la mañana siguiente.

—Ian —dijo Irene—, ¿tú no viste a alguien envuelto en una manta eléctrica cuando volviste a buscar tu *boli*? ¿Justamente en esa habitación?

—Sí, ya os lo conté. Pero no podía ser él porque había estado todo el rato medio desnudo sin dar la impresión de tener frío, era mediodía, un mediodía de sol, realmente cálido...

—Para un escocés debía de ser cálido, sí —interrumpió Irene, ironizando.

—Innauer es tirolés, que viene a ser lo mismo —añadió Gabi—. En lo que respecta a la temperatura, digo. Pero sigue, sigue, Ian.

—Bien, quiero decir que no estaba helado precisamente, nos acabábamos de ir dos minutos antes y, según dice Karl, no estaba borracho, así que, si no era él el de la manta, y no parecía muy probable, entonces.

—Tenía que ser Timna. Ni Gundula ni Klara estaban en la casa —dijo Irene con tono triunfal.

—Pero Tamna se fue delante de vosotros.

Todos guardaban silencio durante unos momentos. Karl sacó un paquete de chicles de menta y los repartió sin decir palabra. Al ofrecerle a Ian se miraron unos segundos a los ojos, Karl tanteando el terreno, Ian algo molesto, preocupado por la reacción de su amigo. Sin embargo, la simple mirada consiguió romper el hielo: se dieron una palmada en el hombro y se sonrieron antes de que cada uno volviera a tirarse hacia atrás en las incómodas sillas de plástico. No parecía que nadie tuviera nada más que decir.

Irene, muy bajito, y sin saber muy bien a dónde iba, empezó a hablar, casi para sí misma:

—Vamos a ver, vamos a ver. Corregidme si me equivoco. Estábamos todos allí hablando con Kurti después de que Klara se hubiera marchado. Ella nos dijo que Kurti y Timna se estaban peleando y se marchó. Luego bajó él y nos fuimos al salón. Luego se levantó y se fue a pedirle a Timna que nos hiciera café, ¿no? Luego, ya tomando café, se levanta de repente, sale corriendo por el pasillo, se pelean a vos en grito, vuelve, va al balcón y se queda allí hecho un Romeo diciéndole adiós con la mano. ¿No os parece que no pega?

—Sigue —la animó Wolf inclinándose hacia delante en su silla.

—Bueno, yo soy una persona normal y a lo mejor no entiendo el comportamiento de los artistas y sus novias, pero si yo, desde el punto de vista de la chica, me enfado tanto como para querer irme de la casa, y él dice que ella había empezado a hacer la maleta, y además le estoy haciendo chantaje y la situación es tan asquerosa, cuando él baja a pedirme que le haga café, le doy con la cafetera en las narices. Y por otro lado, si yo soy él y acabamos de tener una bronca espantosa y me está sacando el dinero de mala manera, no me veo diciéndole adiós con la mano cuando se va de casa. A su hija no le dio ni un beso y a la tía que lo chantajea sale a despedirla a la terraza. Eso no es normal.

—Y las deportivas no tenían tierra roja —añadió Ian.

—Y no se oyó la puerta del jardín —dijo Karl con los ojos cerrados.

—Y no oímos la voz de Timna cuando se peleaban en la entrada. Solo se le oía a él —Irene estaba en el borde de la silla y le brillaban los ojos.

—O sea —recapituló Wolf, excitado—, que de hecho no llegasteis nunca a ver a Timna, a verla con vuestros propios ojos; todo fue arreglado para que asumierais que estaba ahí.

—Eso es, eso es —Irene movía la cabeza arriba y abajo—. Él hizo como si la viera cruzar el pasillo para salir, hizo como que se peleaban y luego hizo todo el teatro del saludo para que nosotros pensáramos que ella se estaba yendo por el camino. Sabía que no íbamos a levantarnos de donde estábamos sentados hasta que él se reuniera con nosotros y desde el sofá no se ven ni en camino ni la puerta del jardín.

—Es decir —Gabi tenía los ojos cerrados y se notaba que estaba haciendo cálculos— que, si Klara dice la verdad, y ahora hay que volver a interrogarla y apretarle bien las tuercas, a eso de las nueve Timna estaba viva y peleándose con ella en la cocina, y a las diez y media, cuando Kurti hizo todo el teatro, ya estaba muerta.

—Y envuelta en la manta eléctrica en la sala de estar, como en las novelas —terminó Ian.

—Entonces, ¿cuándo la mató?

—La pudo matar Klara antes de irse.

—Pero con la complicidad de su padre, que se deshizo del cadáver.

—¿Y el motivo de Klara?

—Celos, la gargantilla, la paz familiar, cualquier cosa.

—¿Y el motivo de Kurti?

—Quitarse de encima a una chantajista y volver a recuperar la relación con su hija.

—¿Y la dulce Gundula no sabía nada de nada y es inocente y pura? —preguntó Gabi—. No me lo puedo creer.

Todos negaron con la cabeza. Lo más probable es que fuera pura antipatía personal, pero ninguno conseguía aceptar que la mujer de Innauer no tuviera nada que ver con la muerte de Timna.

—Ese plan tiene que ser obra de Gundula, no puede ser que se le haga ocurrido a Kurti de un momento a otro, no puede ser una improvisación.

—Según Martina, Kurti es genial. ¿Por qué no iba a ocurrírsele una forma de salir adelante así, de un momento a otro? —a Irene tampoco le gustaba Gundula, pero no se le ocurría de qué manera podía estar relacionada con el asunto.

—Wolf —dijo Karl—, ¿habéis comprobado las llamadas telefónicas? ¿Sabemos si llamó a Munich el domingo por la mañana?

Wolf y Gabi se miraron. Habían echado un vistazo a la lista de llamadas que les había proporcionado la empresa de teléfono pero todo les había parecido totalmente cotidiano: unas cuantas a Viena, unas cuantas a Munich, muchas locales. Gundula les había explicado ya que los contactos internacionales los llevaba ella desde su despacho en Alemania. Wolf se levantó y fue a sacar la lista del archivador donde la había metido. Buscó la página correcta del listado y fue pasando el dedo por encima.

—A ver..., sábado..., domingo...: dos llamadas a Munich, una a las ocho cuarenta y cinco y otra a las diez menos diez...; luego, una llamada local a una central de taxi que tenía que llevar a Klara a la estación. Curioso. No nos ha dicho que fue en taxi, a pesar de que eso habría reforzado su coartada.

Gabi se acercó a Wolf con otra lista, la puso en la mesa y se quedó de pie detrás de él mirando por encima de su hombro.

—¡Vamos Esas llamadas no salen en las grabaciones!

Todos miraron a Gabi.

—Aquí está la lista de conversaciones contenidas en las cintas y esas tres llamadas no aparecen. A ver..., tendrían que ser dos a Munich, seguidas, y otra local, muy corta. Humm..., no, no están. Es decir, que o bien desconectaron el aparato al hacer esas llamadas, o falta una cinta.

—¿Las dos llamadas a Munich son al mismo número?

—A ver., sí. Las dos al número de Gundula Innauer. La primera de tres minutos y la segunda de casi diez.

—Tiempo suficiente para exponer un plan.



—Lo que presupone que Timna ya estaba muerta cuando Kurti llamó a su amada esposa para pedirle ayuda y ella, tomándose en serio que la mujer debe ayudar al marido, le explicó en diez minutos lo que podría hacer.

—Aprovechándose de que nosotros estábamos allí para garantizarle la coartada. ¡Qué poca vergüenza! —exclamó Ian—. Eso es prácticamente hacernos cómplices.

—Venga, hombre, no exageres. Eso es pensar al vuelo con muy buenos resultados, o tenerlo pensado desde cierto tiempo atrás, esperando que se presenta el momento adecuado. Lo que fue una suerte, al menos es lo que debió de pensar Gundula, es que se tratara de gente joven, como nosotros, inteligentes y de buena reputación, no relacionados en absoluto con los Innauer, lo que nos hacía más creíbles. Si no hubiera sido por nuestra casual relación con la policía, nos habrían tomado declaración una vez y eso habría dado una coartada perfecta a nuestro común amigo, a prueba de bombas. Así se les ha estropeado el plan, pero me temo que a Gundula no habrá manera de probarle nada. Está claro que Kurti desconectó el aparato antes de hacer esa llamada o borró la cinta inmediatamente.

—Veremos —dijo Gabi con expresión reconcentrada.

Wolf dio una fuerte palmada contra la mesa con las manos abiertas y se puso en pie:

—Hay mucho que hacer, chicos, muchos cabos sueltos que atar, pero parecer que, si lo presentamos bien, podemos tener un caso contra Kurti Innauer o contra su hija y él. Ahora lo más importante es encontrar el arma del crimen. Sé que no tenemos muchas posibilidades, hace ya casi dos semanas, pero nunca se sabe, Gabi, ponte en contacto con Klara, hay que volver a interrogarla y esta vez en otro tono. Vosotros, a casa, jóvenes, y poned en marcha esa magnífica mente que se oculta tras vuestros flequillos. Si encontramos el arma y tiene aún alguna huella de Kurti o de Klara, la cosa está hecha. Todo el mundo a trabajar.

Los tres amigos se pusieron de pie y, ya estaban en la puerta, cuando Wolf añadió casi tímidamente:

—¡Ah! Esto..., gracias. Nos habéis ayudado mucho. Os tendremos al corriente.

Capítulo 12

Una vez fuera de la comisaría, Karl caminó hasta la esquina con sus amigos y allí volvió a excusarse y se marchó a hacer unas compras. En cuanto los hubo perdido de vista, dio la vuelta por la paralela y volvió al despacho de Gabi y Wolf porque, aunque no dejaba que se le notara, apenas podía contener su impaciencia por el resultado de unas investigaciones que se habían iniciado a partir de una idea suya.

Ambos policías sonrieron al verlo llegar. A diferencia de Ian e Irene, que no habían querido abrir el famoso sobre con el informe de Karl, Gabi y Wolf lo habían leído atentamente. En él Karl exponía, entre otras, una idea que les había llamado la atención: que el arma homicida podría muy bien haber sido una lámina de metal de las que Innauer utilizaba para sus *collages* crueles y cabía dentro de lo posible que el pintor, después de matar a su amante, hubiera escondido el arma en el último cuadro que había terminado, el que estaba destinado a ser expuesto en un museo de Estados Unidos. Eso haría poco menos que imposible la recuperación del cuchillo, ya que primero habría que convencer a mucha gente de dicha posibilidad y luego el cuadro tendría que ser desmontado y vuelto a montar. Pero la idea era tentadora y, después de consultarlo con sus jefes, se había decidido que valía la pena intentarlo.

—Eres un actor excelente, chico. Me he estado preguntando todo el tiempo si te habías olvidado del asunto o es que tienes una cara de póquer de primera calidad.

Karl sonrió, halagado por las palabras de Gabi.

—¿Se sabe ya algo?

—Lo lleva la Interpol y parece que ayer por la tarde consiguieron por fin que el director del museo diera su permiso para un primer examen policial; de momento solo radiografías y pruebas para las que no es necesario desmontar el cuadro. Piensa que se trata de una obra de arte que ha costado muchos millones al museo. Tampoco sería natural que se dejaran convencer inmediatamente por una teoría carente de toda prueba y que, para más inri, ha sido elaborada por un estudiante de Bachillerato, aunque esto último no se lo hemos dicho a nadie, claro.

—Un estudiante de casi dieciocho años —interrumpió él—, aunque la edad no tiene importancia. A los ocho ya se me ocurrían cosas así.

—Bien, el caso es que de momento son buenas noticias técnicas pero no hay resultados de ningún tipo. Aparte de que la idea, como idea, es muy buena. Aunque, si Innauer limpió la hoja antes de partirla en trozos y pegarla en el cuadro, tampoco vamos a encontrar nada.

—Pero puede haber todavía cabellos de Timna, algún resto de sangre, algún hilo de la ropa que llevaba puesta. Con los medios modernos se pueden encontrar indicios que a simple vista no son visibles.

—Todavía me impresiona que se te haya ocurrido una cosa así —comentó Gabi.

Karl, al contrario que la mayoría de los austríacos, se encontraba a sus anchas frente a la crítica positiva y le encantaba escuchar alabanzas:

—En el fondo es sencillo, es pura *intertextualidad*.

Wolf alzó los ojos al cielo. Karl no lo vio y siguió hablando dirigiéndose principalmente a Gabi, que, como ya estaba acostumbrada a las salidas de Karl, no se dejaba impresionar por sus palabras, incluso cuando no tenía muy claro qué quería decir con ellas.

—La idea me vino de la historia de Poe, *La carta robada*. ¿Recordáis que se vuelven locos buscando una carta importantísima y que había estado todo el tiempo ahí mismo, metida en otro sobre pero perfectamente a la vista? ¿Y esa frase de que el mejor lugar para esconder un grano de arena es una playa? Eso es lo que me llevó a suponer que el arma del crimen podría ser algún trozo de metal de los que Kurti usa; que después lo rompió (podría haber sido la hoja de uno de esos cuchillos tipo fleje que se compran en los supermercados y tienen ranuras para ir cortándolos, y tener siempre buen filo) y lo disimuló en el cuadro que sabía que iba a desaparecer en seguida de su estudio para ser expuesto en Estados Unidos. La idea en el fondo es genial, quiero decir, por parte de Kurti. Pero para su desgracia, hemos leído los mismos libros.

—¡Y yo que tenía la impresión de que Kurti es medio analfabeto! —dijo Wolf, no del todo en broma.

—No sé. Tal vez no haya leído a Poe; a lo mejor lo ha visto en alguna película. Ya os digo que la *intertextualidad* es la clave de casi todo hoy en para marcharse.

—Hablando de películas, ¿sabes qué ha recibido hoy nuestro amigo Innauer? Perdona, Gabi, se me había olvidado contártelo.

Karl y Gabi miraron a Wolf con interés.

—Una cinta de vídeo sin etiqueta. La ha metido en el aparato y ¿sabéis qué era?

—¿Alguna grabación de Timna?

—No. *The Crow* en versión original inglesa.

Karl se echó a reír. Gabi miró de uno a otro con cara de no enterarse de nada.

—¿Tendría alguien la amabilidad de contarme dónde está la gracia y qué narices es esa película?

—Yo tampoco la he visto —contestó Wolf—, pero en líneas generales va de alguien que vuelve de la tumba por una historia de amor y venganza.

—Un zombi, vamos.

—Sí, pero en moderno y con estética *punk*. Incluso el protagonista se parece a Timna.

—¡Venga ya!

—Te lo juro. La cinta me llegó hace un rato y he visto unos cuantos minutos de aquí y de allá. ¿Quieres verla?

Gabi metió la cabeza entre los papeles de su mesa, haciendo como que tenía mucho trabajo.

—Otra vez será. Los zombis me dan un asco de muerte.

—Al parecer a nuestro amigo también, a pesar de todo lo valiente y lo duro que es. Cuando me ha llamado, estaba al borde de las lágrimas, aparte de borracho, que empieza a ser lo normal en él.

—¿Pero cómo puede pintar esas monstruosidades y luego morir de miedo con una película o unos anónimos de nada?

—Supongo que le pasa como a muchos autores de novelas de terror, que escriben para quitarse de encima sus miedos y sus pesadillas y que, por la misma razón, no soportan las pesadillas de otros —explicó Karl.

—Chico, hay veces en que me das miedo, tienes respuesta para cualquier cosa. ¿Sabes la diferencia entre Dios y un profesor de instituto?

Karl sonrió. Conocía el chiste pero no quería pisárselo a Gabi, así que se encogió de hombros, esperando.

—Dios lo sabe todo, un profesor también lo sabe todo, pero con todos los detalles. La próxima vez que lo cuente diré «la diferencia entre Dios y Karl Hofer».

Ahora Karl se echó a reír de buena gana, divertido por la ocurrencia de Gabi y, para quedar bien con Wolf, que parecía ligeramente fastidiado por la aparente admiración de su colega, añadió:

—Yo lo único que quiero es llegar a ser un buen criminalista, como Wolf. Lo otro es puro adorno, palabrería para despistar al contrincante. No hay que creerse todo lo que digo ni hacerme mucho caso. Bueno, os dejo trabajar.

Cuando Karl se hubo marchado, Gabi preguntó a Wolf:

—¿A ti no te dan miedo estas jóvenes generaciones que saben tanto de todo y hablan con ese aplomo de cosas que yo no me atrevería a nombrar?

Wolf la miró muy serio.

—No. Yo pienso cómo me miraban a mí los adultos a los diecisiete años, pensando «¿a dónde va a llegar este muchacho, tan listo y tan seguro de sí mismo?», y me acuerdo de cómo me sentía yo por dentro: inseguro, inexperto, demasiado joven para casi todo, incapaz de pedirle a la chica que me gustaba que saliera conmigo un sábado, angustiado por no saber qué iba a estudiar, por si encontraría trabajo, por si tendría que vivir toda la vida en casa de mis padres... En fin, que no le tengo ninguna envidia. ¿A ti no te pasaba?

Gabi miró por la ventana, como recordando:

—Humm..., sí, supongo que sí. Yo tampoco me habría atrevido a proponerle nada al chico que me gustaba; aunque no te creas, en eso tampoco he cambiado mucho. Supongo que tengo una idea anticuada de las relaciones. Sigo esperando que empiece él.

Le miró un momento a los ojos.

—¿Tienes algo que hacer esta noche? —preguntó Wolf por fin.

—Pensaba ir a la piscina.

—Yo no he estado nunca en una piscina de Innsbruck, ¿me llevas?

—Te recojo a las siete menos cuarto. Y ahora vamos a trabajar un rato. ¿Tú no habías quedado con Klara?

—Viene aquí a las tres. Voy a seguir con la lista de lo que quiero preguntarle. Ahora vuelvo.

Wolf salió del despacho y Gabi se quedó un momento mirando por la ventana, preguntándose si no era todo más fácil antes de que Wolf llegara a Innsbruck y cómo sería cuando tuviera que regresar a Viena en el otoño. Pensó en Ian e Irene, que iban a tener que pasar años separados viéndose solo en las vacaciones, si durante el curso conseguían ahorrar el dinero necesario. Y aunque en general era ardiente partidaria de las parejas de diferentes nacionalidades que conseguirían crear una auténtica conciencia europea en una o dos generaciones, de repente comprendió lo que había dicho Wolf unos minutos antes: que no siempre es mejor ni más fácil ser joven y estar empezando el camino.

Capítulo 13

Paul, Martina e Irene estaban a punto de sentarse a la mesa cuando sonó el teléfono.

—Será Karl. Nunca en su vida se ha retrasado sin avisar —dijo Martina—. Contesto yo.

Paul miró un segundo hacia la puerta para asegurarse de que su mujer no podía oírlo y se inclinó hacia Irene con cara de conspiración inminente:

—Oye, Irene. Tengo que pedirte algo.

Irene, molesta consigo misma, notó cómo de golpe se ponía nerviosa. Paul le caía muy bien, pero en todos los meses que llevaba viviendo en la casa apenas había hablado directamente con él sin que hubiera más gente alrededor y eso de que ahora quisiera pedirle algo la ponía en un estado incómodo. Fuera lo que fuera, tendría que decirle que sí, pero ¿y si la petición no le gustaba? Además, ¿qué narices tendría que pedirle?

—Mira, ya sabes que últimamente Martina y yo hemos tenido muy poco tiempo para estar juntos y que hemos discutido en un par de ocasiones.

Ella asintió con la cabeza, sin tener ni idea de a dónde se dirigía. ¿No pensaría empezar con el rollo de «mi mujer no me comprende»? No, Paul no era de esos.

—Así que he pensado que, como este año el uno de mayo cae en jueves, podría sorprenderla con un fin de semana romántico, ella y yo solos en un hotel bonito: tener tiempo para pasear, comer bien, hablar de todo lo que no nos da tiempo en la vida de todos los días, ¿comprendes? Eso que en las revistas llaman «invertir en tu pareja». De verdad que nos va a venir muy bien.

Irene sonrió. ¿Cómo podía haber pensado algo tan estúpido de Paul? Era un auténtico cielo. Pero no acababa de comprender dónde entraba ella en todo el asunto.

—Lo malo es que a Martina no le va a parecer bien la idea de dejaros tirados a vosotros y a lo mejor tampoco le gusta dejarte aquí sola con Karl. Piensa que es desatender sus deberes de madre y de anfitriona. Por eso, si tú le dices que a ti te parece bien y que no te importa, seguro que no hay problema.

Sin querer, se le escapó un suspiro de alivio; la cosa era tan fácil que no acababa de entender que Paul también acabara de soltar el aire, como si lo hubiera estado reteniendo.

—Pues, claro, Paul. No hay ningún problema. Ya somos mayores.

—Os dejaremos dinero extra para que podáis pedirnos una *pizza* por la noche.

—¿Qué decís de *pizzas*? Era Karl, que no lo esperemos, tiene algo que hacer en la ciudad.

—¿Y para decirte eso habéis tardado tanto tiempo? —preguntó Paul, sirviéndose del Tiroler Gröstl que Martina preparaba como nadie.

—Una madre y un hijo tienen cosas que contarse que no le importan a nadie más

—a Martina se le derramaba la sonrisa por la cara pero parecía decidida a guardar el secreto, así que Irene y Paul se miraron, se encogieron de hombros y empezaron a comer.

Irene ayudó a recoger los platos y luego, sabiendo que Paul tenía buenas noticias para su mujer, se retiró discretamente y se fue a su cuarto a escribir su diario.

* * *

Karl llevaba un buen rato recorriendo bares cuando entró en la Treibhaus decidido ya a sentarse y comer algo, tanto si encontraba a Sigi Merz como si no. Nada más empujar la puerta de cristales supo que no lo encontraría allí: la Treibftaus era una olla de grillos, de grillos entre cuatro y ocho años, madres, padres e incluso algunos abuelos modernos que habían decidido acompañar a sus nietos al local más alternativo de Innsbruck, un local que en los últimos tiempos había sido remodelado para convertirse, de día, en una especie de parque infantil bajo techo (considerando lo que llovía en Innsbruck, era una excelente idea) y, de noche, en sala de conciertos de yaz y música de todo tipo o en escenario de obras de teatro experimental o de cabaré, algo típicamente austríaco que consiste en un monólogo o diálogo teatral, casi siempre de temas políticos o de relevancia social, en clave de humor, con frecuencia muy malintencionado, y a veces con música. Además era un bar en el que se mezclaban alumnos del instituto de al lado, gente que trabajaba en los bancos de alrededor, madres que querían charlar con una amiga mientras los niños se lanzaban a conquistar el castillo de madera, cuerdas y rampas en la parte trasera, algún turista despistado, universitarios que habían decidido saltarse una clase y gente que había terminado la carrera ocho o diez años atrás y seguía conservando la costumbre de ir a la Treibhaus a tomar algo o a quedar con los amigos.

Echando una mirada a los carteles, se dio cuenta en seguida de que la invasión infantil no sería tan horrible, porque cinco minutos después empezaba una función de marionetas gigantes que debía de ser la causa de toda aquella aglomeración. Se instaló en la barra tras sortear hordas de pequeñajos que se perseguían llevando en los brazos animales de peluche tan grandes como ellos y de levantar del suelo en dos ocasiones a un bebé que se empeñaba en metérsele entre los pies. Pidió un agua mineral y una *pizza* Margarita pequeña y, como siempre al ver las burbujas, sonrió pensando en Irene, que todavía no había llegado a acostumbrarse a que en Austria el agua mineral siempre es con gas. Para beber buena agua mineral sin gas, no hay más que abrir el grifo. Se preguntó cómo le iría a su hermana sin esa agua de montaña que solía beber a litros y por un momento la echó tanto de menos que casi le hizo daño. Hannah era su hermana pequeña y siempre le había parecido tan normal tenerla cerca, como si fuera parte del paisaje habitual, que no se había dado cuenta hasta ese mismo año de cuánto la quería en realidad, de cuánta falta le hacía tenerla ahí para tomarle el pelo, para pelearse con ella, para contarle algunas cosas que no se le pueden contar a

nadie más, para organizarse maravillosas sesiones de vídeo y palomitas hechas en el microondas cuando los padres están cenando en casa de alguien. Irene era una chica estupenda, pero no era una hermana. Posiblemente fuera ése el problema, que ni era una hermana, ni era eso lo que a él le habría gustado de ella.

Llegó la Margarita y desaparecieron las hordas infantiles. La Treibhaus se volvió íntima, casi solitaria, los peluches tirados en un montón junto al columpio, el piano de cola cubierto de programas y anuncios, algunas parejas hablando en voz baja en las mesas del fondo, junto a la gran estantería llena de plantas que daba nombre al local (Invernadero), un par de grupos pequeños en la tienda de fuera (una gran carpa de circo roja y amarilla que protegía del viento las mesas del patio), un par de *punks* tirados al sol junto a la reja que separaba el terreno de la Treibhaus del Instituto de la Angerzellgasse... Las mechas azules del pelo de Sigi brillaban como un semáforo visto en un sueño.

Karl pagó, cogió con la servilleta el resto de la *pizza*, agarró la botella por el cuello y se dirigió hacia los chicos que dormitaban al sol.

* * *

En la Comisaría Central de Policía, Klara Innauer, recién llegada en el tren de Viena, retorció entre las manos un pañuelo de seda azul, pintado a mano, que debía de haber costado una fortuna. Como siempre, iba vestida como si la acabaran de recortar de una revista, pero esta vez, de una revista de moda tirolesa. Llevaba un Dirndl moderno, de lino azul con flores de *edelweis* bordadas en blanco, un delantal de lino color crudo y grandes mangas de farol terminadas en una puntilla de ganchillo. Era uno de esos vestidos de entretiempos que en Austria se pueden llevar en toda ocasión y cuyo único inconveniente, además del precio, es que las nativas son las únicas que no se sienten totalmente disfrazadas vestidas así.

Gabi, tirolesa de nacimiento, tenía también un Dirndl de uso diario que sólo se ponía cuando estaba de vacaciones en la granja de sus padres y uno realmente elegante que usaba para las bodas y otras ocasiones de solemnidad, pero nunca se le habría pasado por la cabeza gastarse el sueldo de dos meses en llevar un modelito como el de Klara Innauer. Claro que ser policía, hija de granjero, no era lo mismo que ser la hija única de un genio de la pintura mundialmente reconocido. «Y probablemente, asesina o cómplice de asesinato», completó Gabi el pensamiento.

Wolf, a quien ni le impresionaba la ropa cara, ni le habría impresionado verla en biquini, había empezado ya el interrogatorio, esta vez en un tono mucho menos cortés que en la ocasión anterior. Su experiencia le decía que cierto tipo de personas se dejan vencer rápidamente por una determinación rayana en la grosería y que Klara Innauer era de ese tipo de personas. Gabi se mantenía al margen y observaba las reacciones de la muchacha.

—¿Por qué no nos dijo que había llamado a un taxi para bajar a la estación? —

estaba preguntando Wolf con una entonación que transformaba una simple pregunta en una grave sospecha.

Klara retorció el pañuelo con más fuerza todavía, alzó sus ojos azules y, con su mayor inocencia, trató de arrancar una sonrisa al rostro de piedra de Wolf o una expresión de simpatía de Gabi.

—Se me olvidó.

Nadie dijo nada y ella se vio obligada a continuar:

—Llamé al taxi, bajé a ponerme los zapatos, me encontré la entrada llena de gente, bueno... eran tres, ya lo saben ustedes, luego llamé a Pops, discutimos un poco, como siempre, consiguió ponerme a cien, como siempre, agarré mis trastos y me marché tan enfadada que sólo me acordé del taxi cuando ya casi había llegado al río.

—Lo comprobaremos —concluyó Wolf.

Ella saltó, con voz aguda en la que sonaba un filo de histeria:

—Pero qué más da si tomé o no tomé el taxi. Yo no sé nada. Yo estaba en el tren o en Viena cuando la mataron. Yo no he sido.

—Sí. Nadie sabe nada. Nadie ha sido. Nadie estaba aquí cuando sucedió. Su madre tampoco, ¿verdad?

—Mi madre estaba en Munich.

—¿Está usted segura?

Klara se puso pálida y empezó a morderse el labio inferior. Wolf se levantó de la mesa y se acercó a su oído:

—Usted sabe muy bien que su madre no estaba en Munich el sábado por la noche, ¿verdad?

Klara siguió mordiéndose el labio, en silencio; sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Lo sabe, ¿no?

—Pero el domingo por la mañana estaba en Munich —dijo con un hilo de voz.



—Sí, pero el sábado no. Y usted sabe dónde estaba.

Klara empezó a negar con la cabeza, ya sin ocultar su angustia.

—No, yo no sé nada. Y además eso no tiene importancia. Eso era el sábado. Da igual dónde estuviera.

—Pero usted lo sabe. Y si lo sabe y no nos lo dice y su madre fuera acusada de asesinato, usted sería acusada de complicidad. ¿Por qué no nos lo cuenta? —añadió con la voz más dulce que había usado hasta ese momento.

Durante unos segundos pareció que Klara había decidido contar todo lo que sabía; luego, sin transición, sus labios se apretaron en una sola línea y Wolf se dio cuenta de que había decidido ponerse dura y él posiblemente tendría que cambiar de estrategia.

—No tengo nada que contar.

—Está bien. Cambiemos de tema.

Ella volvió a tensarse en la silla.

—Ahora quisiera hablar de la joya robada. ¿Le suena? La gargantilla, diseño de su padre, que Timna llevaba al cuello cuando la mataron. Me gustaría que nos dijera usted dónde está.

Se le pusieron los ojos como platos y se le cortó la respiración. Por un momento vio al muchacho del tren. ¿Sería posible que hubiera ido a la policía a contar que la había visto con la gargantilla? No. No era posible que un chico cuyos padres pertenecían a un círculo que compraba Innauers fuera por propio impulso a la policía a contar algo que además sonaba totalmente absurdo.

—No sé —contestó—. No sé de qué me habla.

—Le advierto que tenemos un testigo que la vio con esa gargantilla puesta, casi una semana después del crimen, concretamente el... —empezó a pasar hojas de una agenda con lentitud deliberada— viernes de la semana pasada. ¿Le dice algo? No vale la pena negarlo, *Fräulein* Innauer.

Klara se echó a llorar, violentamente, con profundos sollozos que le cortaban la respiración. Las lágrimas le escurrían por las mejillas y le iban llenando la falda azul de manchas oscuras, redondas como monedas. Gabi se levantó, llenó un vaso de agua y se lo ofreció junto a un paquete de pañuelos de papel. Klara intentó cogerlo pero las manos le temblaban tanto que Gabi optó por dejarlo a su alcance en el borde de la mesa y volvió a ocupar su sitio.

—La gargantilla está en su poder, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza, sin dejar de llorar.

—Ustedes no podrían comprenderlo —dijo entre hipos—; para mí era muy importante. Desde siempre. Papá me lo había prometido desde pequeña, diseñar una joya sólo para mí. Y nunca lo hizo. Nunca. Siempre tenía otras cosas que hacer. Todo era más importante que yo. Y luego llegó esa... esa Timna, ese monstruo, y... —empezó a sollozar y las palabras se hicieron incomprensibles.

—Y lo que no hizo nunca por usted, lo hizo por ella —terminó Gabi.

Ella negó violentamente con la cabeza.

—No, no —dijo cuando pudo volver a hablar—. La hizo para mí, cuando cumplí los dieciocho años. Fue su regalo de cumpleaños. Pero entonces Timna se encaprichó de ella y él..., él se la dio. Cobarde. Traidor. Me la quitó y se la dio a ella. Me dijo que me haría otra diferente, mejor, pero nunca lo hizo, claro. Y yo no quería otra. Yo quería ésa.

—Así que la mató para quitársela —dijo Gabi suavemente.

Klara alzó la cabeza y la miró, espantada. Luego miró a Wolf, que devolvía su mirada como un dios impenetrable de algún pueblo extinguido.

—Ustedes... —se le secó la garganta y se oyó un ruido seco; alargó la mano temblorosa y bebió un sorbo de agua—. Ustedes no estarán pensando que lo hice yo, ¿verdad? —negó vareas veces con la cabeza y, de pronto, se echó a reír.

Gabi y Wolf cambiaron una mirada.

—Me la dio él. Pops. Papá. El sábado por la noche. Me dijo que se iba a acabar, que ya había aguantado bastante, que ahora era mía. Yo, claro, pensé que iba a dejar a Timna. No sabía...

—¿Qué?

—Nada. A la mañana siguiente me la encontré en la cocina cuando me estaba preparando el desayuno, me llamó ladrona. Tuvimos una pelea horrible, pero yo estaba tranquila porque sabía que ahora ya no había peligro, que era ella la que tendría que marcharse, que Pops se había decidido. Se lo dije y soltó una carcajada. Estaba hecha una loca, riéndose como si la cosa tuviera mucha gracia. Fuimos al estudio a preguntarle:

—¿Al estudio?

—Sí. Había pasado la noche allí, en el catre que tiene para cuando está trabajando a tope. Ella lo miró desafiante, como si fuera suyo. Discutimos a gritos, él se sujetaba la cabeza de vez en cuando, como si se le fuera a separar del cuello. Debía de tener una resaca horrible, no quería más que nos calláramos y lo dejáramos en paz, pero Timna insistía, quería que él dijera quién era más importante de nosotras dos. Al final dijo que ella, que Timna era la que más le importaba —hizo una larga pausa que ninguno de los dos quiso romper—. Y luego me dijo que le devolviera el collar. Timna se echó a reír y yo me fui del estudio. Nunca me había sentido tan humillada, tan desesperada. Me fui a mi cuarto y llamé a mi madre, aunque sabía que lo más probable era que no estuviera aún en casa —los dos policías cambiaron una mirada pero no hicieron ningún comentario para no cortar a Klara—, pero sí que estaba. Le conté en dos palabras lo que había pasado y ella me dijo que recogiera mis cosas y que me fuera a Viena, que ya me llamaría ella, que no perdiera tiempo y que me llevara la gargantilla, que ya lo arreglaría ella con Pops.

—¿Y a qué hora sería eso, más o menos?

—Ni idea. Sobre las nueve, supongo. Me dio tiempo a ducharme y arreglarme, recoger las cosas y pedir el taxi. Desde mi habitación los oí aún gritarse en el estudio; luego bajé y me encontré con los chicos. Después ya lo saben.

—¿Por qué suponía usted que su madre no estaría en casa?

Ella suspiró y se encogió de hombros, como persuadiéndose a sí misma de que ya daba igual.

—Porque el sábado por la noche, después de que papá me devolviera mi gargantilla, la llamé para contárselo y no estaba en casa.

—¿Y dónde estaba?

—En Seefeld, en un hotel, con su nuevo novio. Me lo dijo ella, después.

—Ajá —dijo Gabi—. Es decir, que tomó el tren en Innsbruck, donde la vieron tres testigos, veinte minutos después se bajó en la estación de Seefeld y pasó allí la noche; luego, posiblemente el señor rector la acompañó a Munich en coche, o bien ella tomó un taxi hasta la estación, cogió un tren de madrugada y antes de las nueve de la mañana estaba en Munich para poder asistir a la fiesta esa.

—Y por eso *Frau Innauer* llamó al rector para avisarlo de que su encuentro podría salir a la luz.

Klara miraba de uno a otro sin entender demasiado lo que estaba pasando.

—Gracias, señorita, eso es todo. No tenemos más preguntas por el momento. Si necesitamos algo, ¿podemos localizarla en su casa?

Ella negó con la cabeza.

—Estaré en casa de una amiga, Anna Steinhuber, en la Müllerstraße 22. De momento no quiero ver a Pops. Ni a mamá —añadió muy bajito.

Wolf la acompañó hasta la puerta, cerró tras ella y se volvió a Gabi con los ojos brillantes.

—Parece que empieza a hacerse la luz. Esta noche, te doy dos largos de ventaja.

—Te los doy yo, listo, los vas a necesitar.

Capítulo 14

Era uno de mayo, jueves por la tarde, y el tiempo estaba tan gris y lluvioso que nadie habría podido calcular la hora por la luz del día. Paul y Martina se habían marchado por la mañana después de haber oído muchas veces que no había ningún problema, que se las arreglarían de maravilla sin ellos y que podían irse tranquilos sin temer que prendieran fuego a la casa o que la elección del programa de la tele los llevara al crimen. Ian se había tenido que ir con sus tíos a visitar a unos parientes del Tirol del Sur, o Italia del Norte, como Irene lo veía mirando el mapa, y no volvería hasta el sábado por la mañana, de modo que Irene y Karl, después de una sesión conjunta de discutir planes y posibilidades (salir por ahí, cine, discoteca, piscina), habían decidido pasar una noche casera con dos cintas de vídeo y una cena improvisada. Irene, para compensar la buena voluntad de Karl, que se había ofrecido a ir al videoclub a buscar las películas a pesar de la lluvia, había empezado a freír patatas para hacer una tortilla española, porque sabía que no había austriaco que pudiera resistirse a una buena tortilla dorada y firme, y tenía pensado sonsacar un poco a Karl. Ella sabía muy bien que había algo que debía de ser muy importante por las continuas conversaciones que Karl había mantenido con su madre y que ahora parecía haber terminado, a juzgar por la forma en que Karl se quedaba mirando un punto en el espacio cuando pensaba que nadie lo veía. Eso en él solo podía indicar que estaba pensando a toda marcha y eso, a su vez, quería decir que las conclusiones que había sacado anteriormente se habían revelado falsas y había tenido que volver a empezar. Irene se moría de curiosidad y pensaba aprovechar la ausencia de Ian para enterarse de lo que le interesaba.

Terminó de hacer la tortilla, fregó los cacharros, dejó la cocina en orden y puso la mesa en la sala de estar sintiéndose como si hiciera un papel en alguna obra de teatro, como si tuviera que interpretar a una joven ama de casa del lejano Oeste o algo así. Al pensar que cien o doscientos años atrás las muchachas de su edad ya estaban casadas y tenían su propia familia, se le ponían los pelos de punta; una cosa era hacer una tortilla al cabo de las mil y poner la mesa para su hermano adoptivo y otra, que todo aquello formara parte de las responsabilidades cotidianas. Karl llegó en ese momento, sacudiéndose el pelo como un perro al salir del mar porque, como la mayor parte de los chicos tiroleses, no había quien lo convenciera de que llevase un paraguas. Sacó las dos cintas del refugio de su cazadora y se marchó al cuarto de baño a secarse un poco.

La mayor parte de la cena transcurrió en silencio, porque la película no permitía la conversación. Luego, cuando se trasladaron al sofá con un yogur gigante cada uno, dispuestos a ver la segunda película, Irene se las arregló para preguntarle qué era lo que lo había tenido en vilo toda la semana. Karl, tras un instante de vacilación, le contó todo el asunto del cuadro del museo americano.

—Lo que pasa es que, aunque me fastidie confesarlo, ha sido una pista falsa. No había un solo indicio de que hubiera nada oculto en el cuadro, lo que, naturalmente, ha hecho las delicias del director del museo y nos ha obligado a nosotros a volver a la primera casilla.

—La idea era genial.

—Sí, eso pensaba yo también.

Los dos suspiraron y Karl, en lugar de darle al botón para que empezara la siguiente película, se quedó mirando la cuchara con la que se estaba comiendo el yogur como si en ella estuviese su futuro.

—Irene, ¿te acuerdas de historia de Holmes en la que trata de obligar a Irene Adler a que les revele el escondrijo?

—¿Aquello de que, cuando cree que su casa puede estar ardiendo, una casada corre a salvar a sus hijos y una soltera, sus joyas?

—Sí. Eso de que, cuando alguien se ve amenazado, va al lugar donde esconde lo más valioso que posee para asegurarse de que sigue ahí.

—¿Y qué?

—Si Kurti tiene aún el arma escondida en alguna parte y alguien le dice que la policía sabe dónde está y va a volver a hacer un registro a fondo, ¿qué crees tú que haría?

—Sacarla de ese sitio y buscar otro.

—Exacto. Pero para que eso nos sirva de algo, tendríamos que tener alguien dentro de la casa que vea dónde busca y dónde la esconde después, ¿no?

—Pues no creo que Gundula nos quiera hacer el favor.

Los dos se echaron a reír.

—¿Te referías a Klara? —continuó Irene—. ¿Ayudaría a que cogieran a su padre? A mí me parece bastante desagradable, la verdad.

Karl negaba con la cabeza y le brillaban los ojos detrás de las gafas que se ponía para ver la tele y que le daban un aspecto de científico loco.

—No. Estaba pensando en ti. No digas nada. No hables. Escúchame. Kurti está desesperado, casi siempre borracho, más solo que la una. Su hija no quiere verlo, seguramente porque le ha cogido miedo; su mujer no se acerca por allí para que todo el mundo piense que siguen sin llevarse bien y que él está de luto por Timna; los amigos no se atreven a acercarse porque hace un par de días le tiró platos y tazas a una pareja de viejos amigos que fueron a hacerle compañía, que me lo contó Wolf; y además está aterrorizado con esos anónimos y cintas que recibe diciendo que Timna volverá para vengarse. Si vas tú a pedirle un autógrafo, con la excusa de que ahora mismo tendrás que irte de Austria y quisieras tener un recuerdo suyo, te recibirá, seguro. No hables aún. Tú entras, le das conversación un rato, entonces llamo yo por teléfono y le digo que soy un amigo y que más vale que ponga el arma en un lugar seguro porque la policía ha recibido un chivatazo y van a registrar a fondo. No tendrá más remedio que ir a comprobar si todo está bien o a cambiarla de sitio. ¡Chisst! Y si

no hace nada, es que no la tiene en casa y sabe que no hay que preocuparse. Entonces tú te despides y, si no hemos ganado nada, tampoco hemos perdido nada.

Por un segundo, Irene había tenido la impresión de que algo de lo que había dicho Karl era realmente importante, pero esa manía de mandarla callar había acabado también con su tren de asociaciones. Fuera lo que fuera, se le había ido otra vez.

—No sé, Karl, no me gusta la idea.

—Te da miedo, claro.

«Por supuesto que me da miedo», pensó Irene. A cualquiera le daría miedo encerrarse en una casa con alguien que es probablemente un asesino, y un alcohólico con toda seguridad, para provocarlo y aterrorizarlo solo con el objeto de ver qué es lo que hace, pero la expresión socarrona de Karl, esa mueca desdeñosa que venía a querer decir «chicas, tanto hablar de igualdad de derechos y de emancipación y ahora, como las princesas de los cuentos», le daba tanta rabia que la forzó a pronunciar otras palabras:

—No, no tengo miedo; pero ¿no sería mejor esperar por lo menos a que venga Ian y así él podría quedarse en el jardín mientras yo estoy en la casa?

Karl pasó de una mueca a otra.

—Uf, perdona, no me acordaba de que la señorita tiene novio y no puede dar un paso sin pedirle permiso.

Irene sintió que de un momento a otro iba a tirarle el yogur a la cara.

—Eres un imbécil, Karl —se puso de pie para marcharse.

—No te pongas así. Es que me fastidia que estropees un plan tan bueno por una estupidez.

Ella seguía hecha una estatua, mirando fijamente uno de los cuadros favoritos de Martina en el que una casa en plena noche contrastaba con un cielo diurno de verano.

—Venga, te pido perdón. Ha sido una estupidez decirte eso, pero siéntate y vamos a discutir el plan. Por favor. Imagínate que conseguimos resolverlo todo antes que Wolf y Gabi.

—Sí, es lo que todos los tontos quieren en las películas, y luego se meten en líos espantosos y al final tiene que venir la policía a salvarlos —cuando estaba tan nerviosa como ahora, metía la pata constantemente en alemán y se sentía aún peor, hablando como un bebé, sin poder expresarse bien.

—Espera, te propongo algo: esperamos al sábado, a que vuelva Ian, y lo hacemos como tú quieres. Así él puede quedarse fuera y yo acudo también en cuanto cuelgue el teléfono, ¿vale?

—¿Y Gabi y Wolf?

—Yo preferiría no contar con ellos. Cuestión de honor, ¿comprendes? —No. No comprendo.

—Mira, nos quedan dos días. Piénsalo. ¿Pongo la otra película?

Irene sacudió la cabeza.

—No. No tengo ganas. Me voy a leer. Buenas noches.

Karl la vio marcharse sin saber qué hacer para detenerla. Tendría que preguntarle un par de cosas a su madre, porque empezaba a tener la impresión de que todos sus conocimientos no le servían para nada cuando se trataba de hacerse comprender por las mujeres.

* * *

El sábado a mediodía, en casa de los Hofer, Ian se paseaba arriba y abajo de la sala de estar preguntándose si se habría vuelto loco. Él había llegado de Südtirol deseando verlos y hacer algo agradable juntos, como ir al cine o a dar un paseo por el bosque aprovechando que el tiempo había vuelto a acordarse de que era oficialmente primavera y, sin embargo, se los había encontrado metidos en el piso como dos conspiradores. Y además habían acabado convenciéndolo de hacer una locura que en el mejor de los casos no iba a servir para nada y en el peor podía ser francamente peligrosa.

Karl se había ido al centro a algo que no había querido decirles, prometiendo que se encontrarían delante de la casa de Kurti a la una en punto; Irene estaba en su cuarto arreglándose para la gran entrevista con el pintor borracho y él, como no sabía qué hacer ni qué pensar, estaba allí recorriendo la sala de estar de un lado a otro, tratando de convencerse de que en realidad no era tan tonto como se sentía. Pero estaba teniendo poco éxito. Al final, cediendo a uno de sus impulsos repentinos que por experiencia sabía que solían darle buenos resultados, marcó el número del despacho de Wolf. Esperó más de diez pitidos y, ya estaba a punto de colgar, cuando contestó una voz desconocida. Por un momento pensó en olvidarse del asunto pero en seguida se arrepintió y dejó un mensaje para Wolf Altmann o Gabi Mayr: «Estamos en casa de Innauer. Vamos a probar una idea de Karl. Si no hemos llamado a las dos, venid a ayudarnos». Sabía que Karl lo entendería como una traición, pero si eso podía sacarlos de una situación peligrosa, estaba más que dispuesto a arriesgarse a una pelea con él.

Recorrieron en silencio las pocas calles que los separaban de casa de Kurti. Irene estaba visiblemente nerviosa, pero trataba de que no se le notara mucho y sonreía siempre que sus miradas se cruzaban; llevaba una carpeta negra apretada contra el pecho y un bolso grande lleno de libros, como si viniera directamente de clase. No creían que Innauer supiera que ese sábado no había clase en ninguna escuela.

Llegaron a la puerta del jardín y, al empujarla, la encontraron cerrada.

—Parece que Kurti empieza a tener miedo de algo, ¿eh? —dijo Ian.

Pulsaron el *interfono*. Al cabo de casi dos minutos se oyó la voz de Innauer, áspera y desagradable:

—No quiero ver a nadie. Lárguese.

Irene, reuniendo todo su valor y con su voz más dulce, contestó:

—Soy Irene Cuervo, *Herr* Innauer, la chica española de la entrevista para el

instituto, ¿se acuerda?

Pasó otro minuto.

—Sí. ¿Qué quieres?

—Me gustaría que me diera un autógrafo. Es solo un momento. Como dentro de unas semanas regreso a España, quisiera poder enseñarle a mi familia y a mis amigos su catálogo firmado. El día del *vermissage* no se me ocurrió. Por favor.

Esta vez no contestó, pero poco después se oyó el zumbido que liberaba el cierre. Ian e Irene se apretaron la mano, ella entró y él se quedó sujetando la puerta para esperar los dos minutos convenidos hasta que ella ya estuviera dentro y él pudiera colarse en el jardín en cuanto hubiera llegado Karl.

La casa estaba como la primera vez, limpia y solitaria, con varios pares de zapatos, esta vez todos de hombre, tirados en la entrada. Irene cerró la puerta con cuidado y, también como la primera vez, se quedó esperando.

—Sube, sube al estudio —le llegó la voz de Innauer desde arriba.

Irene, con el corazón encogido, subió. El estudio estaba oscuro, las ventanas cubiertas con toldos azul noche, lo que daba al ambiente la luz de una cueva submarina. Innauer, recostado en el catre, sin afeitarse y obviamente borracho, miraba fijamente un cuadro que ella sólo podía ver por detrás.

—Pasa, pasa, española. ¿Has traído bolígrafo?

Ella asintió en voz baja, sin atreverse a acercarse al hombre.

—Venga, niña, no te voy a morder. Si quieres que te firme eso, tendrás que acercarte; yo ya no estoy para moverme mucho.

Irene fue acercándose paso a paso, echando ojeadas por la habitación para localizar el teléfono que tendría que sonar de un momento a otro; estaba todo tan lleno de cuadros, de botes, pinceles, cartones, libros abiertos, cosas irreconocibles por el suelo y por encima de las tres grandes mesas de caballete, que no había manera de ver una sola cosa clara en aquel montón. Y los ojos de Innauer, enrojecidos y rodeados de ojeras casi negras, no se apartaban de ella.

Por fin, justo antes de llegar a la altura del cuadro que Kurti miraba, distinguió el teléfono en una cómoda del fondo, cerca de donde él estaba, un aparato grande color marfil.

Casi con asco, le tendió el catálogo de su última exposición. El pintor se sentó en el catre, se llevó una mano a la cabeza y alargó la otra, temblorosa y con aspecto de garra, hacia el bolígrafo y el catálogo que Irene le ofrecía. Apenas había empezado a garabatear su nombre cuando sonó el teléfono. Irene estuvo a punto de gritar. Kurti se quedó mirando el aparato, la cabeza ladeada, como intrigado por el sonido. No se movió. Sonaron dos pitidos, tres, cuatro.

—¿Quiere que conteste yo? —preguntó Irene, ya desesperada.

—¿Para qué? Será otra de esas llamadas que me vuelven loco. Déjalo sonar.

Seis pitidos. Siete. Ocho. Innauer seguía firmando, como si le costara un esfuerzo inmenso.

—Mire, *Herr Innauer*, usted atiende su llamada y yo, mientras, voy al baño, ¿le parece? —dejó el bolso sobre la mesa más cercana y desapareció a toda prisa como había convenido con sus amigos, para que el pintor no se sintiera observado y pudiera actuar con libertad. Pero si no lo cogía...

Se detuvo al cruzar la puerta y se quedó observando por la ranura de las bisagras. Innauer seguía clavado al catre, mirando el teléfono. Al cabo de dos o tres pitidos más, trastabillando, se levantó y se dirigió hacia el aparato. «Por Dios, Karl, no cuelgues aún, no cuelgues ahora que lo va a coger», repetía Irene para sí misma.

—Innauer —jadeó.

Irene se esforzaba al máximo por ver cualquier cosa que pudiera ser de interés, pero el pintor no se movía ni decía palabra. Al cabo de un momento colgó, se lanzó sobre el bolso de Irene y volcó su contenido sobre el catre. Lo esparció con las dos manos, miró un momento en dirección a la puerta y volvió a meterlo todo dentro de un manotazo. Luego cruzó la habitación a trompicones, metió la mano en un bote de pintura verde, sacó una bolsa de plástico chorreante, la metió dentro de otra bolsa limpia y la tiró al suelo, un trasto más entre los cientos que había. La bolsa era roja y blanca, de una conocida cadena de supermercados, no la confundiría con otra si tenía ocasión de cogerla. Esperó que Kurti volviera a su rincón y entró al estudio después de llamar con los nudillos.

Cuando se acercó a recoger el catálogo, el pintor la agarró por el brazo.

—¿Dónde está?

Su aliento a alcohol era insoportable y la presa en el brazo estaba empezando a dolerle.

—¿Qué?

—¿Dónde la has metido, maldita sea? Estoy harto de todas vosotras, brujas, arpías, todas las mujeres sois iguales, salvajes, crueles, monstruosas. Dime dónde está o te mato.

En un segundo, las manos del hombre habían subido hasta su garganta y habían empezado a apretar. Sombras rojas y negras cruzaron su visión y supo que se desmayaría si no sucedía algo y pronto. El rostro de Kurti era como una máscara de Carnaval.

—Os voy a matar a todas —decía entrecortadamente—. A todas. A ti, a Klara, a Gundula, a todas las que se me crucen en el camino, igual que maté a Timna. No hay otra forma de librarse de vosotras.

En ese momento se oyó un ruido en una de las ventanas de la izquierda, la que estaba al nivel del jardín superior, el toldo azul salió disparado hacia arriba con un chasquido metálico y la figura de Timna, como un extraterrestre de película, se recortó a contraluz contra la claridad del exterior. Fue solo un instante. Kurti cayó al suelo aullando como un lobo, gritando incoherencias. Irene, aprovechando la liberación de su cuello, se alejó atropelladamente tratando de ganar la puerta antes de que Innauer pudiera detenerla, parte de su mente deseando tirarse al suelo y aullar de

terror como él y otra parte diciéndole que lo primero era escapar, que si de alguna extraña manera Timna no estaba muerta o lo estaba y había venido de todas formas, eso no iba con ella. Antes de salir, en un impulso momentáneo, muestra de obnubilación más que de valor, se agachó bajo la mesa y agarró en un vuelo la bolsa de plástico blanca y roja. Entonces huyó a toda velocidad.



En el vestíbulo se encontró con Ian, que ya iba a buscarla, le tendió la mano y salieron corriendo al jardín donde, agazapados tras los matorrales, varios agentes uniformados esperaban una señal.

—¡Innauer! —se oyó la voz de Wolf a través del megáfono—. ¡Policía! Salga con las manos en alto. No tiene sentido que se resista.

Durante unos minutos no sucedió nada. No se oía más que el piar de los pájaros en los árboles del jardín y el sonido de un motor al ralentí en la calle. Todo estaba en calma, cada hoja, cada flor quieta en el aire quieto, recortada con esa nitidez propia de los días de Föhn, los días que vuelven locos a los habitantes del Tirol.

De repente, desde el interior de la casa se oyó un grito desgarrador, animal, enloquecido. Luego la voz ronca de Innauer gritando:

—¡Timnaaaa! ¡Timna, ayúdame! ¡Sácame de aquí! ¡Timnaaaaaa! ¡Perdóname! ¡Perdóname! ¡No me dejes soloooooo!

La puerta de la verja se abrió violentamente, el ruido del motor se alzó en un rugido y un segundo después, en el camino de entrada, sobre la arena roja, una moto negra brillaba al sol como una estrella. En la moto, una figura vestida de negro, delgada y fibrosa, con un casco negro y plata del que se escapaba una melena negra con una mecha intensamente verde, esperaba rígida y muda como una estatua.

En ese momento, con un grito que sintieron en los huesos, Innauer salió de la casa, descalzo y enloquecido, se lanzó sobre la moto y, antes de que nadie pudiera darse cuenta, montó, se agarró al piloto y salieron como alma que lleva el diablo cuesta abajo, hacia el río.

Todos los policías salieron también hacia los coches en su persecución. Karl echó a correr detrás de Wolf.

—¡Déjame ir con vosotros, Wolf! ¡Déjame ir!

Wolf le hizo gesto de apresurarse y subieron a un coche. Gabi pasó corriendo junto a Ian e Irene, metiendo la pistola en la funda. De repente, sin que nada lo hubiera provocado conscientemente, Irene supo dónde estaba el arma homicida.

—¡Gabi!!! —gritó—. Ven conmigo. Yo tengo lo que estáis buscando.

Gabi se giró sin comprender muy bien.

—Yo tengo el arma, Gabi. Estoy segura.

La mujer policía la cogió por el brazo, incrédula:

—¿El arma del crimen?

—Estoy segura. La mató él, me lo acaba de decir, casi me mata a mí también, pero ahora sé dónde está el arma. Venid conmigo.

Perplejos, subieron al coche y perplejos seguían cuando Irene le dijo a Gabi que la llevara a casa. Subieron los tres pisos a toda velocidad y, una vez arriba, la joven se lanzó a su cuarto, cogió de las alturas de la estantería la agenda que nunca utilizaba y que sólo llevaba a veces para hacerse la importante y allí estaba, entre las páginas del mes de agosto, donde la había metido tres semanas atrás, el regalo de Kurti Innauer, una hoja fina y afilada manchada de pintura azul y de otra cosa que, en ese tiempo, se

había vuelto casi negra.

—La mató con esto, Gabi, estoy segura.

Capítulo 15

Después de cruzar toda la ciudad a velocidad suicida, la moto negra volaba en dirección Sur por la carretera del Brenner. El tráfico no era muy intenso porque la mayor parte de las personas que habían decidido aprovechar el puente del uno de mayo había salido la tarde anterior y ahora la carretera solo estaba ocupada por los vehículos de la zona. De todos modos no era fácil seguirlos, porque la moto sorteaba con facilidad los obstáculos y se pegaba al suelo en las continuas curvas, mientras que un coche tenía que tener cuidado para no salirse en las más cerradas y rodar cien metros barranco abajo. Por fortuna, Wolf era un magnífico conductor y Karl no tenía en absoluto la sensación de que ese iba a ser el último trayecto de su vida, a pesar de que de vez en cuando los frenos del coche chillaban desesperadamente. Había sido intuición de motorista coger la carretera nacional en lugar de la gran autopista del Sur, donde la moto no habría tenido ninguna ventaja.

—No tienen nada que hacer —comentó el policía uniformado que ocupaba el asiento trasero—. No me explico que se empeñen en tratar de huir. ¿Qué se creen? ¿Que la policía italiana no les va a cortar el paso? Ya los están esperando.

—No están tratando de huir —contestó Karl sin volver la cabeza.

—Ah, ¿no? ¿Y qué hacen? ¿Pasearse?

Wolf esbozó una sonrisa y siguió en silencio, concentrado en la carretera.

—Es una venganza. El de la moto sólo está tratando de matar de miedo al pintor. Es el asesino de su hermana y ahora tiene ocasión de hacerle pagar en parte por lo que ha hecho.

—Entonces, ¿la que conduce no es la mujer que se ha asomado antes por la ventana de la casa? —preguntó el policía.

—Sí, pero no es una mujer. Es el hermano de la víctima disfrazado con una peluca para parecerse a ella. Sabíamos que eso le daría el último empujón a Innauer. Está borracho y medio loco de miedo. No sé si habrá llegado a darse cuenta de que va en la moto con Sigi y no con Timna.

En ese momento la conversación se interrumpió violentamente porque Wolf tuvo que dar un frenazo brusco que los lanzó contra los cinturones con una terrible fuerza. Sigi había dado la vuelta y se había metido por la rampa que llevaba a la entrada de la autopista en dirección Norte.

—Pero ¿qué hace ahora? ¿Vuelve a Innsbruck otra vez? —el policía daba la impresión de no enterarse de nada.

—Está colaborando con nosotros, ¿comprende? Ahora volverán y nos entregará a Innauer.

—Pero ¿qué hace ese loco? —gritó Wolf, de repente—. ¡Se acaba de meter en dirección contraria el muy imbécil, se va a encontrar todo el tráfico de frente!

—Parece ser que ha decidido asustarlo de verdad —murmuró Karl.

La autopista brillaba al sol de la tarde. Al fondo, la impresionante mole de la Nordkette, una pared montañosa de más de dos mil metros, de cimas picudas aún cubiertas de nieve, cerraba el horizonte del Norte recortándose contra un cielo perfectamente azul punteado de *parapentes* de colores. Abetos oscuros y alerces de un verde delicado pasaban como fantasmas veloces a ambos lados del coche que perseguía implacable la reluciente máquina negra. Estaban llegando al puente de Europa, una de las construcciones más atrevidas del continente, que cruza el Wipptal a una altura de 180 metros sobre el abismo con una extensión de casi un kilómetro, en un paisaje alpino que corta la respiración y que ninguno de los ocupantes del coche apreciaba, atentos como estaban a no perder de vista a Sigi y a Innauer, que les llevaban una ventaja de unos doscientos metros por el carril de su izquierda, separados de ellos por el muro que divide las dos direcciones de la autopista.

Sigi volaba por el carril de adelantamiento del tráfico contrario, forzando al resto de los vehículos a ceñirse a su derecha para no chocarse contra él, y estaba ya casi a la mitad del puente cuando un gigantesco camión de transportes pesados entró desde el Norte en dirección a Italia.

—Como no se aparte un poco a su derecha y a la velocidad que lleva ese camionero, el simple aire de la marcha los va a tirar de la moto cuando se crucen —comentó el policía.

Karl empezó a sentir una inquietud extraña en el estómago, como un hormigueo de miedo cuyo origen no podía concretar. Sigi había cruzado ya la mitad del puente, pegado al manillar, fundido con la moto como si fuera parte de ella. Innauer, semidesnudo, con la piel blanquecina y las hebras grises de su cabello al viento, parecía un enorme gusano agarrado a él.

De repente, cuando ya estaban a punto de cruzarse con el gigante que venía en dirección contraria, Sigi hizo una brusca maniobra hacia su izquierda, la moto se encabritó y, apoyado en la rueda trasera, con precisión exquisita, lanzó la máquina contra el inmenso parachoques cromado del camión que, cogido por sorpresa, no pudo reaccionar hasta que sintió el impacto.

La moto salió despedida por el aire como un cohete, dio una vuelta sobre sí misma y comenzó su larga caída hasta el fondo del barranco. Sus dos ocupantes volaron como peleles, cada uno por su lado.

Cuando Karl y Wolf consiguieron aparcar el coche y cruzar la autopista, Sigi y Kurti no eran más que dos puntos al fondo del barranco.

Durante unos segundos nadie dijo nada. El simple pensamiento de lo que debían de haber sentido durante la caída y el impacto contra el suelo les había robado las palabras.

—¿Por qué habrá hecho eso, inspector? ¿Se le habrá ido la moto? —preguntó por fin el agente.

—No, Huber. Ha sido un suicidio. Y desde su punto de vista, supongo que una

ejecución. ¿Te lo esperabas? —preguntó Wolf a Karl, con cierto recelo.

Karl negó con la cabeza. Se había puesto muy pálido y estaba luchando aún con unos espasmos de estómago.

—Nunca habría sugerido una cosa así de haberlo pensado. ¡Pobre Sigi!

—Sí. Hay gente que no tiene suerte. Primero pierde a su hermana y ahora...

—Habría podido desintoxicarse.

Wolf movió la cabeza lentamente:

—Tal vez. Pero habría sido muy difícil. Tuve que informarle de que no heredaría nada. Se trataba de dinero y propiedades robadas. Se había quedado sin su hermana y sin dinero. No tenía mucho que perder.

—¿Y ahora?

—Ahora queda el trabajo sucio. Espera a que vengan más coches y puedes irte a casa.

—Si hay algo que pueda hacer, me quedo. No era cuento cuando dije que quiero ser criminalista. Tendré que aprender también el trabajo sucio.

Wolf y Karl se miraron unos instantes a los ojos; luego Wolf sonrió y desvió la vista hacia el McDonalds de la parte sur del puente.

—Te invito a un café hasta que empiece a llegar la gente. Esa es la primera lección práctica: esperar y tomar cafés.

* * *

Había pasado una semana y las cosas habían vuelto a la normalidad cotidiana. El fin de curso estaba ya muy cerca: siete semanas para Ian e Irene en Innsbruck, ocho para Hannah en Providence, dos para el examen de cinturón negro de Karl. Y luego un largo verano para el que había muchos planes, muchos sueños y nada definitivo todavía. El caso de Timna Merz estaba a punto de ser cerrado a pesar de que Wolf y Gabi lo estiraban todo lo posible para tratar de encontrar todavía algo que pudiera incriminar a la viuda de Innauer. Los dos estaban convencidos de que Gundula Innauer había tenido algo que ver en el crimen, como instigadora o como cómplice, y les parecía espantoso que no hubiera forma humana de probarlo. Pero no habían tenido más remedio que confesarse a sí mismos que en el fondo todo eran prejuicios basados en lo desagradable que ambos encontraban a la mujer y que no había nada que hablase en su contra.

Tener una relación, estando casada, con un hombre también casado era poco ético pero no ilegal; tratar a la policía como si fueran insectos era de mal gusto pero nada que pudiera castigarse directamente; ser una madre fría y distante era desagradable para la hija pero irremediable en cualquier caso; y tener una magnífica reputación como mujer de negocios no se podía considerar un crimen perseguido por la ley. Que se le notara esa alegría reprimida por la muerte de su marido era algo que a los dos les resultaba repugnante pero contra lo que no podían luchar. De modo que,

rechinando los dientes, habían decidido cerrar el acta Merz el lunes por la mañana al volver al trabajo.



Pero por el momento aún era domingo y habían reservado una mesa para siete en el Planötzenhof, el restaurante campestre más famoso de Innsbruck, una granja aún en funcionamiento, con vacas, ovejas y caballos, donde se podía degustar la mejor comida tirolesa, bien en la terraza, bien en un comedor acristalado, todo de madera antigua, con un inmejorable panorama de la ciudad a vista de pájaro. Por desgracia, el tiempo no colaboraba, el viento era frío y persistente y el cielo aparecía cubierto por una capa sólida y gris de nubes compactas que podrían descargar en cualquier momento.

Cuando Wolf y Gabi llegaron al restaurante, la terraza estaba desierta; las sillas de madera y metal, apoyadas contra las mesas como si en lugar de ser un domingo de mayo se tratara de un día de final de temporada, ya en octubre. En el comedor acristalado, sentados en la mesa del fondo, junto a las ventanas que daban a la ciudad, Ian, Irene, Karl y sus padres charlaban con la dueña, comentando, como siempre, las locuras del tiempo y lo imprevisible que era la clientela. No había nadie más en toda la sala y la luz grisácea del exterior daba a la escena una sensación desolada, como de refugiados en un barco sin destino fijo. Se saludaron unos a otros. Los recién llegados se acomodaron frente al ventanal y ambos pidieron cerveza de trigo, esa cerveza turbia que a Irene siempre le había llamado la atención por lo altos que son los vasos en que se sirve, asado de cerdo con col roja y los famosos Semmelknödel, una especie de enormes albóndigas de pan, leche, huevos y, según las distintas especialidades, pedacitos de cebolla, jamón y perejil.

—Bueno —dijo Martina, apenas se hubieron acomodado—, a ver, entonces, ¿está todo claro ya? ¿Se sabe seguro que fue Innauer?

Karl soltó un bufido de impaciencia.

—Eres increíble, mamá. ¿Cuántas veces me has hecho contártelo todo?

—Es que no te lo estoy preguntando a ti, listo, se lo estoy preguntando al señor inspector. O a la señora inspectora.

Wolf sonrió.

—Sí, en el fondo no hay nada nuevo. Por lo que suponemos, las relaciones entre Timna Merz y Kurti Innauer se habían ido deteriorando con el tiempo, digamos que de modo natural. Probablemente él había empezado a cansarse de ella o se había dado cuenta de que su mujer le convenía más profesionalmente; entonces, hace algunos meses, él le dijo que se había acabado y ella empezó a hacerle chantaje por el asunto de los cuadros del seguro. Él sabía, por supuesto, que ella podía declarar en su contra aunque tuviera que implicarse a sí misma en el robo y el fraude. Lo que no sabía era que ella se había guardado varios cuadros como seguridad económica personal. Hemos averiguado que el cuadro que le vendió al rector no era el primero ni el único; hay otras personas en puestos altos con un Innauer oficialmente inexistente en la pared. Al parecer, de ahí salió el dinero necesario para pagar el piso que se había comprado. Por eso él se asustó tanto cuando se le ocurrió la posibilidad de que sus cuadros no hubieran sido destruidos, al darse cuenta de que con la muerte de Timna

no se había acabado todo, sino que el fraude del seguro podía salir aún a relucir. Suponemos también que él ya había hablado en alguna ocasión con su mujer sobre cómo librarse de la molestia que suponía tener a Timna siempre encima, pero que no se había presentado una ocasión ideal hasta el día de vuestra entrevista —dijo, dirigiéndose a los jóvenes—. La noche de la inauguración se pelearon y él decidió que de un modo u otro se había acabado, por eso le dijo a Klara que podía quedarse con la gargantilla y él se fue a dormir a su estudio. A la mañana siguiente, Timna descubrió que Klara le había quitado el collar, fue a la cocina, discutió con ella, fueron las dos a donde estaba Kurti recuperándose de la borrachera de la noche anterior y Kurti, loco de dolor de cabeza y asustado por Timna, se desdijo de todo lo que le había asegurado a su hija. Klara se metió en su cuarto y llamó a su madre a Munich para pedirle consejo sobre si devolver o no la gargantilla. Gundula, que acababa de volver de la noche pasada en Seefeld con su nuevo amor, le dijo que se marchara rápidamente de la casa llevándose el collar. Seguramente olió la posibilidad de que las cosas se resolvieran violentamente esa misma mañana y no quería que su hija estuviera en la casa sin una coartada que ofrecer a la policía. Es posible que Gundula le insinuara algo, porque Klara se fue tan rápido que ni siquiera esperó a que llegara el taxi que había pedido. Cuando vio que se retrasaba un poco, prefirió irse a pie y alejarse lo antes posible de la casa. Mientras Klara recogía sus cosas, se duchaba y todo eso, Kurti y Timna debían de estar manteniendo una auténtica pelea a muerte. Sabemos por la autopsia que él la golpeó en la cara y en la boca y ahora hemos sabido por la autopsia de Kurti que él tenía una larga herida superficial en el muslo izquierdo y que, según los cálculos del forense, debió de producirse en esa pelea con una hoja de metal muy similar al arma del crimen. Es de suponer que en esa pelea, cuando se vio atacado con la lámina de metal, él cogió otra del mismo tipo y se lanzó sobre ella. Es posible que ella se cayera y al caer se golpeará la cabeza contra algo, porque en la autopsia se revelaron contusiones craneanas. Si él le clavó la hoja realmente a propósito o si cayó sobre Timna y el impulso de la caída lo llevó a clavársela por accidente es algo que no sabremos nunca. El caso es que de repente Kurti se encontró con el cadáver de Timna en su estudio, su hija todavía en la casa y tres estudiantes de instituto a punto de llegar para hacerle una entrevista. Lo raro es que no se volviera loco o le diera un paro cardíaco. Sin embargo, tuvo suficiente presencia de ánimo como para telefonar a la dulce Gundula y pedirle ayuda. Como ella lo tenía todo pensado desde mucho antes, no debió de resultarle muy difícil explicarle lo que había que hacer. De ahí la famosa llamada de diez minutos con Munich que, por desgracia, no tenemos grabada. Luego Kurti, con el papel aprendido, bajó a daros la bienvenida y a hacer su numerito. Al parecer lo hizo tan bien que no notasteis nada. En ese momento, quiero decir. Después de marcharos vosotros, siguió haciendo teatro con el vecino, así tendría varias personas que testificarían que estaba demasiado borracho para conducir. Esperó a que los vecinos se marcharan, cogió el cadáver que había envuelto en la manta eléctrica para retrasar la hora del crimen, le

puso los primeros zapatos que encontró en la entrada, y que, como notasteis, no iban nada bien con la ropa que llevaba puesta, la metió en la furgoneta y la llevó al bosque. No se dio cuenta de que las deportivas no podían estar limpias de tierra roja si supuestamente se había ido por su propio pie; tenía que darse prisa para no arriesgarse a que lo vieran y tenía que emborracharse de verdad lo antes posible. Sus amigos tenían costumbre de pasar a verlo sin avisar y él contaba con que alguien lo visitara un domingo por la tarde, siendo además el día siguiente del *vernissage*, y le proporcionara una coartada todavía más sólida. Como sabéis, tuvo suerte y una pareja de amigos pasó a verlo sobre las seis. Para entonces Kurti estaba prácticamente inconsciente y los amigos pueden jurar que no se tenía en pie. Hacer desaparecer el arma del crimen fue un toque genial: ni estaba en la casa ni corría peligro de que se encontrara, porque quien la tenía era una persona totalmente ajena a la situación y, según pensaba él con toda la razón, iría a comisaría a declarar, firmaría su declaración y no volvería a participar en nada. Su mala suerte fue que diera la casualidad de que Irene era amiga de Ian, que es casi sobrino mío.

—¿Y entonces Klara es totalmente inocente? —preguntó Martina.

—«Totalmente» es mucho decir —contestó ahora Gabi—. Nosotros creemos que ella se imaginaba lo que iba a pasar o incluso lo que había pasado y que por eso tenía tanta prisa en marcharse, pero no lo sabía con certeza y al parecer no colaboró en nada, de modo que ante la ley es inocente.

—¿Y Gundula?

—Esa es nuestra espina. Los dos... Perdona Karl. Los tres estamos convencidos de que ella es la mente criminal de la familia Innauer, pero no tenemos nada en su contra.

—¿Y el asunto con el rector? —intervino Paul.

—Asunto privado. Lo único es que a él no le hacía ninguna gracia que saliera a la luz su relación con ella hasta haber sido reelegido, pero en la última conversación que tuvimos con él, hace dos días, nos confirmó que había estado con Gundula Innauer desde las once de la noche hasta las tres de la madrugada en un hotel de Seefeld. Lo hemos comprobado y es verdad. También tenemos un testigo que la vio subir al tren de las tres y veinte. Lo único que querríamos probarle es complicidad e instigación al homicidio, pero no podemos hacer nada.

—Tenéis esa conversación telefónica de diez minutos.

—Pero no sabemos qué le dijo. Podía estar aconsejándole que se entregara a la policía. En cualquier caso es lo que diría ella si le preguntáramos.

—Y por lo que Innauer le dijo a Irene poco antes de morir, él mató a Timna. No le dijo que lo hizo de acuerdo con su mujer, no le confesó la complicidad de nadie.

Irene, que había estado sonriendo de modo misterioso todo el rato, esperó a que se hiciera el silencio, ese silencio pesado que viene cuando ya no queda nada que decir y todo el mundo se pone a pensar en lo que acaba de oír. Entonces empezó a rebuscar en su bolso. En ese momento Gabi, que no se había dado cuenta de que

Irene estaba a punto de hacer algo, comentó:

—Menos mal que los anónimos y las llamadas lo habían puesto en un estado de nervios que lo llevaron a confesarle el crimen a Irene. Si luego Sigi no hubiera decidido ajustarle las cuentas él solo, lo habríamos tenido a nuestra disposición. Quizá incluso habríamos conseguido que implicara a Gundula.

—No estuvo mal lo de los anónimos, ¿verdad? —dijo Karl con la sonrisa del gato que se comió al ratón.

Todos lo miraron.

—No me digas que fuiste tú —Wolf estaba francamente sorprendido.

Karl soltó la carcajada:

—No me mires con esa cara, hombre. Claro que fui yo. Tenía la impresión de que un poco de teatro podía venirle bien a nuestro amigo y, cuando hizo el numerito del cementerio, se me ocurrió la idea de repente. Yo le mandé las cartas, la cinta, el vídeo, todo. Yo hice las llamadas cambiando la voz. La verdad es que me divertí bastante.

—Pero las cartas venían de toda Austria —objetó Ian.

—No exageremos, Watson. De Innsbruck, donde vivo, de Linz, donde estuve de competición, y de Salzburgo, donde el tren hace una parada lo bastante larga como para bajarse corriendo y echar una carta al buzón. Sherlock cabalga de nuevo, amigos míos.

Irene esperó un instante a que bajara un poco la ola de admiración que había crecido en torno a Karl y entonces, tocando apenas la mano de Ian por debajo de la mesa, dijo suavemente:

—Pero, como siempre, Irene, «la mujer», como la llama Sherlock, tiene la carta final.

Igual que en un partido de tenis, todos los ojos se volvieron hacia Irene. Ella, con toda calma, sacó una grabadora pequeña del bolso y una cinta:

—Cuando salí de casa de Kurti me llevé una bolsa de plástico donde él había puesto algo que tenía escondido en un cubo de pintura dentro de otra bolsa. Con los nervios de la persecución y el descubrimiento del arma y todo eso, no volví a acordarme de que yo debía de tener algo en casa que a Kurti le importaba mucho ocultar. Tengo que confesar, para mi vergüenza, que había tantos trastos en mi cuarto que tardé bastante en dar con ella, pero es que Martina debió de pensar que se trataba de algún trasto para tirar y la había sacado al balcón de la cocina.

—¿Yo? —Martina puso cara de ignorancia total.

—Da lo mismo. Escuchad. Yo ya la he oído. No he podido evitarlo, Wolf, Gabi. Lo siento, pero la curiosidad era demasiado grande.

En ese momento llegó la camarera con una bandeja inmensa apoyada en el hombro y todos los comensales, que normalmente recibían la llegada de la comida con exclamaciones de alegría, pusieron cara de fastidio. Estaba claro que acababa de interrumpir algo importante, así que se dio prisa en servir los platos y desaparecer por

donde había venido. Nadie hizo el menor ademán de empezar a comer. Irene colocó la grabadora en el centro de la mesa, metió la cinta y apretó el botón de encendido.

Primero se oyó el chasquido de un mecanismo que se conecta, luego cuatro pitidos, luego la voz de Gundula, neutra, profesional: «Gundula Innauer».

Aunque la voz era claramente la de Kurti, hablaba tan deprisa y estaba tan asustado que resultaba difícil entender todo lo que decía. Las primeras palabras eran confusas, amontonadas unas con otras. En seguida volvía a oírse la voz de ella, interrumpiéndolo:

—Kurti, basta. Cálmate. Inspira hondo dos o tres veces. ¿Qué pasa?

—Timna está tirada en el suelo. Hemos tenido una pelea espantosa, me ha clavado algo en una pierna, yo le he pegado, le sangra la boca, está en el suelo y no se mueve.

—¿Qué le has hecho?

—¡Nada! —la voz sonaba histérica y chillona, como la de un niño mimado que no quiere reconocer una culpa—. *No le he hecho nada. Nos hemos empujado un poco, ella me ha hecho una herida en la pierna, creo, yo le he pegado en la boca y ella... se ha caído, se ha pegado con algo, no sé, con un bote de pintura, creo, no sé... Gundula, no se mueve..., está ahí con los ojos abiertos mirando el techo y no se mueve...*

—¿Está muerta?

—No sé.

—Acércate a ver si respira...

—¡Nooooo!

—¿Con qué te ha herido?

—Con una hoja de metal, de un colage, creo.

—Cógela. Acércate a ella. Si aún respira, clávasela en el pecho.

—¡Nooooo! Me duele la cabeza, me quema la pierna, déjame en paz, déjame en paz.

—Bueno. Pues tú verás. A mí no puede pasarme nada, yo tengo una excelente coartada. En este momento estoy casi a doscientos kilómetros, así que si se ha muerto es cosa tuya. Y si sobrevive, tendrás que seguir aguantándola. Y seguir pagando. ¿Es eso lo que quieres?

—Gundula, por favor...

—Por favor ¿qué? Te estoy dando la solución de todos tus problemas, de nuestros problemas. No tienes más que hacer lo que yo te diga y quedarás libre para siempre. Confía en mí, Kurti. ¡Vamos! Eres un artista cruel. Puedes hacerlo. Puedes hacerlo, Kurti. Yo estoy aquí. ¡Vamos!

Después se oía el golpe del teléfono al ser dejado sobre la mesa, algo que podía ser el ruido de los pasos de Kurt, una respiración momentánea y aguda, luego otra vez el teléfono y la voz de él:

—Ya está.

El suspiro de ella.

—*Escúchame atentamente y haz todo lo que voy a decirte, Kurti. Ya lo hemos hablado otras veces, solo se trata de repasarlo. Fíjate bien.*

A continuación la voz de Gundula desgranó minuciosamente el plan que a ellos les había costado un mes y muchas casualidades afortunadas reconstruir. Ella terminaba diciendo:

—*¡Muévete! Sigue mis instrucciones y no pasará nada. Te lo prometo. Pasado mañana estaré ahí. Ahora ya no puedes volverte atrás. Eres un genio, Kurti. Los genios están por encima de todos los mortales. No te puede pasar nada, eres Kurti Innauer, el genio de la pintura moderna. No lo olvides.*

Después, con otro «click», la cinta quedaba muda. Todos permanecieron en silencio unos momentos, la mirada perdida en distintas direcciones. Al cabo de un par de minutos, Karl apartó su silla, se puso de pie y, con una reverencia a Irene, más en serio que en broma, declaró:

—Señorita Cuervo, si no le molesta cambiar un pájaro pequeño y modesto por la más hermosa ave rapaz que existe sobre la tierra, tengo el honor y el placer de declararle a usted no ya Irene Cuervo, sino Irene Águila, Irene Adler. Sherlock Holmes se declara vencido de nuevo.

Irene se echó a reír y los demás la secundaron. Karl miró a Ian y, por un momento, vio en los ojos de su amigo lo que no había visto ni siquiera en los mejores momentos de sus más atrevidas deducciones y sus más perfectos éxitos: una chispa de admiración.

Wolf atacó su asado de cerdo con una sonrisa lobuna dirigida a Gabi:

—La tenemos en el bote, colega. Esa era la cinta que faltaba.

—Debió de pensar que si la guardaba, en lugar de borrarla, tendría siempre algo en la mano en caso de que Gundula se le pusiera pesada.

—Con la experiencia de Timna es bastante lógico que no se fiara ya de nadie.

—¿Veis? —dijo Martina, comiendo también con excelente apetito—. Ahora debería salir el sol.

En ese momento empezó a llover con más fuerza y todos soltaron la carcajada.

—Da igual. En el Tirol, si uno tuviera que preocuparse por el tiempo, no podría pensar en nada más.

Irene miró a Ian que le sonreía, orgulloso; a Karl, preguntándole a Wolf si el juez aceptaría una grabación como prueba; a Gabi, Paul y Martina, que habían empezado a intercambiar planes de vacaciones y, de repente, se sintió feliz y triste a la vez.

Feliz porque eran sus amigos y triste porque solo le quedaban siete semanas de estar con ellos. Feliz porque en siete semanas estaría de nuevo en casa y triste porque en siete semanas ya no los tendría a su alrededor.

Pero de algo estaba segura: el futuro estaría lleno de viajes.